

A person wearing a vibrant red coat with a blue and white patterned lining is shown from the waist down. They are holding a white smartphone in their right hand and a red leather glove in their left hand. They are wearing blue jeans and brown furry high-heeled sandals. The background is dark and out of focus, showing a car wheel.

UNA PLAYLIST Y UN *crimen*

Ana C. Ramírez

UNA PLAYLIST Y UN CRIMEN

SERIE UNIDOS POR EL DESTINO

Ana C. Ramírez



Primera edición: noviembre 2023

Depósito legal: AL 2611-2023

ISBN: 978-84-1199-323-4

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Ana C. Ramírez

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y, por tanto, **ecológico**.

*Para Nilo por ser la luz en mi camino,
a Inés por prestarme su música,
a Borja por sembrar en mí el interés por la ciencia,
a Jessica, a Lore y a Rosy por leerme, corregirme y enriquecer el texto,
a la familia incondicional, que siempre me llena el corazón,
a las amigas, que son fuente incansable de risas e inspiración.*

«Cuando las palabras fallan, la música habla».
Hans Christian Andersen (1805-1875)

CAPÍTULO 1

Con el eco del sonido seco de mis pisadas, advierto lo angustiante de mi situación. Los arbotantes reflejan una luz distorsionada a causa del frío, la neblina está baja y cubre la noche.

—¡Mierda! ¡No debí haberlo hecho!

Había salido huyendo del brindis antes que todos. Si me hubiera esperado unos momentos más, no estaría sufriendo este miedo solitario. Mis tacones se atorán entre las pequeñas ranuritas del piso y me limitan el movimiento... Y tampoco ayuda esta falda tipo lápiz. ¡Odio este piso ecológico! ¡Van a estropear mis Jimmi Chow!

Si me hubiera quedado al brindis... ¡Tonta! ¡El «hubiera» no existe! Siempre me lo recalco mi abuela. Debí permanecer hasta terminar la premiación; ahora estaría acompañada de muchas personas con pláticas triviales, pequeños aperitivos y una fresca copa de vino blanco. Quizás el grupo estaría tocando algo de Río Roma, ¡me gustan todas sus canciones! Empiezo a tararear esa que gira en mi cabeza, *Tú me cambiaste la vida*. Lo hago para dejar de pensar en lo desolado que está el campus, cantar me ayuda a evadir la soledad y no recriminarme la huida intempestiva. Entonces, me pregunto cuántas personas han marcado mi vida y un rostro me viene a la mente.

Me cansó el evento. Ya no estaba dispuesta a aguantar un minuto más de sonrisas fingidas y vidas perfectas. ¿Cuál es la vida perfecta? ¿La que posteamos? La verdadera es la que vivo día a día, corriendo de la casa a la oficina, llena de insignificantes pequeñeces que le dan sentido, como el café por la mañana cuando estoy despeinada y tengo mal aliento. Y no, eso no lo publico. Cuando posteo, ya pasé con anterioridad por el baño y estoy peinada y vestida con una glamurosa bata de seda recién planchada. Esa foto es la que todos desean ver...

¡Deja de cuestionar tu trabajo! Odio los compromisos entre semana, me agotan. ¿Desde cuándo me habían dejado de gustar las fiestas? Desde que se habían vuelto una obligación.

El campus se ve aterrador a esta hora, apenas dan las 11:00 pm. A lo lejos se ve al señor de intendencia limpiando las aceras, trabajando tarde y cargando una caja de herramientas. Puede que, para él, sea la mejor hora, porque ya no hay gente estorbando. ¡Pobre hombre! Es mayor y hace frío. Se voltea hacia mí con una mirada seca, entre desánimo y enojo, no la logro descifrar.

La humedad se cuela entre los huesos. A esta hora, la universidad está tan solitaria que se puede percibir un airecillo lúgubre. Es increíble cómo este paisaje tan desolado se transforma en un delirante ajeteo por las mañanas. Aquí pasé mis años como universitaria. Pasear por los pasillos me hace recordar a los compañeros, maestros y las vivencias... Es algo totalmente irracional que despierta emociones y también logra recordar a esa María que ya no existe.

Mi mente se va, evocando a ese chico al que perseguí durante tanto tiempo. ¡Cómo sufrí por él! Quién iba a pensar que, ahora, era un padre de familia con circunferencia abdominal de talla extra y embarazó a la chica con la que se casó antes de terminar la universidad.

No puedo imaginar mi vida con hijos.

Está claro que no podría ser *influencer*, y menos promocionar cosas de moda. Simplemente, no tendría el mismo reconocimiento. Las mamás no están de moda, ¿o sí? La esposa de un futuro gobernador es *influencer*... Hay algunas que dan el salto de la moda, al giro «mamis y *babys*».

También eso paga mucho, en México es un negocio en expansión. Sin ir más lejos, la «*pretty mammy*» tiene casi los mismos seguidores que nosotros y en aumento. Hay muchas mamás desesperadas por recibir consejos a través de Internet y hay muchas empresas de productos para bebés, necesitadas de publicidad barata e instantánea, las estadísticas poblacionales hablan de un *boom* de niños. No sé nada de ese mercado, debería de investigar un poco porque podría significar algo exitoso, quizá, crear algún perfil manejado por nosotros mismos y con la imagen de una fresca mamá. Los bebés necesitan muchísimas cosas, lo sé por las listas de regalos en las tiendas departamentales cuando me invitan a un *baby shower*. Y, al crecer, eso va en aumento. Los hijos cuestan mucho dinero.

¿Qué hago?! El miedo me hace divagar, pensar en tonterías sin sentido.

¡No es hora de buscar nichos de mercado! ¡Basta Mia! ¡Enfócate!

Un chico todo de negro camina hacia mí con audífonos puestos. Trae anillos en todos los dedos y uñas pintadas de negro; en los brazos carga brazaletes de cuero y acero. Pienso que se podrían ver bien con un *look* motero... Mañana haré un post de un *look* rebelde, una chaqueta de Philipp Pleine con aplicaciones. ¡Wow! Se vería fuera de serie. Aunque creo que me voy a ir más por una *There Was* motera, es más accesible.

El chico me mira intensamente con sus ojos maquillados y me causa desconfianza. Su pelo negro y largo parece sucio, desarreglado, solo es *look*, carga una mochila a los hombros que lo hace encorvar la espalda. Lo veo y pienso que me gustaría hacerle un *makeover*¹ y convertirlo en galán, eso sería un bombazo de publicidad.

Sigo caminando, me quiero alejar lo más pronto de él. ¡Y estos zapatos que no me dejan!

Me enrolló más en el abrigo, todavía me falta un rato para llegar al estacionamiento. Cuando llegué todo estaba lleno, ahora deben de ser pocos los espacios ocupados. ¡Qué horror! ¡No quiero terminar como las chicas muertas que había visto en la serie de televisión! Debí hacer caso a mi padre y que me recogiera alguien de confianza, siempre estaba advirtiéndome de los peligros de estar sola por la ciudad y más aún por las noches. Yo nunca había aceptado seguridad, me ponía nerviosa el simple hecho de tener a alguien vigilando mis pasos. Era una inconsciente, siempre he estado en contra y me pongo en riesgo. Eso sí, siempre cargo con mi gas pimienta en el *clutch*².

Camino tambaleante. Al doblar, empiezo a escuchar el sonido de otro par de pisadas que parecen cercanas. Volteo en un ejercicio instintivo y no encuentro nada a simple vista. Prosigo presurosa, la respiración se vuelve agitada. Estoy segura de que la frecuencia cardiaca se eleva también, mi pecho sube y baja descontrolado. Vuelvo a voltear y, a lo lejos, veo una silueta oscurecida.

Ya no estoy sola.

La figura es alta y delgada, poco musculosa. Miro para delante, no quiero tropezar. ¡Estúpidos zapatos, solo sirven para decorar! Mis rodillas empiezan a flaquear, las siento como gelatina. ¿Quién puede ser a esta hora? ¿Un guardia de seguridad? ¿Alguien que se escapó, igual que yo, de la gala? Mi instinto me demanda girar para ver la sombra, que cada vez se siente más cercana.

Acelero el paso torpemente, acompañada de una angustiada sensación en el pecho. Saco el teléfono de mi bolsa y lo pongo en mi mano a modo de alerta, con la marcación de emergencia dispuesta a ser pulsada. En la otra mano tengo el gas pimienta, para utilizarlo en caso de emergencia, cuando siento una espeluznante sensación que me nubla la vista. ¡Nooooooooo!

—¡Auxilio! ¡Ayuda! —grito de manera desesperada mientras muevo mis brazos para luchar. Una tibia mano se posa en mi hombro tomándolo con fuerza. De manera automática, mi dedo

pulsa el teléfono de emergencia, el otro aprieta el aerosol al vacío y mis gritos de auxilio retumban rompiendo el silencio. ¡El día de hoy no es mi día para morir, me faltan muchas cosas todavía por hacer y nunca me he enamorado!

—¡María! ¡María! ¡Ya basta, María!

Un suave jaloneo me trae a la realidad.

—¡Calma! ¡No me vayas a rociar con esa porquería! ¡Es solo una polilla de luz! ¡No pasa nada!

La voz cortante me habla de manera seca, enseñándome los arbotantes que están repletos de esos pequeños animales. Mi llanto se vuelve desesperado e incontenible por el susto. Unas manos grandes me toman la cara, inmovilizándome.

—¡Está bien, tranquila! ¡No pasa nada!

¡Solo puedo ver esos ojos verdes que irradian paz! Súbitamente, recuerdo mi infancia.

—Me siento tan sola, indefensa, tengo miedo, mucho miedo...

Un abrazo fuerte me envuelve. Me reconforto entre esos brazos, tanto que borro todo de mi mente.

RÍO ROMA - *Tú me cambiaste la vida*



¹ Cambio de imagen.

² Bolso de mano.

CAPÍTULO 2

Las palpitaciones agitadas se calman, su respiración se hace acompasada, y empieza a moverse lentamente entre mis brazos. Escucho un leve quejido:

—¿¡María?! ¡¿María?!

Con una mirada atenta, sus ojos brillantes color miel se abren repentinamente para cruzarse con los míos, mientras se separa de manera violenta y enfurecida.

—¡¡Idiotaaaaaa!!! —*¿Idiotaaaaaa?! La que confundió una polilla con un atacante y se descontroló de manera irracional fuiste tú, ¿recuerdas?!*

Su cuerpo se separa inmediatamente dejando un vacío mientras la mirada furiosa me baña con reclamos sin sentido.

—¡No puedo creer que seas tan idiota para seguirme y asustarme! ¿No escuchas las noticias? ¡Tenías que ser tú, Nieto! ¿Quién más? Siempre cruzándote en mi vida, haciendo de ella un tormento. —*¿Idiota? Creo que una influencer como tú no cuenta con la calidad intelectual para llamar idiota a un doctor en bioquímica. Aparte, te ayudé, ¿no te das cuenta?* —No, si de ese tipo de idiota no eres, eso me queda claro. Siempre has sido un hombre brillante, tu estupidez tiene que ver más con tu inteligencia emocional... ¿Sabes que existe una?

La miro irritado. Siempre logra enfurecerme, desde que era una niña.

—*No creo que tú puedas llamarte inteligente emocional al vagar por la universidad sola por la noche, con la única compañía de tu gas pimienta.* —No vagaba, caminaba en dirección a mi coche. Me asustaste, no sé por qué el destino te sigue cruzando en mi camino, no ha parado desde que te conozco. —*Quizás porque tienes algo que aprender de mí. Y no necesito tus rollos de inteligencia emocional, te recuerdo que no todo lo que se publica en internet es real, algunas fuentes son solo parte de una revista de chismes. No importa. ¡Por Dios, eres influencer, instagramer, youtuber! ¡Lo que sea! ¿Qué eres?* —Siempre has sido egocéntrico, un ñoño, desde que competíamos por el primer lugar en la feria científica. ¿Recuerdas quién ganó? Tu proyecto era mejor, era mucho más brillante que el mío, pero tú nunca lo supiste presentar, apropiarte del público, de los jueces, explicar tus ideas... —*Todo el mundo sabe que me robaste el premio... El profesor de ciencias estaba embobado por ti y por las aportaciones económicas de tu papá, eso siempre te ayudó a tener buenas notas; eras la hija del presidente de la Asociación de Padres.* —No te lo robé, simplemente te lo gané por otras razones, me supe vender mejor. —*Sí, con esos medios... Siempre has ganado todo, hasta el premio de esta noche.* —¡No te aguanto más! ¡Nunca lo he hecho, por eso mejor tú a tu camino y yo, al mío!

Acelera su paso mientras la veo desaparecer. Me quedo unos minutos pensativo. Trato de recomponerme del desajuste emocional que me ha causado volver a verla. Hacía años que no cruzábamos palabra, y yo siempre tendría recuerdos vivos de ella. Me sorprendí al verla subir al estrado a recibir su premio, nunca imaginé encontrarla en la premiación. Vi cómo, al terminar, se escabulle para escapar y yo decido hacer lo mismo.

Veo pasar a Fernández, es el director de Tesorería y me cae en el hígado. Va apresurado, lleva un maletín para hacer deporte. No se ha percatado de mi presencia y no me apetece saludarlo. Me

siento molesto, nervioso. Él dobla para el estacionamiento más cercano en dirección opuesta a la mía. Espero no cruzármelo.

Quiero recordar la última vez que la vi: nuestra pelea llena de recriminaciones... Estábamos en la universidad, Eugenio me había avisado que había tomado de más en una fiesta y me preocupé. Fui por ella y solo me gritó descontrolada. Al final la dejé ahí peleando sola, pero después me sentí culpable porque supe que su galán en turno la había abandonado borracha.

Respiro hondo, me enfoco. Ya no soy el mismo que antes. Paso a mi oficina para recoger unos papeles, después vuelvo a tomar camino rumbo al estacionamiento antes de que se haga más tarde, porque mañana tengo clase a primera hora.

Voy de camino al coche cuando vuelvo a escuchar un grito a lo lejos: —¡Ahhhh! ¡Noooo! ¡Déjeme!

Corro hacia el sonido agudizando mi oído.

—¿María? ¿Te volviste a cruzar en tu camino con otra polilla? María...

Me acerco y ante mí se aparecen dos siluetas. Trato de enfocar, están lejos y yo no tengo mis lentes puestos.

—¡Déjeme! ¡Auxilio! ¡Nieto! ¡Ayúdame!

Veo cómo un hombre de negro la jalonea y la agarra el cuello mientras su rostro se enrojece por la falta de aire. Yo corro desesperado y, cuando me ve acercarme, la lanza al suelo y sale despavorido. Huye. La oscuridad del estacionamiento, junto con el pañuelo que le cubre el rostro, me impiden ver claramente al atacante.

María se encuentra tirada en el piso tocándose el cuello. Me agacho junto a ella y sus brazos se enganchan en mí con un agudo sollozo.

—¡No me dejes!

Su voz se transforma en un grito de terror y empiezo a carburar, a evaluar la escena. En un susurro, me dice:

—Atrás del coche. La mató, lo vi hacerlo.

Asomo mi rostro, sin moverme mucho, pues su brazo está enredado en mi cuello. Se ve el cuerpo inerte de una chica y un gran charco de sangre alrededor de su cabeza. Tiene la blusa entreabierta y la falda subida hasta la cintura. Separo nuestros cuerpos un poco y, mirándola a los ojos y sin soltarla, le digo bajito: —*Tengo que ver si respira.*

La suelto como en cámara lenta, la necesito tranquila. Mientras, escucho que susurra despacito para sí: —¡Respira, por favor!, ¡respira!

Pongo mi mano temblorosa en el pulso del cuello de la mujer. La piel se siente todavía tibia. Con mis dedos índice y anular, encuentro su manzana de Adán y, dos dedos a un lado, como lo había aprendido en el curso de primeros auxilios, aprieto suavemente buscando palpitations mientras miro el reloj.

—*No tiene pulso... Creo que está muerta. No debemos tocar nada. ¡Voy a llamar a emergencias!* —Lo vi, le pegó fuertemente en la cabeza... Después, guardó la herramienta en su bolsa... Yo pensé que le ayudaba con la llanta o con el motor, así que me acerqué y vi cómo cayó al suelo y el charco de sangre. ¡Lo vi todo! Por eso quiso ahorcarme.

Lo dice quedamente. Después, se arrastra por el rugoso pavimento sin sentir las heridas que le van provocando las pequeñas piedrecillas. Recupera su teléfono, que se encontraba a una corta distancia. Sus rodillas sangran, y, aun así, no se queja. No puedo aguantar verla así, me acerco mientras la abrazo... María tiembla sin poderlo contener y sus ojos se encuentran perdidos.

Entonces, aparecen luces en la entrada del estacionamiento: —¡Auxilio! —¡Ey! —¡Aquí

estamos! ¡Ayuda por favor, ayuda! ¡Ayuda! ¡Aquí estamos!

Mueve sus manos erráticamente y se para, acelerada mientras grita. Sus gritos son como los de un animal herido, la adrenalina mueve su cuerpo.

—*Calma, ya vienen.*

¡Mierda! ¡Un cadáver y una mujer aterrorizada en una misma noche! ¡Ni en mi peor pesadilla! Siento la piel erizarse, paso las manos por el pelo para bajar mi ansiedad y busco mis lentes, que están en la mochila. No puedo dejar de ver el cuerpo inerte, tampoco sé qué hacer... Quiero cubrirla, me duele la imagen que enseñarían a sus padres. Meto mis manos en los pantalones para calmar la impotencia. Ella sigue gritando, completamente descontrolada.

—¡Auxilio, vengan! ¡Vengan!

Sus ojos enrojecidos contienen el llanto y grita despavorida.

—*¡Ya nos vieron, calma!*

Ella no reacciona, continúa moviendo las manos y gritando.

—*¡Para! ¡Ya nos vieron!*

Al ver que insistía, tomo sus manos para que se detenga ese movimiento nervioso, están frías y temblorosas. La siento aferrarse a las mías, como la niña pequeña y temerosa que recordaba. — ¡Qué bueno que estás aquí! ¡Perdóname por ser tan grosera!

Una lágrima solitaria cae por su mejilla. Yo miro las torretas de las patrullas que se acercan hasta nosotros. La seguridad del campus, al llegar, inmediatamente llama a la Policía.

—No pueden irse, tenemos que esperar a los agentes.

Le paso un brazo por la espalda y la llevo a mi auto. Estaríamos más cómodos ahí.

—*Aquí podemos esperar. Siéntate.*

Se desploma como un bulto y cierra los ojos. Las lágrimas desbocadas inundan su rostro: — ¡Pude ser yo! ¡Me quiso matar! Hace unos minutos, el corazón de esa chica palpitaba, ahora está inmóvil, su respiración se apagó, se acabó su vida... —*Lo sé.* —¡Estuve a un minuto de ser ella!

No hay nada más que decir, siento su angustia, porque yo también la vivo. Nos hemos enfrentado a un asesino y estamos conectados al miedo. Nunca me imaginé experimentar la muerte de cerca, en carne propia. El temor te envuelve en una nebulosa de sentimientos, donde la posibilidad de verla herida, lastimada o muerta me aguijonea el alma sin tener claro el motivo.

—*Deja enciendo el auto, el aire acondicionado te hará sentir mejor.*

Lo prendo e inmediatamente empieza a sonar en el estéreo una canción de Metallica que me gusta. Mientras el vocalista canta a puro pulmón con gritos que pueden caer en lo desgarrador, instantáneamente me embota el cerebro y tengo una necesidad de apagarlo. Un escalofrío me recorre... Parece que he puesto la canción a propósito, hasta el título hace referencia a lo que vivíamos en ese momento: *Broken, beat and scared*. La quito y veo que lo agradece.

—No sabía que te gustara Metallica. —*A mi papá siempre le gustó. Era una manera de tener cosas en común, porque casi nunca tenía la oportunidad de verlo... Al escuchar su música, sentía que me quedaba algo de él cada vez que nos despedíamos.*

Los dos nos hundimos en el silencio y esperamos a que llegara la Policía. Momentos más tarde, destellos coloridos brillan molestando nuestros ojos, acostumbrados a la oscuridad. Las luces titilantes rojas y azules de las torretas iluminan el escenario, despertándonos a la realidad antes vivida: una pesadilla envuelta en una tira plástica, amarilla con negro, que evita el paso a los curiosos y permite el trabajo de los investigadores que escudriñan, sin pudor, el cuerpo de la pobre joven asesinada.

METALICA - *Broken, beat and scared*



CAPÍTULO 3

El tiempo pasa lento, no puedo encontrar la calma, el cuerpo no me lo permite. La adrenalina sigue corriendo desbocada por mis venas, mis ojos llorosos no logran contenerse. He llamado a mis padres explicándoles la situación y Cruz está en camino para apoyarme en cualquier asunto legal.

La Policía nos traslada en una patrulla a la Fiscalía. Necesitamos dar nuestras declaraciones y el encargado no hace acto de presencia. Ernesto Nieto está a mi lado, aunque ambos preferimos el silencio, nos invaden los nervios. Una indefensión difícil de explicar, porque hay situaciones donde la autoestima desaparece, no sirve de nada y vuelves a ser una niña pequeña.

Él lo percibe, mis dedos no dejan el tamborileo. Suavemente toma mi mano y la acoge en su pierna. Su tacto tibio me hace sentir mejor, acompañada. Me revive recuerdos en donde esa misma mano, aunque más pequeña, me había proporcionado la misma sensación; ahora son grandes y sus dedos son largos y delgados, pero transmiten cierta seguridad que antes no tenían.

Un oficial de policía se acercó mientras esperábamos al fiscal. Era corpulento y siento escalofríos al ver su rostro cubierto de viejas marcas de acné y un bigote poco poblado, que me provoca repulsión. Me mira con resentimiento y me invade miedo.

—*Señorita, tenemos dudas en cuanto a sus datos, necesitamos que venga al privado a aclarar el expediente antes de que llegue el fiscal.*

Me toma fuertemente del brazo y me jala de manera impositiva. Mi cuerpo se pone rígido automáticamente, su mirada lasciva me hace sentir dudosa. Jalo mi brazo, escapando de su agarre sin moverme de mi asiento.

—¡No me toque!

Él desliza una mirada tiránica por mi cuerpo mientras pasa la lengua por su labio superior, para tocar la parte baja de su bigote. Enojado por mi rechazo, vuelve a intentarlo con más fuerza en su agarre. Yo dejo de mirarlo para buscar la ayuda de Ernesto y veo cómo los ojos de Nieto relumbran. Mueve el brazo al mismo tiempo, en señal de negativa.

—*¡No puede hacerle eso! ¡No la vuelva a tocar! No estamos detenidos, venimos por cuenta propia y ella tiene derecho a que un oficial femenino la interroge, y con la compañía de su abogado. Si no, va a tener que contar con mi presencia, porque no la voy a dejar sola. O también puede aclarar aquí las dudas que tenga de su expediente.* —Solo se permiten familiares o abogados. —*Pronto seré su esposo, así que soy casi un familiar; a donde va ella, voy yo... ¿Le queda claro, oficial?*

Nos observa dudoso, no sabe cuánta verdad hay en sus palabras. Ernesto no es un hombre que provoca miedo, pero su mirada siempre acogedora se transforma en una penetrante arrogancia que en solo unos instantes hace reflexionar al oficial. Mueve sus manos en señal pacífica y detiene sus intenciones. Hay un silencio y, después, Ernesto Nieto continúa hablando:

—*No tiene derecho a tratarnos como criminales. Si va a ser así, llamaré a los directivos de la Universidad para que aclaren este asunto con su superior... O tal vez a la prensa.*

La prepotencia con que el oficial me había tratado desapareció. Enfurecido, nos mira con desprecio y se va. Le agradezco sin palabras, con la mirada, él toma mi mano otra vez.

—¿Novios? —*Necesitaba algo de testosterona, seguimos siendo un país machista. Cometen el error de pensar que, como no nos gusta el conflicto, no nos quejaremos o no conocemos nuestros derechos, aunque prefiero pasar desapercibido. No estás sola, María Legazpi, mi madre no me perdonaría que te hicieran algo en mi presencia. Creo que físicamente no lo perturbé mucho, sin embargo, sé usar bien las palabras.* —¿Me defendiste solo por lo que pensaría tu madre? —*No, también por los chismes y habladurías en las revistas de famosos en donde tú sales.*

Hace esa media sonrisa que siempre me regalaba cuando éramos niños y todo lo que me atormentaba desaparece por unos instantes, me hace sentir bien. Y tiene razón, su cuerpo delgado y alto no causa temor, pero su mirada había eliminado cualquier idea errónea de vulnerabilidad en él.

Los funcionarios siempre se hacen esperar, los minutos pasan y ni Cruz ni el fiscal aparecen. El investigador que trabaja para el caso platica tranquilamente con la chica de archivos para pasar el tiempo mientras en el móvil suena una canción, me llama la atención la cadencia de la música... Es Labrinth con *Jealous*, y lo único que viene a mi mente es lo miserable que fui sin él. Quisiera imaginar que a él le dolió igual, que me haya extrañado de la misma manera que a mí me faltó su presencia. En el aquí y el ahora, mi lugar seguro, es ese amigo desaparecido, que surge como magia de nuevo en la escena.

Mientras su tibieza cubre mi mano, pienso que a su lado puedo enfrentar cualquier cosa. Él me tranquiliza, deseo su brazo dándome cobijo, olvidando todo lo que acaba de suceder y la razón por la que ahora espero sentada en una sucia oficina gris.

Labrinth - *Jealous*



CAPÍTULO 4

Un hombre robusto y alto, con un traje arrugado y barato, pasa minutos más tarde sin disculparse ni saludar y entra a un privado. Es el fiscal.

Invadida por los nervios, medito en lo tétrico de las oficinas del ministerio público: el gris de las paredes, la suciedad, el ir y venir de gente esposada. Al mismo tiempo, muerdo mis uñas hasta dejarlas al ras, sin importar la gruesa capa del *gelish*.

—*No sabía que fueras una persona nerviosa.* —Hay muchas cosas que no sabes de mí, Nieto. —*Lo puedo adivinar. Tenemos años de no vernos, pero espero que hayas desarrollado tu intelecto en este tiempo.* —¿Estás insinuando que soy una bruta? —*No, creo que los dos hemos madurado desde que nos dejamos de ver.* —Eres un *nerd* muy poco simpático, ¿lo sabías? —*Ya se te está pasando el miedo, ¿verdad? Veo tus ganas de discutir.* —No entiendo por qué, de tener una charla ligera y amable, terminamos siempre en pleito.

Suspiro, él se queda mirándome.

—*¿Cuándo te convertiste en Mia, María Legazpi?*

Cierro mis ojos, reflexionando mi respuesta. ¿Cuándo me convertí en Mia? ¿Cuándo dejé de ser esa chica rellenita e insegura para transformarme en lo que ahora soy? Podría decir que no lo sé, o callármelo, pero sí lo sabía: cuando mis amigas dejaron de serlo, porque Santiago ya no era novio de Juliana y Alía entró en nuestras vidas:

—Cuando empecé de *instagramer* e *influencer* quedaba más comercial el nombre de Mia que María. Y hasta cierto punto siempre lo fui; en casa mis padres siempre me llamaron así por el nombre de mi abuela materna. Significa lo mismo, es el diminutivo en hebreo. —*Me gusta más el nombre de María, no obstante, esta versión de Mia influencer, es más auténtica y creo que va más contigo.*

Deja de hablar un momento y continúa:

—*Antes hacías lo que decía Juliana, ahora eres más independiente.* —¡No me la recuerdes! Me costó deshacerme de su influencia, y a Santiago, más... Pero gracias a Dios ya no está en nuestras vidas. Santiago está felizmente casado y Juliana se esfumó. —*Me da gusto, siempre fue insoportable.* —Y tú, ¿qué has hecho de tu vida, Ernesto Nieto? —*Estudiar, trabajar... Mi vida no es tan glamurosa como la tuya.* —¿Qué estudiaste? —*Ingeniería química, al terminar la carrera apliqué para una beca de un máster en Estados Unidos y posteriormente un doctorado ahí mismo. Después, me ofrecieron regresar al Departamento de Investigación de la Universidad. Extrañaba mi país y a mi madre, así que decidí tomar la oportunidad y volver.* —¿Y hay una señora Nieto en tu vida? ¿Una novia? ¿Hijos? —*No, si la hubiera, a esta hora ya estaría desesperada llamando al celular. Las esposas suelen ser necias. No tengo tiempo para eso.* —¿Necias? Tu imagen del matrimonio dista mucho de la mía... Santiago está totalmente embobado por Alía, no creo que la considere necia, ella es lo mejor que le pudo ocurrir. —*No te lo puedo creer, tu hermano siempre fue el galán de la prepa y de la universidad. ¿Y ahora, mandilón?* —Es casi increíble, pero sí, está totalmente enamorado, tiene un hijo y están

esperando su segundo bebé... ¡Y no hablan más que de eso! —*¡Bah! Me parece increíble.* —Así son todos los casados, pero yo no me veo así. ¿Y tú? —*Definitivamente, tampoco.*

Nos quedamos otra vez callados. Me pregunto cómo un hombre tan serio no tiene pareja... Hace tanto tiempo que dejé de verlo que no sé casi nada de él y me muero de curiosidad por preguntarle cosas.

—Trabajas en la universidad, ¿verdad? —*Sí, soy maestro investigador y me encargo del Departamento de Bioquímica.* —¿Y tienes mucho trabajo? —*Sí, casi siempre... El proyecto en el que estamos trabajando requiere que viaje y eso me retrasa con las actividades de la cátedra. Al menos, tengo varios becarios que me ayudan cuando entro en caos.* —¿En qué estás trabajando? —*En un proyecto para producir biocombustible a partir del sargazo en Quintana Roo. Trabajamos en conjunto con asociaciones sin fines de lucro y con los pobladores de algunos poblados pesqueros.* —Wow, eso suena complejo hasta para ti. —*Ni cuando hablamos en serio te dejas de reír de mí...* —Perdóname, estoy un poco fuera de foco y tiendo a ser sarcástica. —*No hay problema.* —Cuéntame, me gustaría saber más. —*¿Estás interesada de verdad? No tienes que ser amable.* —¡No lo soy! ¡Ya deberías de conocerme bien! —*Pensaba que te conocía, hasta que un día cambiaste.* —Lo sé, no es algo que me enorgullezca. ¡Perdóname si en algún momento te lastimé!

Baja la mirada y está serio y callado, buscando algo en su interior... Las palabras no salen de su boca. De repente, levanta la vista y sus intensos ojos verdes se clavan en mí. Está claro que quiere hablar, pero le invade una pesada timidez. Su mirada deja al descubierto sentimientos que pensábamos olvidados y su boca empieza a gesticular sin saber cómo comenzar. Mis ojos no pueden dejar de descifrar esas expresiones, ocultas tras esas gafas que lo hacen verse más guapo; porque es guapo, muy guapo, siempre lo ha sido. No obstante, nunca se ha aprovechado de su presencia física, más bien al contrario: su carta de presentación es su inteligencia.

—*Umm, no sé ni qué decirte, fue una época difícil de mi vida...*

Entonces, una voz rompe la intimidad del momento de manera estrepitosa.

—*¡Mia, al fin te encuentro, preciosa! Te he estado buscando por todo el edificio, tu padre me llamó.*

La mano que me había consolado se mueve bruscamente y percibo cómo se vuelve a esconder tras la frialdad del cristal de sus anteojos.

—¡Gracias, Cruz, gracias por venir! —digo al reconocer a mi amigo.

A lo lejos, la canción de Álex Ubago, *Sin miedo a nada*, suena en la radio de la chica de recepción y yo solo pienso en si algún día podría conocer esas palabras que Ernesto siempre calla, esas que, ese chico que fue tan importante para mí en una época pasada de mi vida, siempre deja inconclusas.

ÁLEX UBAGO - Sin miedo a nada



CAPÍTULO 5

Dar nuestra primera declaración es difícil, los investigadores de la Fiscalía tienden a ser duros: «Eres culpable, hasta que no se demuestre lo contrario». Yo soy la primera y estoy acompañada por Cruz todo el tiempo, que para algo era mi abogado. Ernesto se queda solo, dando la suya en otra sala mientras nosotros partimos a casa.

—Cruz, creo que deberíamos esperar a que Ernesto salga. —*No, Mia, este no es lugar para ti. Además, tus padres estarán preocupados y quedé en llevarte de regreso.* —¿Puedes ayudarlo? —*Le pregunté, pero me dijo que no me necesitaba.* —No lo sé, me siento mal de dejarlo... Además, no tenemos coche, nos trajeron en la patrulla. —*No creo que batalle en encontrar un Uber o algún medio de transporte; lo más importante es sacarte pronto de aquí. Cuanto más de noche, el ambiente en estos lugares tiende a ser más pesado.*

Salgo angustiada, me siento igual que cuando éramos niños. Él me ha ayudado cuando lo he necesitado y ahora lo estoy abandonado, como en la primaria... Justo en el punto de quiebre de nuestra amistad.

Al subir al coche, revivo el momento exacto en que pasó. En la radio suena Camila con *Abrázame* y mi cabeza se pierde en la letra, que cada vez que la escucho me recuerda a él. Si alguien me ha hecho sentir especial con un abrazo, ese ha sido Ernesto. Y no tenía que remontarme al pasado, hoy lo he revivido... Cuando sentía que el mundo se caía a mis pies, sus brazos largos y delgados me habían regalado una calidez reconfortante.

Fuimos incondicionales y hacíamos todo juntos... Hasta que eso cambió. Un día, se fue con el equipo de fútbol y me dejó sola. Nunca se lo he dicho, pero ese día yo lloré toda la tarde, me sentía desplazada. Algunos eran amigos comunes y jugábamos juntos en recreo, pero había otros que, por el simple hecho de ser mujer, me habían relegado. Las niñas no formábamos parte de ese mundo, y menos en un grupo tan cerrado como el que organizaban las mamás del fútbol.

Sí, me había sentido herida.

Mi madre, al ver mi sentimiento de desolación, llamó a todas las amigas que tenían hijas y pronto me organizaron actividades con Juliana y su grupo. Sí, con Juliana, la niña más cruel del colegio, quien no tardó en romper nuestra relación empujándome a ser parte del grupo «top» de las chicas, al que a su madre le interesaba que yo perteneciera, porque le sentaba bien mi apellido.

Siempre me pareció tan complejo el cómo diseñaban esas maquinaciones escolares... Los padres nos querían planear la vida desde el jardín de niños. Y, desde ese momento, Juliana nunca me dejó, porque su madre no lo permitía por su interés en mi familia: primero, iba presumiendo de que su hija era mi amiga, la hija de Emilio Legazpi; segundo, iba a por acuerdos comerciales a los que su marido podía llegar con mi padre; y, tercero y más adelante, iba a por la posibilidad de que Juliana se casara con Santiago, mi hermano.

A nuestras madres nunca les importó que fuéramos afines o no, o que nuestra amistad estuviera fundada en compatibilidad... A la madre de Juliana le gustó el estatus social de la mía

y mi madre deseaba poder decir que yo formaba parte de lo que la «normalidad» de la sociedad decretaba.

Dejé de ir a las fiestas de cumpleaños que me encantaban, con pocos invitados y un pastel casero donde inventábamos a qué jugar, y las sustituí por otras con pasteles coloridos de pisos y actividades programadas en donde todos debíamos de comportarnos como un rebaño. En ese ambiente se coartó mi incipiente libertad y ya nunca pude decir lo que pensaba, pues mis ideas no siempre se ajustaban a las de las otras del grupo.

Ernesto me dio mi primer beso.

Teníamos ocho años y mi madre nos buscaba para ir a una reunión con sus amigas. Como no queríamos ir, corrimos a escondernos... Lo recuerdo como si fuera ayer...

—¡Mamá, no queremos ir! ¡Nos queremos quedar con Magda! —*No, Mia, tienes que venir, esa fue la condición para invitar a Neto³, te lo advertí. Santiago no puede ir porque tiene partido de fútbol y no puedo llegar sola, todas las demás van a ir acompañadas.* —¡No son mis amigos! —*¡No me importa! Habrá muchas actividades, rentaron un pony y también va a ver caballetes para pintar, brincolines y una función con un mago.* —Mamá, porfis. —*En un ratito nos vamos. ¿Queda claro? Me voy a terminar de arreglar.*

Tomé una bolsa de papas, dos termos con limonada y me encerré con Ernesto en el closet, debajo de la escalera. Mi madre gritaba desesperada, le decía a la nana Magda que nos buscara. Nosotros no hacíamos ruido, estábamos calladitos, silenciosos, en la oscuridad del pequeño armario, entre abrigos y paraguas, mientras ella taconeaba desesperada con su perfumada estela por todos lados. Mi corazón latía desenfrenado al oírla : —*¡Estás castigada, María Legazpi! ¡De aquí a que cumplas veinte años! ¡Te voy a imponer un castigo que nunca vas a olvidar en lo que te resta de vida!*

Se acercó a las escaleras, cerca de la puerta. Los tacones se escuchaban, ocultábamos la sombra de nuestros pies, por lo que nos colocamos al fondo del pequeño cuarto, adheridos a la pared, al lado de los abrigos. Estábamos muy juntos, pegados, el lugar era estrecho. Ernesto me susurró suavemente al oído para que no nos escucharan y el sonido llegó, como el aleteo de una mariposa, provocando una corriente de emoción en todo mi cuerpo: —*María, creo que deberíamos salir, te van a regañar y no vas a poder venir a mi casa.* —¡No me importa! ¡Odio a los hijos de sus amigas! —*¡Eres muy valiente, te admiro!*

Lo sentía abrazándome y esa intensa energía que despedía su cuerpo recorriéndome. Tomados de manos pegajosas y sucias, nos guarecíamos en el silencio.

—*Yo te voy a defender, no te preocupes.*

Su mirada a través de los lentes estaba puesta en mi rostro, nuestros alientos tenían una extraña mezcla de lo dulce de la limonada y la salazón de las papas chips. Era feliz a su lado, me sentía fuerte, valiente, poderosa. Cerré los ojos disfrutando de ese momento rebelde, de ese terrible acto que me había aventurado a hacer y con el cual me ganaría un castigo. Sentí su respiración agitada y, súbitamente, sus labios tibios se posaron pegados a los míos, en una suave y tierna caricia. No había pasión, como la que sentí después con otros labios, fue más bien un acto de cariño tremendamente dulce. Duró unos segundos solamente, pero para mí fue el momento más delicioso al que me había enfrentado y me sentía totalmente amada. Quería a Ernesto Nieto, era mi héroe y ese héroe me había besado.

El momento mágicamente se esfumó tal y como apareció. Él tapó sus lentes con las manos y yo me puse roja como un tomate. El silencio inundó nuestros oídos, por lo que lo tomé de la mano y salimos corriendo al jardín. A los diez minutos ya lo habíamos olvidado, porque

encontramos un tesoro escarbando el hoyo que había hecho un topo y, junto con Rocket, mi perro, que nos perseguía por el césped, terminamos la aventura de ese día, que me marcó para siempre y que terminó con un castigo de mi padre y una semana encerrada en casa.

Cuando el auto se detiene, vuelvo al presente.

—*Ya llegamos a tu casa.*

Abro los ojos para enfrentarme al escrutinio de Cruz.

—Sí, gracias. Nos vemos después. ¡Que descanses! —*No, me voy a bajar para platicar con tu papá.*

Cuando bajo del carro, me encuentro a mis padres recibiéndonos. Están preocupados. Mi papá me abraza y olvido ese sentimiento de culpa que me ha embargado durante todo el camino. Ya estoy en casa, con mis padres.

—*Hija, qué bueno que ya estás aquí, estaba tan preocupada... Y tu padre, claro, que no me dejaba ir al ministerio.*

Mi madre me mira por todas partes comprobando que no me hayan hecho daño, me abraza y me vuelve a mirar entera.

—¡Estoy bien, mamá! —*Me desagradaba tanto la idea de que estuvieras sola... Me quedé tranquila cuando supe que Cruz ya estaba ahí. ¡Qué horror lo que viviste! Tu padre ya habló con el rector. ¿Cómo es posible encontrar un cadáver en pleno campus? Y la seguridad, ¿para qué está? Un asesino suelto, alguien intentando hacerte daño y tú, sin escoltas. No quiero ni pensar que te hubiera pasado algo porque me muero, hija.*

Me acaricia la cabeza con cariño tratando de tranquilizarme:

—¿Sabes, mamá? Al principio sentí mucho miedo, justo cuando pasó todo... Después, Ernesto Nieto... ¿Te acuerdas de él? Mi amigo de la primaria. —*Claro... El hijo de la maestra Ana, la de Álgebra de la prepa.* —Sí, él, resulta que estaba también ahí, me abrazó y me tranquilizó. Lo olvidé todo estando a su lado. —*¡Qué bueno, hija! Ustedes siempre se tuvieron un gran cariño.* —Sí, quitando el drama y lo horrible de la situación de la chica asesinada, me gustó reencontrarme con él. ¿Sabes...? Trabaja en la universidad, es investigador, él también estuvo premiado por el trabajo que está haciendo, produciendo biogás con el sargazo en la Riviera Maya. —*¿No me digas? Era un chico tan tímido que casi no hablaba, pero tú no lograbas estar sin él. Por cierto... ¿Te vas a quedar aquí? Yo estaría más tranquila.* —Sí, me quedo. Me voy a descansar, me están destrozando los pies estos zapatos.

Subo lentamente la escalera con dirección a mi cuarto de niña, descalza, mientras tarareo la canción de *Abrázame* recordándolo y reviviendo los recuerdos de niña.

CAMILA - *Abrázame*



³ Diminutivo del nombre Ernesto.

CAPÍTULO 6

Ver llegar a ese moreno que con toda familiaridad la saluda, abrazándola mientras le planta un beso la mejilla, hace que una punzada en el estómago me vuelva a cerrar en mis pensamientos, en ese mundo interno en el que casi todo el tiempo habito. Finjo interés en el teléfono para evadirme de la situación.

Siempre he sido una persona callada, me gusta el silencio, las palabras justas, las ideas cortas y precisas, pero con ella es diferente. Hay algo sutil en María que me invita invariablemente a hablar más de lo que hacía normalmente, a compartir mi mundo. Inexplicablemente, mantenemos una conexión desde que éramos niños.

Sigo un poco hipnotizado por su presencia. Su relación con ese hombre es algo que me causa suma curiosidad, enojo, quizás un poco de celos, todo en partes iguales. Es un hombre moreno que impone, bien parecido, mas no guapo.

Se acerca de un modo tan familiar que siento una ráfaga de disgusto. Al mismo tiempo, posa sus labios lentamente rozando su mejilla y me hace sentir envidia. Me hubiera gustado sentir ese roce en su piel... Adivino con tibieza en mi mente el olor que despidе su cabello y recuerdo esos momentos de complicidad que algún día compartimos.

Siempre he sido de pocos amigos, el círculo con el que suelo reunirme no cambia: en las fiestas comúnmente invito a unos cuantos a los que puedo considerar cercanos y casi todos permanecen a mi lado. Soy una persona simple, no me gustan los dramas, valoro la afinidad y respeto las diferencias y el espacio, porque a mí también me gusta proteger mi intimidad. No suelo tomar las cosas de manera personal, dejo fluir siempre las relaciones en ese pequeño mundo en el que me sumerjo, y del cual María Legazpi alguna vez formó parte. El mismo, que dejó por otro más apropiado para adentrarse en el mundillo social al que deseaba pertenecer.

En el fondo, lo entendía. Ella lo tenía todo para brillar.

Su alejamiento dolió, fue la única vez que lo tomé como algo personal y guardé silencio orgulloso cuando su ausencia impactó mi vida, también cuando mi madre, preocupada, me preguntó la razón, o cuando la tutora de la escuela me vio más meditabundo de lo que solía ser.

Nuestra amistad era muy estrecha... Me gustaba su olor sutil, usaba una colonia frutal, al igual que ese *shampoo* que impregnaba su pelo que, al moverse, desprendía la fragancia despertando mis fosas nasales. Recordaba su aliento a chicle de frambuesa y sus manos siempre suaves. La eché de menos, al igual que sus palabras, que me sacaban del silencio y nos fundían en una conversación infinita. Ella simplemente aligeraba mi vida, atormentada por la relación que tenían mis padres en casa.

Nos conocimos el primer día de clases, en el jardín de niños. Se sentaba en la mesa junto a la mía. Siempre ha sido una persona abierta y de fácil sonrisa, por lo que, después del primer «hola, soy María» nos hicimos amigos. Compartimos refrigerio, le encantaba el sándwich de jamón con mayonesa extra que mi madre enviaba, por lo que siempre pedía dos, uno para ella y otro para mí. Nos explicábamos los trabajos, charlábamos al tiempo que dibujábamos o pasábamos hilos por los agujeros del cereal circular. Disfrutábamos el tiempo juntos y me encantaba perderme en

la alegría energética de su sonrisa y en sus cálidos ojos color miel siempre alegres. Ella hablaba y yo escuchaba. A mí no me interesaba decir palabra, solo quería verla. En el recreo, disfrutábamos corriendo al arenero y sentándonos horas a jugar con las piedras, con pequeños insectos o con cualquier otro tesoro que pudiera estar escondido entre las profundidades sucias de esa arena gris.

¡Éramos los mejores amigos!

Disfruté su presencia en mi vida más que nada. Por las tardes o los fines de semana, cuando mi madre me proponía alguna visita, yo siempre tenía la misma respuesta:

—*¡María porfas, mamá! ¡María!*

Mi madre, en cambio, se asustaba, porque quería más testosterona en mi vida. Mi padre, por su parte, era investigador en la Universidad y vivía más en el laboratorio que en casa, por lo que más bien era un visitante fugaz, una ausente presencia. Yo tenía pocos amigos, y mi madre buscaba siempre que hiciera grupo con los chicos más rudos: los del equipo de fútbol, los que hablaban de pedos, chichis y mocos. A mí no me interesaba nada de eso, me gustaba buscar bichos, hacer mezclas, descubrir fósiles y, sobre todo, estar con María, a quien le interesaba descubrir y escuchar todo lo que yo tenía por decir.

Yo no entraba dentro del perfil del alumnado, no iba de vacaciones en el invierno a Vail, ni tampoco paseaba por Nueva York o Canadá en el verano. Mi padre era maestro en la Universidad y mi madre, maestra de álgebra en el bachillerato, por lo que no solía ser popular para muchos compañeros y sus madres. A mí no me importaba, tenía a María en mi vida y eso me hacía sentirme especial.

Las mamás planeaban los fines de semana con antelación y, cuando llegaba el viernes, todos los niños del colegio tenían alguna actividad menos yo. Mi madre estaba toda la semana calificando trabajos, planeando clases o solucionando los problemas de la vida cotidiana como la comida, el súper, los servicios, la ropa limpia... Cuando el viernes tenía un tiempito libre para organizar algo para mí, los niños ya estaban ocupados en un sinnúmero de actividades, pero la incondicional María siempre cambiaba los planes que su madre le organizaba, para venir a jugar al pequeño departamento donde vivíamos o invitarme a nadar a su casa en las Lomas.

Aparto los ojos del teléfono y veo que ella sitúa sus ojos en mí.

—Ernesto, mira, él es Cruz, un amigo de la familia y abogado de mi padre. Trabaja en la empresa, es la mano derecha del señor Errazquin, el papá de Alía, mi cuñada.

Hago una mueca. Quiero ser amable y le tiendo la mano.

—*¡Mucho gusto! Ernesto Nieto.* —Cruz, Ernesto es un investigador de la universidad, venía conmigo cuando encontramos el cuerpo, fuimos compañeros en el colegio siempre.

El moreno me mira con una mirada intensa, adusta, y simplemente dice:

—Mucho gusto.

Después, se vuelve hacia Mia.

—Voy a hablar con el del Ministerio Público a ver a qué hora les van a tomar las declaraciones.

Nos vuelve a dejar, aunque ya la magia se ha evaporado. María se acerca y me estrecha la mano:

—*¡Te agradezco que hayas estado aquí!*

Yo estoy contrariado, no entiendo bien la causa, por lo que, parco, le contesto:

—*Bueno, a mí también me tienen que tomar declaraciones, no es que lo haya hecho solo por ti.*

Su rostro se endurece y reacciona contestando secamente:

—Sí, claro... Voy a ver qué ha investigado Cruz.

Se para y se va. Yo me quedo recriminándome mi respuesta, he sido un idiota.

Después de horas en la Fiscalía, ya en el Uber que me llevaría a recoger mi coche, escucho la canción *Bad habits* de Ed Sheeran y me siento identificado. Cada vez que aparece, yo no puedo negarle nada... María Legazpi siempre toma control de mi vida y la vuelve una montaña rusa.

¡Soy un estúpido! Esta vez no voy a permitir que tome el control. Si ha tenido la descortesía de dejarme tirado, mañana yo también vendría con mi abogado.

No somos un equipo, como he pensado al principio: cada quien tiene que hacerlo por su cuenta.

ED SHEERAN - *Bad habits*



CAPÍTULO 7

Al día siguiente, temprano por la mañana, recibí una llamada del investigador; debo presentarme en el Ministerio. Quieren que, entre los dos, hagamos un retrato hablado y redactar una línea temporal de los hechos.

Me arreglo tratando de pasar desapercibida. Busco estar linda, pero sencilla, sin nada de más. Quiero que Ernesto Nieto me vea tal y como soy.

Toda la noche le he dado vueltas al asunto. Me iba a plantar frente a él y le iba a cuestionar el comportamiento tan frío con el que me trató la noche anterior. La cercanía que compartimos, a punto de recobrar nuestra amistad, súbitamente se disipó, se enfrió. Me consolé en esos momentos en que me sentía tan vulnerable y no puedo engañarme: deseo sobre todas las cosas volver a estar cerca de él, ponernos al día... Quiero agradecerle su presencia y no necesito a Cruz rondándome, por lo que lo cito media hora más tarde. Yo llegaré temprano para esperarlo e interceptarlo.

Al llegar al Ministerio me acobarda al ver a los policías y a los detenidos esposados. Vuelvo a ser una chiquilla de diez años, por lo que decido quedarme en el carro. Tengo trabajo pendiente y, gracias al celular, puedo seguir trabajando desde casi cualquier lugar con un *cappuccino moka caramel* largo que me hace compañía.

Antes de salir, he posteo una *pub*⁴ y, para esta hora, ya tendría que estar checando el resultado de los *likes*⁵ para informar a la chica de *marketing*. Esa es la manera en que nos miden nuestros patrocinadores: contando de manera estadística los números del día.

Saco mis lentes de aumento, aquí nadie me iba a reconocer... Tengo prohibido por el departamento de imagen ir por ahí mostrándolos, pero la realidad es que estoy más ciega que nada y necesito los lentes para trabajar.

Me pierdo en el teléfono, al igual que mis pensamientos. La publicación de la mañana muestra un *outfit* que consiste en un vestido *animal print*⁶ con estampado cebra, parecido al que justo había publicado *Ella* en su página española. Sin embargo, nuestra página no alcanza esos niveles de popularidad... Mañana probaríamos un *look* más casual, posiblemente campirano... Tengo que empezar a moverme a ver si para la tarde conseguimos un *set* en alguna hacienda, un establo o algo así...

Estoy inmersa en mi estrategia táctica, buscando blusas en el vestuario que nuestros socios diseñadores nos envían, cuando un fuerte golpe en el vidrio me hace saltar del susto, tirando todo el contenido de mi vaso en el pantalón y quemándome: —¡Mierda! ¡Me quemo!

Giro mi rostro y lo veo con una sonrisa burlona. Bajo el vidrio del coche: —Tienes que ser tú, Nieto. —¿Qué haces aquí sola, María? ¿Hoy no traes a tu guardaespaldas? —A veces pienso que eres el más idiota del planeta. —Y tú la más caprichosa. —Vine temprano porque quiero hablar contigo. —¿Ah, sí? ¿Y qué quieres decirme?

Mi mente empieza a carburar la manera de plantearle lo que está cruzando por mi cabeza. Quiero romper esa tonta rivalidad que estábamos enfrentando, es algo sin sentido. Cierro mis ojos buscando las palabras correctas para empezar a hablar cuando una mano con manicura

perfecta lo abraza por la espalda, posando un beso en su mejilla. Él abre los ojos con sorpresa al tiempo que se separa de ella de una manera sutil y educada. Yo, por mi parte, cierro la boca con los sentimientos y el corazón en banda, invadida por unos repentinos celos irracionales, haciendo un gran esfuerzo por esconder todas esas emociones en pugna entre el corazón y la cabeza.

—¡Discúlpame, Neto! Sé que no te gustan los besos, pero no me pude contener. ¿Qué haces aquí? Vamos adentro, pronto tendremos que empezar.

La mujer separa su cuerpo del de Ernesto para poder observarme de manera más libre.

—*Mónica, mira, te presento a María Legazpi, ella es...* —Ahhhh, tú eres Mia, la *instagramer*. ¡Qué bien! Yo soy Mónica Sánchez, la representante legal de la Universidad y, por consiguiente, de Ernesto. —*Creo que debemos pasar.*

Aprovecho para decir de manera cortante: —Sí, tienes razón, los veo adentro. —*¡No, te esperamos! Baja. No es un lugar para estar sola.*

Se mueven un poco para dejarme espacio. Yo dejo mis lentes, tomo mi bolsa y bajo del coche. La abogada de Ernesto me examina de arriba abajo, posando sus ojos en mi bolsa, que es una *peekaboo* de *Fondi* que acaba de salir al mercado, y después a mi coche, un *Ady 5* color gris cemento, de último modelo. Tras esto, simplemente suelta de sopetón:

—No sabía que es tan rentable ser *instagramer*... De estar enterada, no estudio tanto.

Su comentario me revuelve las tripas, la furia incontenible se gesta en mi interior y desembucho sin más:

—¡No, si yo sí estudié! Tengo una carrera en finanzas y un máster en mercadotecnia. Soy guapa, pero sobre todo soy lista, muy lista, y conozco a mi mercado tanto... que ya ves por qué utilizo este bolso y traigo este carro.

Acelero mi paso, meneando mis caderas mientras veo de reojo que Ernesto Nieto sonríe orgulloso ante mi respuesta. ¡Lo odio por tener a esa hermosa abogada! Y me arrepiento de haber llegado antes para hablar con él. Ahora ha traído a esa pelirroja que se le insinúa totalmente descarada y yo, solitaria, espero a Cruz.

Cuando al fin se aparece, me pregunta: —*¿Qué pasó, Mia? ¿Se adelantó la cita?* —Creo que sí —contesto inocente, pensando de antemano que mi plan había fracasado.

Al llegar Cruz, los dos abogados se acercan con el investigador a cargo del caso. Nieto y yo nos escudriñamos desde lejos, sin tener la certeza de lo que piensa y siente el otro.

—*Tenemos que pasar* —dice Cruz mientras entramos todos a una sala donde se halla el investigador y el dibujante.

El investigador empieza a hacernos preguntas, nosotros rememoramos todo lo que nos parece relevante acerca del agresor y los abogados tomaban nota. Después de un rato, cuando ya no se nos ocurre nada, el dibujante nos enseña un pequeño bosquejo que no dice mucho. No es concluyente y tendrán que seguir investigando.

Ernesto pregunta al investigador: —*¿Qué se sabe de la chica que murió?* —Era una estudiante de la carrera de Contabilidad, iba en séptimo semestre. Era seria, sus amigas comentan que había estado saliendo con un hombre, pero no se sabe nada del presunto.

Recuerdo su imagen en mi memoria, su cuerpo tirado con la falda levantada y el charco de sangre que se esparcía en el piso y siento escalofríos en todo el cuerpo. El aire se evapora y vuelvo a vivir la sensación de sus manos en mi cuello, cortándome la respiración.

Cierro los ojos para evitar el mareo cuando una mano me toma del brazo. —*¿Estás bien? Siéntate, voy por agua.*

Doy pequeños sorbos mientras él me mira. Por su parte, los otros discutían formalidades un

poco alejados.

—*¡Eres muy valiente, siempre te he admirado!*

Suelta mi brazo y lo recorre suavemente para estrechar mi mano antes de irse. Alcanzo a hacer una mueca de agradecimiento. Solo él sabe lo que yo siento.

Cruz se acerca a mí, ya estoy más tranquila. Me paro dirigiéndome a la salida, tratando de huir de todas esas emociones atoradas en mi garganta, cuando un *flashazo* me sorprende:

—Tenía una especie de pulsera con pequeños adornos que brillaban, creo que son plateados... Algo así quiero recordar.

Mis ojos contienen el llanto causado por el sentimiento de angustia. El investigador se acerca: —*Poco a poco recordará más detalles... Fue algo traumático lo que vivió, los flashazos son algo normales. Estaremos en contacto.*

Fijo mi mirada en Ernesto, él también me observa. Hay demasiados testigos y ninguno de los dos dice palabra, solo lo que nuestras miradas pueden expresar. Nos despedimos y cada quien se va con su abogado.

Ya en la oficina, me pongo a trabajar con las publicaciones que tengo pendientes. Escucho con los audífonos una canción de Olivia Rodrigo, *Jealousy, jealousy*.

Mientras canto a todo pulmón, entra Diana: —*¿Qué sucede que cantas tan apasionadamente?* —No, nada, solo me gusta la canción. —*Si tú lo dices... Te dejo esto para firma.*

Me deja los papeles y sale. Yo me quedo pensando en la mentira que acabo de decir.

Todo el día me he sentido tremendamente celosa por la abogada pelirroja de la Universidad y sabía muy bien cuál era la razón.

OLIVIA RODRIGO - *Jealousy, jealousy*



4 Publicación.
5 Indicador de aceptación.
6 Diseño animal.

CAPÍTULO 8

Es difícil sacarme de la cabeza la imagen de María en todo el día; vuelve de manera recurrente y sus ojos llorosos me invaden de ternura. La admiro por valiente, siempre lo ha sido y a mí me despierta una necesidad de protección. Me asalta la impotencia al sentirla desvalida y con tanta gente rondándonos me congelé al respecto.

Mi instinto investigador busca respuestas en algo que pudiera haber pasado desapercibido y pienso en soluciones. Es una parte racional con la que convivía diariamente: algo habría de darnos la solución, ya que el cuerpo de policía parecía un tanto incompetente.

Llego al lugar, todavía está acordonado con esa cinta plástica amarilla. Doy vueltas en círculo para ver algún tipo de indicio, la más leve pista puede ser útil y libraría a María de toda esta pesadilla.

La mancha de sangre todavía se encuentra en el piso. Al verla desparpajada y seca, el recuerdo vuelve y una especie de repulsión brota por mi garganta. El lugar me causa un sentimiento amargo que quiero alejar. Desviando el pensamiento, continúo en la búsqueda de una solución, para eso soy bueno. Los círculos cada vez tienen una circunferencia mayor, trato de abarcar más espacio. Las piedrecillas crujen tras mis pisadas y el aire fresco del otoño se cuela en la camisa. El reflejo del sol se instala en el suelo subiendo en su danza diaria y, entonces, algo brillante aparece en mi visión, escondido en una esquina junto a la tela ciclónica que delimita el lugar: los hierbajos ocultan un cono metálico pequeño. ¿Qué es?

Lo tomo con un pañuelo y salgo rápidamente. Estoy tomando una evidencia y lo sé. Lo escondo en mi bolsillo y me voy directamente al laboratorio sin tiempo que perder. Luis tendrá que ayudarme con esto. Hoy no tengo tiempo para hacer de detective. Esta noche tengo la boda de mi amigo Eugenio y yo soy uno de los testigos. No puedo faltar.

Eugenio es un amigo de siempre, nos habíamos hecho cercanos cuando María desapareció del panorama al finalizar preescolar, salvo por leves lapsos de tiempo en los cuales estudié la maestría en el extranjero. Siempre nos habíamos apreciado y, al graduarse, se dedicó a trabajar con su padre en una fábrica de plásticos de la familia. Su futura esposa era Luli, una chica caprichosa, pero amable. Hacían buena pareja, siempre lo había pensado, porque ella lo equilibraba.

La boda va a ser en el antiguo Colegio de San Ildefonso y yo vivo lejos, así que tengo poco tiempo para llegar al civil.

Llego raspando a la ceremonia. El lugar luce impresionante: la iluminación resalta las estructuras labradas de cantera que, a su vez, enmarcan una puerta que tiene muchos años de antigüedad. Las flores cuelgan por todas partes guiando el paso al patio principal, donde será el banquete. Uno de los organizadores del evento me acompaña a un pequeño salón para el enlace civil.

Al entrar, lo primero que se aparece en mi línea de visión es Juanma, un idiota que me había torturado toda la primaria. Al verme, una sonrisa burlona aparece en su rostro al tanto que posaba su mano en la espalda de la chica que lo acompañaba. Es un metrosexual, le gusta ser el centro

de atracción en cualquier pasarela y estoy seguro de que su atuendo de etiqueta es costoso. Es un dandi de sonrisa canalla que conquista y las vuelve locas, porque aparece en las revistas de sociales y eventos de moda acompañado de mujeres guapas y, sobre todo, ricas. Es más, creo que nunca lo he visto con una mujer que no fuera un monumento.

Le pagan por asistir a eventos y promocionarlos. Tiene una revista bastante exitosa en donde se publica todo lo que da estatus y en ella aparecen, o pagan por aparecer, todos esos que quieren formar parte de ese grupo selecto y pequeño de millonarios de la ciudad. Sus gustos estrafalarios me enferman. Al ver por primera vez la revista no pude más que poner en duda su aceptación. Me equivoqué rotundamente, porque tiene la suerte de ser acogida por celebridades y millonarios que, gustosos, ven publicados sus viajes, sus eventos sociales y sus negocios.

Para mí es un idiota, pero el mundo parece no estar de acuerdo.

No puede haber una persona tan diferente a mí. Yo odio los *looks*, y más los prefabricados de las revistas de moda, esas que están llenas de frivolidad.

Junto a él está una mujer de la cual solo puedo ver su silueta: lleva un vestido azul rey ajustado al cuerpo, dejando al descubierto toda la espalda, por donde cae un cabello castaño perfectamente peinado. No puedo ver su rostro, pero su cuerpo destila sensualidad y elegancia. ¿Cómo puede ese cabrón conseguir tamaños mujerones? Seguro que yo, en el laboratorio de la universidad, no lo voy a lograr nunca.

Me pongo en la esquina del salón junto a otros conocidos, lejos de las flores que posiblemente despertarán mi alergia. Adriana y Octavio no tardarán en llegar, hemos quedado de sentarnos juntos. Faltan unos minutos para empezar y yo no puedo dejar de observar a la mujer que acompaña a Juanma. Una sutil coquetería la envuelve con movimientos suaves. Platica con los invitados de los lados, que se encuentran totalmente hipnotizados por ella. Juanma no desaprovecha la ocasión y pasea su mano por esa espalda perfectamente delineada, pero ella se mueve de manera inquieta para alejarse de la caricia que busca ser sensual. Los fotógrafos no los dejan, son la pareja de moda.

El representante del Registro Civil se pone en su puesto al centro del lugar, el cuarteto empieza a tocar la marcha nupcial y los novios caminan de la mano hasta el centro del pasillo, para acercarse a la mesa donde firmarán el acta. La chica de azul se suelta de Juanma y se voltea a ver a los novios.

Siento un balde de agua fría caer sobre mí. La rabia me inunda el alma.

Me desencajo, irritado, mientras me acomodo los lentes para disfrazar mis sentimientos. ¿Cómo puede estar ahí, junto a él? Subo la mirada para encontrarme con una María que me mira sonriente. Yo, por mi parte, no puedo discernir por qué, de manera inevitable, me siento tan frustrado y furioso.

Ella me regala un saludo coqueto a la distancia y yo solo alzo un poco la mano, siendo educado.

La boda se realiza conforme a lo estipulado, los novios se dan el sí. Los testigos pasamos lentamente a firmar el acta; primero la nombran a ella, y, casualmente, sigo yo a continuación. Al pasar, me extiende la mano para dejarme la pluma. Una lenta y cálida caricia toca mi mano; las huellas de sus dedos se deslizan suavemente rozando mi palma. Todas las terminales nerviosas se me alertan, una descarga eléctrica me recorre la espalda. Me enderezo tratando de alejar el olor de su perfume, que sorpresivamente ha inundado el ambiente. Mi vista se instala automáticamente en sus ojos color miel que, cautivadores, me reconocen.

Son solo milésimas de segundos, pero me dejan completamente descuadrado. Quiero huir de

su mirada, un volcán en mi interior lucha por hacer erupción. ¿Por qué me vuelvo un idiota solo con verla?

Al terminar la ceremonia, los meseros reparten copas de champaña y los invitados felicitan a los novios. Por el rabillo del ojo veo su silueta en movimiento y se dirige hacia mí, segura, brillante; yo me siento nervioso, alterado. No estoy preparado para ese encuentro, por lo que decido emprender la huida.

Camino a la salida rápido, huyendo, cuando un jalón me detiene. La madre de Eugenio, sorpresivamente, me abraza. Sin darse cuenta, ha frustrado mi escapada. Después, solo siento la mano de María tomándome del brazo: —¿Qué te pasa, Nieto? ¿Por qué huyes de mí? —*No huyo de ti, solo guardo distancia de tu flamante compañía. No puedo creer que hayas venido con él... Lo odiábamos, ¿recuerdas? Bueno, claro, cómo olvidar que tú pasaste a ser de su grupo.* —¡No te entiendo! ¿Por qué estás tan enojado? —*¡Yo!? ¡Enojado?! ¡Claro que no! Estás completamente equivocada. Quizás un poco indignado, pero... Qué puedo esperar de ti, eres igual que él. El cerebro se tiene que ejercitar, ¿sabes?* —¡Eres un idiota inseguro! ¡Parece que tuvieras de nuevo ocho años! ¿De qué te han servido tantos estudios si no tienes nada de sentido común?

Voy a contestar agresivamente cuando la veo girar, dispuesta a partir. No puedo contener mi ira. Agarro con fuerza su muñeca, volcando mi furia en ella y jalándola hacia el pasillo que da a los baños. Me detengo y la aprisiono contra la pared con el cuerpo. No tiene escapatoria. Mis manos se colocan en la voluptuosidad de su cadera, amasándola, tensando nuestras piernas. Con la boca apretada, su olor me trastoca de nuevo. No puedo evitarlo, estoy embriagado.

Abro los labios mientras me mira expectante, buscando una respuesta. Cierro los ojos por segundos... ¿Qué estoy haciendo? Yo no soy así. Ella me mira desafiante, coqueta. Entonces, me pierdo y no sé más, solo le planto mi boca con dureza.

Sus labios se congelan, pero el contacto los suaviza y se entreabren dóciles, rendidos a mi asalto. Estoy extasiado, demasiado excitado para poder cortar lo que, al principio, pensé que sería una venganza. Mi cuerpo es el enemigo, se ha vuelto en mi contra.

Ella y yo estamos perdidos en la boca del otro, entregados totalmente al beso, al intercambio de caricias.

El sonido de unos pasos nos separa y me hace recuperar la conciencia de lo que ha sucedido. Inmediatamente reculo separándome de ella, sintiendo la frialdad que se instala entre nuestros cuerpos agitados. Acomodando mis lentes, me encuentro con la causante de esos pasos intrusos y desatinados: —Ernesto, te estoy buscando, Adriana y Octavio me dijeron que estabas por aquí. ¿Te vas a sentar con ellos? —*Sí, Mónica. Ya iba para allá, solo estaba comentando con María algo de la investigación.* —Claro... ¿Hay algo nuevo? ¡Qué raro! A mí no me ha contactado nadie de la Fiscalía. Bueno, te espero para sentarnos juntos. —*Claro, me vendría bien algo de buena compañía.*

Miro a María, que está callada, sin decir palabra. Sus ojos reflejan una tristeza que no he visto nunca y yo me debato entre el coraje de verla con otro y el deseo de abrazarla. Sin saber qué hacer, solo digo: —*¡Adiós, María! Nos vemos más tarde.*

Esa noche es una tortura. La veo del brazo de Juanma, que es un excelente bailarín y la maneja como si fuera una muñeca en la pista. Giran dando volteretas, la pega a su cuerpo... Después se detienen, toman fotos y las suben a sus redes. ¡Siempre subiendo fotos! No entiendo esa manera de hacer pública su vida íntima. ¿Tendrían una vida íntima? Recuerdo súbitamente cómo la he tenido entre mis brazos hacía solo un par de horas... Su piel suave me provoca estremecimientos.

Mónica no pierde oportunidad para insinuar y posar su mano en mi muslo mientras yo solo bebo, aburrido, un whisky en las rocas. Lo ingiero lentamente, más por costumbre que por gusto, puesto que no suelo tomar alcohol. Ahora me está sentando bien, porque acalla los efectos que me causa verla con otro.

No me quiero ir, no puedo dejarla. Algo en mí me invita a convertirme en un voyerista, pegado a la silla viéndola coquetear. Recuerdo que, en una ocasión, cuando estaba en la Universidad, ella iba totalmente borracha y la tuve que dejar sola en una fiesta. María no había querido regresarse conmigo y los de seguridad me persiguieron hasta que me tuve que ir. Yo no estaba invitado, no pertenecía al mismo grupo, y ella decidió, simplemente, irse con otro idiota. Esa noche, ya en casa, me había invadido la culpa.

Son las 2:00 am cuando los veo despedirse y caminar en dirección a la puerta. Yo hago lo mismo y Mónica aprovecha mi partida para tratar de convencerme de ir a su casa. Cuando se detiene a saludar a unas personas, me escapo. Aprovecho la oportunidad para seguir a María al valet *parking*. Está sola y me paro junto a ella a esperar el coche. No habla, su mirada fría se instala lejos de mi presencia, la cual finge ignorar. La conozco bien, sé que está enojada por la manera en que la he abandonado para irme con Mónica.

—*Te quiero pedir una disculpa por cómo se dieron las cosas. Aunque creo que te divertiste mucho, no creo que la necesites.* —¡Ay, Nieto! ¡Siempre se te han dado fatal las relaciones humanas! Eres mejor con las computadoras, en el laboratorio... Evadido en tu mundo. —*Si eres tan buena en las relaciones humanas, ¿por qué estás sola y no con tu galán de turno?*— Porque Juanma se va con su novio a pasar una noche romántica. ¿No lo sabías? Claro, casi nadie lo sabe, porque la mitad de sus seguidoras son mujeres... Por eso su equipo de publicidad quiere que asista conmigo a los eventos, porque yo no lo quiero para nada más que para subir fotos al perfil. Adiós, Nieto.

Se sube a su coche y se va mientras yo espero el mío, acongojado. En la pista de baile, el grupo musical ha empezado a tocar la canción de *Saturno*, de Pablo Alborán. Se han formado parejas que se mueven al ritmo de la música suave y me quedo como un tonto mirando a los enamorados.

Ella tiene razón. ¡Soy un idiota! Se me dan fatal las relaciones humanas. Por enojo he pasado la noche con Mónica y me he comprometido a ir con ella a la boda de Juliana Palacios y Damián Scmall.

Al ver a Mónica acercarse de nuevo, me subo rápido al carro, que justo me entregan, pensando en esa canción, que describe exactamente lo que siento por María.

PABLO ALBORÁN - *Saturno*



CAPÍTULO 9

El domingo por la mañana, mi cuerpo no puede más. Despierto con una jaqueca que no sé si se debía al exceso de copas que he tomado con Juanma, a mi disgusto con Ernesto o al simple hecho de que el tonto se enterara de lo que provocaba en mí con solo un beso:

—Alexa, Olivia O Bryan, *I hate u, love u*.

La música empieza a sonar y me deslizo despacio de la cama mientras escucho esa lucha entre el amor y el odio. Yo siento lo mismo por Ernesto.

Desde el día del asesinato no he podido dormir bien y eso me vuelve irritable, sensible, solo quiero llorar. A medianoche me despierto asustada, asfixiada y cargada de impotencia; puedo volver a sentir sus manos frías en el cuello, coartándome el paso del aire. Las ojeras se marcan bajo los ojos y ni las gomitas de melatonina me hacen efecto. Si sigue así, tendré que buscar ayuda profesional.

El celular suena, dudo si contestar o no hasta que, en la pantalla, aparece la imagen de mi sobrino pequeño, ese chimuelo amoroso que me roba el alma con cada palabra. Contesto.

—¡¡¡Tíaaaaa!!! —¡Mostrillo! ¿Cómo estás? —¡Bien! ¿Sabes que vamos a ir a visitarte? Mi papá ya compró los boletos. —Ahhh, ¿siii? ¿Y cómo es eso? Tienes clases. —¡Eso no lo sé! —A ver, pásame a tu mamá. —¡Mamáááá!! —¿Alía? —¿Mia? Perdona, entre la lucha con el perro, Lucas y las jaquecas estoy frita. ¿Ya te dio la noticia? —¡Sí! ¿Cómo es eso que vienen? —Tu papá nos marcó, quiere que Santiago empiece a involucrarse más con los socios de la empresa y nos pidió que fuéramos a la boda de Juliana, ya te imaginarás la tortura que es para mí. No quisiera ni verla, siempre que coincidimos ha tratado de hacer mi vida imposible. ¡No me perdona que me casara con él! Y ahora, con esta panza gigante que estoy cargando... ¡Me siento horrible! Sé que es algo que tiene que hacer y no lo voy a dejar ir solo... ¿Tú has cambiado de opinión? No estás dispuesta, ¿verdad? —¿A tomar las riendas del negocio? ¡Ni loca! —Bueno, pues entonces... Santiago necesita ir, y lo acompañaremos todos, los tres y medio. —Te admiro, a veces no sé cómo tienes ánimos para hacer las cosas. —Ver a Juliana no va a ser un trago agradable. —¡No te preocupes, tienes el equipo de apoyo! Mi mamá y yo no te vamos a dejar ni un minuto sola en esa boda. —No me preocupa, para ser sincera, me da lástima... Hay algo que no logro percibir en ella, creo que su felicidad no es tan real como la presume, por eso me odia. Santiago es mejor partido que su futuro esposo o, al menos, más guapo y lindo. —A mí hay algo que no me gusta de él; una sensación, una vibra. Es guapo y rico, pero me da un *feeling* inexplicable. —A mí me da «grrr» cada vez que lo veo. —Tanta riqueza, tanto despilfarro... En fin, mejor ni hablar, porque van a decir que somos envidiosas. Y ella consiguió lo que quiere. ¿Quién no ha chismeado alguna vez en su vida? —¡Eso es cierto! Oye, y cuéntame... ¿Cómo te fue ayer de boda?

Guardo silencio, evaluando mi respuesta.

—¡Fatal! —¿Por qué? —Te acuerdas de Nieto... —¡Claro! El amigo que te salvó, aquel día fatídico en la universidad... Es que, por Dios... ¿Dónde te metes? Un cuerpo y un asesino tratando de terminar contigo... Cómo olvidarlo... Si yo fuera tú, aceptaría la seguridad que te

está proponiendo tu papá y estaría tomando terapia. —Me sentiría intimidada, invadida. No me gusta que me sigan hasta el baño. —Yo sé que es incómodo, pero es que eso fue como una película de terror... No te debería de importar, a mí me pusieron seguridad cuando lo del atentado. No lo sé, pero todo esto me recuerda al secuestro de mi madre y me da ansiedad. Nos deberíamos ir a hacer una limpia o algo así, nos pasan muchas cosas... —¡No seas tonta! —¿Tú crees que a las demás personas les pasaran cosas semejantes? No lo sé, pero cuándo hago un recuento... Veo que mi familia, mis padres, Santiago, todos nosotros hemos pasado momentos difíciles. Nunca voy a terminar de agradecerle que hubiera estado contigo, acompañándote esa noche. Es algo que nunca olvidarás, se queda marcado en tu subconsciente y modifica la perspectiva de todo, cómo ves al mundo y cómo te relacionas con él. Así lo hizo con mi madre. Yo te admiro, Mia, igual que a ella. Sobreponerte es, ¡uff! Algo de otra liga... No sé si me expliqué. —¡Ay, Alía! Es muy temprano para profundizar en esos temas, yo todavía, sigo medio dormida y no he tomado café. —Si algún día lo conozco lo voy a abrazar y besar tanto que va a pensar que soy una maniaca o algo así... —¡Deja de hablar y escucha! ¡Me besó! —¡¿Queeeeé?! —Sí, lo hizo; intempestivamente y sin darme cuenta. De repente, ya tenía sus labios pegados a mi boca. —¡Ay! ¡No puede ser! Necesito algo de tomar para poder profundizar. Deja, voy por una taza de café porque no hay salida rápida en este tema; me lo tienes que contar con puntos y señales... ¿Cómo fue? ¿Te gustó? ¿Besa bien? ¿Han hablado al respecto? —¡Alto! Primero que nada, no le vayas a ir con el cuento a tu marido, este tema es un secreto entre mujeres. Y dos... no sé qué siento. Al principio fue una sorpresa, después una emoción desbordante, y de postre... terminé odiándolo. Me dejó ahí parada, se fue acompañado de su abogada... Así, solo así, después de compartir algo tan íntimo. —Debe de haber una razón lógica, si es tan listo... —Creo que estaba celoso de Juanma... Claro, que no sabía el idiota que a él le gusta más el Bobi que yo y que en lo último en lo que se interesaría es en mí. —¡Eres una simple! —Es un actor como ninguno, se la pasó toda la boda civil acariciando mi espalda, es fácil pensar que podríamos tener algo. Sin embargo, no puedo justificar su trato; más bien lo odio. Después tuvimos una confrontación al final y, la verdad, no sé, no tengo nada de ganas de ir a la boda de Juliana. Alía, no quiero ni salir de mi cuarto, estoy triste, estresada, tengo mucho trabajo... —Pensé que te gustaban los eventos... —Me gustaban, ¡pero ya no! Siempre tengo que estar arreglada, sonreír... Es cansado. Además, está el asunto de la investigación y dentro de ocho semanas tengo la Fashion Week en Nueva York. Creo que lo que necesito son unas vacaciones en tu casa. —Bueno, pues ven un fin, Lucas, Santi y yo te consentimos: un masaje junto al mar, un buen chapuzón, las olas, el olor a selva... Aquí siempre hay un lugar para ti. —A ver si puedo hacerlo después de las bodas y antes de irme a Nueva York. Puede ser. —¿Sigues con las pesadillas? —Algunas veces. —¿Y lo saben tus padres? —No, no quiero preocuparlos, lo puedo resolver sola. ¡Por favor, no le digas a nadie! —Bueno, cambiemos de tema. ¿Y qué piensas hacer con el tal Nieto? —No sé, la verdad, no voy a pensar en él, ahora estoy muy enojada. —Bueno, no pienses, descansa, pero prepárate para el próximo jueves, que llegamos con el torbellino y vamos a estar ahí una semana. Tendremos tiempo para ponernos al día. —¿Se van a quedar con mis papás o con los tuyos? —Con tus papás, los míos están ahora en Ajijic. Todavía no confirman si irán a la boda. —Bueno, voy a ver si va Cruz para sentarnos juntos y no sentirme la única que va sola, le voy a marcar en la semana. —A mí también me encantaría que fuera, le voy a insistir. Ya sabes que Juliana no es de su pleno agrado, pero tendrá que ir, no le puede decir que no al señor Ferrara, sería un gran desaire y, como es el abogado de la empresa, tiene que cumplir con los socios. ¡Lucas! ¡Lucas! Ya se me escapó, está merodeando la piscina,

me da pánico que se pueda caer. ¿Te marco más tarde? —¡Sí, no te preocupes! Después hablamos, besos a todos.

Me tumbo otra vez en la cama con mis calcetines de felpa, mi pijama de seda y mi bata esponjosa; nadie me va a sacar de ahí. Me sirvo una taza de humeante y oloroso café para lograr animarme y me dispongo a prender una serie de televisión. El timbre del teléfono suena otra vez. Algo se les ha olvidado decirme.

Lo rescato de entre las sábanas y contesto antes de que cuelguen: —¡Mostrillo! ¿Qué se te olvidó decirme? —*Sé que me odias, pero ¿tanto para llamarme mostrillo?*

Una voz ronca me sorprende, mi cerebro da vueltas carburando lentamente. La imagen de Ernesto se aparece en mi cabeza y, tras ella, el recuerdo de sus labios besándome. Mi piel se eriza de solo recordarlo.

Su voz me despierta, devolviéndome a la realidad: —*¿María? —¿Qué necesitas de mí esta vez, Nieto? —¡Buenos días! María Legazpi, ¿no te enseñaron buenos modales tus padres? Es importante la cortesía, digo, para los ambientes refinados en los que sueles moverte. —¡Ya, Nieto, déjame descansar! ¿No tuviste suficiente torturándome ayer?*

Al momento de decir eso, me arrepiento y me callo.

—*¡Yo no te torturé! Tú sí. Me torturaste a mí, paseando con el idiota de Juanma, que solo te toqueteaba. —No me toqueteó y no vamos a discutir de nuestra vida privada. Tú no tienes derecho a decirme nada y yo tampoco tengo como opción recriminarte algo a ti. Después de todo, no somos nada. —¡Tienes razón! Dejemos ayer en el pasado. Te marco porque encontré algo que puede pertenecer al asesino. Lo tengo en el laboratorio. Ayer, mi asistente iba a investigar un poco lo que podría ser o si tenía alguna huella marcada. Quisiera enseñártelo, a ver si pertenece a esa pulsera que viste en el asesino... —¡Alto, no me digas más! No quiero recordar nada de ese día, ¡estoy cansada de todo el asunto! Solo lo quiero olvidar...*

El silencio se instaura por unos instantes. Un momento más tarde, él retoma la conversación. —*Háblame, ¿qué te pasa? —Nada, no me pasa nada. —No me mientas, María, te conozco bien. —No es nada, solo que no duermo bien, estoy temerosa siempre de que llegue la noche y pasarla en vela otra vez. —¿Pesadillas? —Sí, recuerdo ese día, una y otra vez, como un bucle. Todos los días vuelve a las 2:00 am y ya después no puedo retomar el sueño.*

Calla, meditando su respuesta.

—*Me lo puedo imaginar. Yo también he estado nervioso e irritable. Tú lo viviste más de cerca. Cierro mis ojos tratando de evitar los recuerdos.*

—*Te quisiera ayudar, pero no sé cómo. Yo también tengo su recuerdo constante, semidesnuda con los ojos abiertos y sangre escurriendo.*

Puedo sentir el estremecimiento en su voz, un nudo se cierra en la garganta.

—*Sentí mucho temor, impotencia, de que te pudiera pasar algo... de no poder hacer nada.*

Otra maldita vez se instala el silencio entre nosotros, lo estoy empezando a odiar.

—*La única manera de ayudarte es encontrando al culpable, no sé qué más hacer. —No tienes que hacer nada, no es tu problema. —Lo sé. Pero me duele ver que todo esto ha trastocado tu vida, tu alegría. Si pudiera, haría lo que fuera para cambiar la situación.*

La incertidumbre se instala dentro de un silencio impalpable. Puedo sentirlo cerca, su respiración rítmica y lenta es como un abrazo, me acoge a través del teléfono. Estoy cansada, triste, pero no me puedo dejar caer.

—*Gracias. —Solo hay una manera de subir a la superficie y tomar aire cuando te estás ahogando, y es nadar hacia arriba. —¡Tienes razón! Soy la única que puede hacer algo y no*

puedo quedarme llorando como una niña. ¿Cuándo quieres hacerlo? —*¿Ahora? Puedo pasar por ti en una hora.* —¿Tienes prisa? Pensaba que eras de los que se toman su tiempo. ¿Sabes dónde vivo? —Sí. —¿Cómo es eso? ¿Me investigas? —*Un poco, tengo buenas relaciones con la gente que posee información. Además, ya te digo que mi becario es casi un hacker.* —Ok, te espero.

Solo puedo sonreír para mis adentros. Yo soy la única que puedo transformar el panorama más negro en una luz brillante en un dos por tres, y pensar en ese beso que nos habíamos dado me aloja una sensación agradable en el pecho. Me voy a aferrar a ella y, quizás, robarle otro más. La última vez me he quedado con ganas y ahora ese incordio de su abogada no va a estar rondándole. ¡Tengo que apurarme!

Antes de irme, pienso en tomarme una *selfie* para la página con mis Mike Air nuevas, que me acaban de llegar por parte de la oficina de un patrocinador. [#lovemisMike]

OLIVIA O BRIEN-GNASH - *I hate u, i love u*



CAPÍTULO 9

Me aparezco en su puerta con un café *cappuccino* y un *croissant*. No sé qué es lo que esa mujer me provoca, nunca he sido una persona detallista, pero al ordenar mi café, simplemente se me vino a la cabeza su presencia y pedí la orden doble. Ella lo ve y lo toma con desparpajo: — ¡Gracias, Ernesto! ¿Me lo pediste con leche de almendra? — *No jales la cuerda, María, es una ofrenda de paz.* — ¿Amigos?

Mueve su cabeza hacia la izquierda y me tiende la mano, algo que me turba; logra ponerme nervioso con solo un roce. No puedo esconder mi excitación, por lo que la distraigo acomodándome los anteojos.

Nos subimos al auto cuando ella rechista: — ¿No me vas a abrir la puerta? — *No es una cita, María, es algo así como un compromiso de trabajo.*

Al mirarla, siento su nerviosismo, se sonroja y mis ojos se clavan en su rostro, que muestra unas ojeras cada vez más profundas. No duerme, estoy seguro de eso, y no puedo hacer nada para que se sienta mejor.

— *Tienes que hacer algo con las pesadillas, ¿has evaluado tomar algo para calmar la ansiedad?* — No me gusta tomar medicamentos, y menos de esos que les dan a los locos.

Guarda silencio e iniciamos la marcha. Después de unos minutos andando, simplemente digo:

— *Pedir ayuda o recibir un medicamento que es necesario no te convierte en un loco. Solo en alguien que ha pasado por un momento difícil. Tus ojeras cada vez están más marcadas y tu cuerpo empieza a sufrir la falta de sueño.* — ¿Desde cuándo eres psiquiatra? — *No seas irónica.* — Desde el día en que te apareciste en mi vida. Me das pesadillas... ¿Estás conforme? Antes no las sufría. — *Es importante tratar los eventos traumáticos... ¿Sueñas con él?*

Una mueca torcida se aparece en su boca. Evalúa qué contestar, no quiere regaños y lo sé: — No, no es que sueñe con él, simplemente se aparece repetitivamente, como un pensamiento y se convierte en una angustia incontrolable, en una falta de aire. Vuelvo a sentir sus manos alrededor, apretando mi cuello.

No digo nada, solo asiento y pongo mi mano sobre la de ella buscando ser empático. Está fría y sudorosa. No suele gustarme el contacto físico, pero sentir cómo mi calor corporal traspasa las barreras de su piel y acoge su miedo, supone en mí una sensación reconfortante; una fuerza que me empuja a necesitar ese contacto restaurador con ella. Yo siento algo parecido, lo hemos vivido juntos y a mí me atormenta la imagen del cuerpo inerte de la chica.

— *Siento que hayas tenido que vivir esta experiencia. Yo no dejo de pensar en ella, su imagen da vueltas en mi cabeza. Algún día necesité ayuda, como tú ahora. Un par de meses después, me sentía mejor.*

Guarda silencio por unos minutos y habla:

— Gracias por preguntar. Por ahora no necesito ayuda, pero si siento que se me sale de las manos, te prometo que buscaré a alguien. No puedo hablar con muchas personas al respecto, no quiero que mis padres se preocupen más de lo que ya están. — *Te entiendo, yo tampoco hablo mucho sobre el tema. Aquí estoy, quizás no soy buen conversador, pero soy bueno escuchando.*

No quito mi mano de la de ella, que reposa en su pierna. Conduzco el resto del camino en silencio, afligido por una aura de tristeza y, al mismo tiempo, una especie de ternura provocada por el tacto de su piel. Cuando llegamos al estacionamiento, la retiro para maniobrar el stop y siento que una corriente fría nos embarga a los dos.

Llegamos al campus, que normalmente está cerrado en domingo. Las hojas de los árboles empiezan a caer y caminamos por entre los pasillos solitarios. A lo lejos, una silueta que recoge las caídas con un rastrillo. Al verlo, siento cómo María se estremece, nerviosa. Su emoción me recorre a mí también, como si estuviéramos conectados: —*¿Qué pasa? Te siento nerviosa.*

Paso mi mano por su espalda, reconfortándola. La silueta se acerca y la saludo: —*¡Buenas tardes, don Juan!* —Buenas tardes, ingeniero —contesta fríamente, fijando su rostro arrugado en María. Ella se pone nerviosa, sus ojos se cristalizan poco a poco. —*Vamos a estar en el laboratorio. Con permiso.*

María esconde su rostro en mi cuello para que no vea las pequeñas lágrimas que empiezan a mojar mi camisa. Yo aprovecho para estrecharla. Se siente muy bien la cercanía.

Acelero el paso y al llegar me separo de ella un momento para abrir el laboratorio, entramos y cierro. Instintivamente la abrazo y siento nuestros cuerpos entrar en contacto. Levanto su barbilla con mi mano para mirar sus ojos, que todavía se encuentran húmedos.

—*¡Háblame! ¿Qué sientes? ¿Qué fue lo que sucedió afuera?* —¡No lo sé! De repente, me invadió el miedo. Recordé ese horrible día, la oscuridad, el frío y la humedad, todo tan solo, tan tético. ¡A veces siento que no voy a poder! Soy positiva, de verdad, lo intento... pero...

Más lágrimas se deslizan por sus mejillas, mi pulgar las atrapa con una suave caricia.

—*¡Aquí estoy! Estamos juntos en esto, no te voy a dejar sola. ¡Nos protegemos, somos como un equipo!*

No sé si podré hacerlo, pero quiero que tenga la certeza de que, ante cualquier cosa, primero está ella.

—Ese hombre me da miedo.

La estrecho muy fuerte acariciando su espalda, tratando de reconfortarla. Puedo escuchar sus latidos, nuestras respiraciones pausadas y mis manos no dejan de acariciarla desde la espalda hasta el cabello, deteniendo el viaje en su cuello. Sus palpitaciones son erráticas, el pulso acelerado inflama la carótida a través de la piel.

Lentamente, deja de sollozar. Tenerla acurrucada en mi pecho apresura la emoción que siento. Desbordado por su cercanía, su aliento suave y tibio me murmura. El sonido llega de una forma íntima y tierna:

—Una vez me dijiste eso. ¿Lo recuerdas? —Sí, *¡cómo olvidarlo! Cuando nos escondimos debajo de la escalera.*

La tomo de la mano. Necesito despejar la cabeza de todos los sentimientos que me invaden. —*Ven, acompáñame, vamos a prender la luz.*

En el despacho suelta mi mano, evalúa todo con detenimiento y, después, habla con otra voz totalmente diferente a la que ha utilizado unos minutos antes. Parece que no ha pasado nada, porque suena positiva y alegre.

—¡Eres tú! Esta oficina tiene toda tu esencia, ordenadamente desordenado, tus libros, tus pequeños monitos infantiles, tus papeles, los audífonos en los que te evades... Me gusta. —*¡Qué bien! Me gusta que te guste. ¿Ya que estás más tranquila? Dime, ¿qué te dio tanto miedo?* —Es ese hombre, no sé cómo explicarlo. ¿Sabes que lo vi el día del asesinato? Estaba igual que hoy, barriendo hojas, con una bolsa de herramientas... No me gusta hacer falsas acusaciones...

¿Crees que pueda ser el asesino? —*No lo sé, podría, pero si te hace sentir algo así... deberíamos estar al pendiente. Por lo pronto, la puerta está cerrada con cerrojo; estamos seguros.*

Le guiño el ojo, y me regala una sonrisa de esas que le encanta publicar.

—*Vamos a ver qué nos dejó Pedro.*

Abro el cajón y me encuentro con la carpeta que ha dejado mi asistente. Saco la pequeña bolsa que contiene el adorno y se la enseño.

—*Esto es lo que encontré.*

La evidencia que está en la bolsa plástica es un cono metálico que tiene unas pequeñas cuñas en donde se atoraba en algo. Ella toma la bolsa y lo mira. Después, simplemente añade:

—*Tenía algo que brillaba en la muñeca, estaba oscuro, bien podría serlo ... —Me comenta que podría ser parte de una pulsera, un cinto, o alguna decoración de ropa. Dice que tiene parte de una huella, pero es muy pequeña e imposible identificar. Me dejó unas imágenes para observarlas con detenimiento. —Oye, tu asistente más bien parece investigador de homicidios. —Pues sí, pero decidió dedicarse a la química. Yo más bien lo veo como un hacker, muchos de su generación lo son un poco: pasan tanto tiempo frente a las pantallas que se hacen expertos. Aquí aprenden algo del trabajo en laboratorio, el método científico, por eso es bueno: sabe analizar muestras, utilizar reactivos y microscopios. —¿Entonces piensas que puede ser una pulsera? —Acércate, vamos a ver esas imágenes en el ordenador.*

Jalo una silla para ponerla junto a mí y nos sentamos en el escritorio, mi pierna roza la de ella, su aliento cercano emite aerosoles con olor a chicle de frambuesa: —¿Qué pasa? —*Nada, hueles a frambuesa. Como siempre, eso no ha cambiado. —¿Lo recuerdas? —Sí. —Siempre me han gustado esos chicles. ¿Quieres? —Sí.*

Mastico uno, lo saboreo lentamente, mis papilas gustativas están alerta. Me recuerda a ella, siempre lo hará.

—Mira, creo que es de una pulsera como esta. Es de la que usan los chicos góticos, recuerdo haber visto uno caminar esa noche. —*No podemos ser tan concluyentes, también lo usan los que les gusta el sexo sado, los moteros y hasta algunas alumnas por cuestión de moda. —Una mujer no fue, era un hombre, alto y con mucha fuerza. Pero tienes razón, podría ser cualquiera, no debería prejuzgar así, sin más. —Los chicos góticos, los moteros y las alumnas son más fácil de ubicar, pero los sados... Esos sí van a estar difíciles, porque normalmente esconden sus gustos sexuales. Debe tener una personalidad fuerte. Si le gusta lo sado, es alguien que disfruta con el sufrimiento y la dominación, ya sea verlo o sentirlo. Para ellos es un juego. Ser el victimario o la víctima. —Puede ser. No sé cómo pudo matar a una chica tan joven, ¿crees que se conocían o que solo la escogió al azar? Será una diversión para él. —No lo sé, pero definitivamente creo que a los padres de la chica no les parece un juego, no suena muy divertido acabar con una vida. ¿Los has visto en las noticias? —Sí, es un horror. Solo de pensarlo me da la depre.*

Pasa su lengua por los labios y sin querer me imagino besándolos. Automáticamente olvido el tema y lo que estamos investigando. Ella se sonroja, el ambiente se vuelve sumamente sexual. Estamos solos y a mí me encanta María Legazpi, siempre lo ha hecho. Quiero besarla. No puedo quitarme la idea de la cabeza.

Tengo que cambiar el tema de conversación, hay demasiada química entre los dos. Juega conmigo, lo sé y estoy atrapado en su red. Y, desgraciadamente, no puedo más que recordar esa vieja canción de Radiohead de *Creep*; así soy yo, un raro, un loco que no puedo ilusionarme con una mujer como Mia Legazpi. Ella es de otra liga muy distinta.

Distraigo mis pensamientos y le digo: —*¿Tienes hambre? Te invito a comer.*

RADIOHEAD
(COVER BY THE MACARONS PROJECT) - *Creep*



CAPÍTULO 10

Sigo sin dormir y tengo muchos pendientes, por lo que toda la semana estoy ocupada. Me encuentro agotada, los nuevos spa que hemos inaugurado necesitan más supervisión y con lo del *tour* a la Fashion Week en Nueva York estoy *full*.

Es sábado y tengo la boda de Juliana, cosa que no me ilusiona nada; mi madre me ha casi obligado a asistir. Cruz ha prometido sentarse conmigo y es sencillo estar con él, quiero comentarle la evidencia que ha encontrado Ernesto.

Él, por su parte, no me ha contactado en toda la semana. Mientras tanto, una necesidad de verlo y escucharlo se ha instalado en mí. No lo voy a llamar. ¡Odio comprometer a las personas! Sigue gustándome que ellos den el primer paso.

Es el primer momento que tomo para mí, un masaje de relax. Después, una ducha bitérmica para reactivar la circulación y destensar los músculos. El paso del agua caliente al agua fría me servirá para despejar la cabeza y, al final, el peinado y maquillaje. Tener un spa de lujo lo hace todo más fácil.

Voy tarde para la boda religiosa y no puedo pasar al departamento porque está fuera de rumbo. Acostumbrada a correr, he traído todo lo necesario para cambiarme aquí. El vestido es negro, del nuevo desfile de Raquela O, de chiffon de seda y largo con un agarre negro en un hombro. Me recuerda una túnica griega; cae suelto hasta arrastrarse un poco por detrás, ¡un *must have* de la temporada! Terminaré el atuendo con un semirrecogido con el pelo en ondas, *smoke eyes*, y *lipstic rouge allure* laqué de CHAN color eternité; es un color que acaba de salir al mercado y tiene que estar en mis labios para poderlo postear. En mis pies, apoyándome en todo momento, mis Manolete verdes esmeralda. Como dice mi amiga Ana, «los tacones nos hacen sentir diferente, seguras». ¡Los amo! *Selfie* [#RaquelO&Chanloveforever].

Paso mis ojos por el espejo. Me gusta lo que veo, soy buena en esto y me siento segura. Lamentablemente, no siempre fue así. En algunos momentos de mi vida necesité de una voz de aliento y, al pensar en eso, recordaba la voz de Ernesto que, siendo niño, me defendía.

¡Adoro mi trabajo! No es por el ego o una necesidad de ser más que los otros, de presumir. Tiene que ver, más bien, con una libertad creativa que permite estilizar, esconder y resaltar. Dar *tips* de moda es algo natural en mí: hacer brillar la personalidad, el interior de esa chica tímida que se siente poco atractiva o que no logra ser coqueta porque no sabe cómo hacerlo. La coquetería se da de manera natural cuando tienes a la persona indicada al frente, solo necesitamos un poco de ayuda, esa que nos da un vestido bonito o un *lipstick* que resalte nuestros labios y den color al rostro.

Pienso en Nieto, quiero ser coqueta para él. ¿Por qué? No lo sé.

Quisiera que él vea algo de esto, de lo que hay escondido entre esas capas de ropa, no solo la superficial y caprichosa imagen de cartón de una *instagramer*. ¡Ya no soy esa niña tímida que se escondía con él bajo las escaleras!

Desde que Alía entró en nuestras vidas, cambié. Su presencia nos transformó como un haz de luz: lo hizo con mi hermano, con mi madre y conmigo. Con sutileza y cariño, me hizo enfocarme

en mis fortalezas y aprovechar mis conocimientos en moda. Pocos saben lo que hay de verdad detrás de la página de Mia: soy buenísima para los negocios, mi perfil de redes se transformó en una tienda en línea, varios spas por la ciudad y revista digital e impresa. Me transformé sin darme cuenta, en parte por mi vena negociante y, por supuesto, por la ayuda de mi familia. Se puede decir que soy exitosa, facturo dinero y eso me hace sentir segura. La autosuficiencia económica nos da seguridad a las mujeres, hay que luchar por ella.

La Mia tímida que pasó la secundaria tras sudaderas gigantes y con su hermano mayor protegiéndola desapareció. Ahora no necesito de él, recompuse mi espíritu y entré en paz dejando a un lado todo eso que no necesitaba, eso que no me ayudaba. Y en el camino he encontrado personas, cosas y trabajos más enriquecedores.

Me subo al coche y el perfume invade el ambiente, me gusta dejar la estela de la fragancia. Es el turno de Joyce de Dore. Adoro que por donde paso se perciba el olor del cabello al ondearse, el cuello al saludar y las muñecas. Sonríe para mí, estoy feliz desde el domingo pasado y no quiero cuestionarme por qué, aunque soy consciente de la respuesta.

Pongo la canción que me encanta, *You don't own me*, de SAYGRACE con G Eazy, la canto a todo pulmón. Me siento empoderada y feliz. Estoy acostumbrada a llegar sola y no necesito a nadie, solo a mí misma, aunque, al bajar del coche, me arrepiento un poco, pero lo disimulo sonriendo porque algunas personas me observan.

Filmo una historia para subirla a la red; estoy embelesada por el ambiente que me engulle en un mundo surrealista. Aparte de la belleza colonial del lugar, del domo central cuelgan ramas recubiertas de rosas blancas, musgo, eucaliptos, nubes, brezos y lavandas que despiden un olor inigualable. En las mesas, candelabros de cristal cortado con flores han sido colocados en conjunto con la platería, todo en colores blancos. El lugar se encuentra decorado como si fuera un bosque encantado, enmarcados por una J y una D engarzadas.

Estoy segura de que será la boda del año y saldrá en todas las revistas de sociales.

En la fila para entrar a la capilla, estoy solamente acompañada por mis Manote verde esmeralda, unos zapatos te pueden hacer sentir especial. En mi *cluch* Ives cargo el celular, lo saco y aprovecho la espera para subir la historia que acabo de filmar para mis seguidores, [#debodaconmismanoteles].

Atravieso un pasillo lleno de flores y varios músicos que tocan a Vivaldi van vestidos como si estuvieran dando la bienvenida a una fiesta de Luis XVI y María Antonieta. El despliegue de lujo se perfila donde la vista alcanza, algo que solo Juliana podría lograr. Llego a la capilla, múltiples velas iluminan el pasillo por donde pasarán los novios.

Tomo el pasaje lateral buscando a Santiago y Alía, siento una fuerte mirada en la espalda y pienso que me han encontrado primero ellos, pero al voltear me sorprende al ver a Ernesto con Mónica, su abogada.

La sangre se me baja hasta los pies. La seguridad de los Manoteles ha desaparecido, ya no estoy empoderada. Con las piernas temblorosas, sigo caminando. Después, una furia empieza a gestarse acelerando su paso a mis sienes, un sabor amargo me viene a la garganta. Camino insegura, con la inestabilidad de mis pies, dudando.

Viene con ella, después del domingo que pasamos juntos. Esa fue la razón por la que no me hablaba. ¿Qué hace aquí? ¿Quién los invitó? Nunca fue amigo de Juliana. Yo, por el contrario, estoy sola.

Asiento con la cabeza y sigo caminando lentamente con el orgullo de mi vestido de ensueño. Ondeo mis caderas, como si fuera modelo, en dirección a mi familia. Ese pasillo se perfila ante

mí más largo que nunca. Sin permitir la tristeza, acelero el paso tratando de conservar la seguridad que tanto esfuerzo me ha costado cultivar.

—¿Te pasa algo? —me dice Alía al ver mi cara

—Quisiera decirte que nada, pero ahí está el estúpido de Nieto con su abogada y me hierve la sangre.

Quiere preguntarme más, pero no podemos hablar porque acaba de iniciar la marcha nupcial. Juliana se aparece como si realmente fuera una princesa. Su vestido seguramente lo compró en Nueva York o en París, porque su futuro esposo es un hombre sumamente guapo y rico que viste con un traje hecho a la medida y con unos gemelos de oro. Sé que serán la portada de la próxima edición de todas las revistas de sociales mientras entrelazan sus manos, dándose el sí para siempre.

Al salir de la boda religiosa nos reunimos con mis padres. Yo muestro mi mejor sonrisa, de eso se trata Instagram, tomo *selfies* y fotos, aunque a veces no tenga ganas ni de salir de la cama. Alía, nerviosa, se acerca.

—¿Estás bien? —Sí, no te preocupes. Qué hermosa se veía Juliana. —*No me gusta mucho decirlo, pero sí, es la novia más linda que he visto.*

Santiago interrumpe: —No, esa fuiste tú, mi amor. Y, sobre todo, sin tanta cosa colgada. Yo, en lo personal, volvería a optar por una boda más sencilla como la nuestra, y te volvería a escoger a ti sobre ella.

Se besan frente a mí y siento una punzada de celos mientras envuelvo mi soledad en la chalina.

El salón es grande y está lleno de gente. Al ver la mesa que nos toca, veo que está lejos a la de Ernesto y lo agradezco. Estoy dispuesta a pasarla de lo mejor.

La cena es maravillosa. Juliana, a pesar de ser insoportable, siempre ha tenido un gusto exquisito para todo. El menú ha sido realizado por el mejor servicio de *catering* de la ciudad, por lo que todo está delicioso: de entrante, callo de hacha en coco tierno con cebolla morada y pulpo en costra de ceniza; después, una ensalada con aguacate, hoja santa y frambuesas; y de plato fuerte un filete Wellington y un mahi mahi a la coliflor; terminando con un pastel de chocolate con frambuesa y rosas o un bizcochuelo de almendra con piña asada, *mouse* de coco y gel de maracuyá. Comer es lo que más disfruto de las bodas y este menú está sensacional. Con cada bocado se alertan mis sentidos. Sus sabores, tanto fuertes como dulces, equilibrados, junto con el vino servido logran un maridaje perfecto. Ninguno invade, todos son suaves y sutiles, para disfrutarse en el paladar.

Subo un post: [#LovecheffGalvan]. El chef, que se encuentra sentado cerca del área de servicio, degusta con otros invitados y me llama la atención. Siempre me han intrigado los chefs, por lo que me dirijo a saludarlo porque quiero felicitarlo, lo merece. Además, se me ocurre una colaboración conjunta.

Camino decidida, moviendo mi cabeza para hacer bailar mi cabello suelto, cuando siento una mano que me toma con decisión el brazo.

Lo jalo intentando soltarme sin renunciar a mi decisión de avanzar, al tanto que me mira y le digo con disgusto en la voz: —¿Nieto?! Otra vez tú. ¿Qué quieres? No me jales, no quiero problemas con tu acompañante. Déjame en paz. —*Tenemos que hablar.*

Me lleva de la mano a la fuerza. Estoy atormentada, enojada y furiosa. Se detiene en una parte del jardín donde nos encontramos aislados, lejos de la gente. Los árboles milenarios nos acompañan, sonando sus ramas con el vientecillo que canta. Empiezo a tiritar, no sé si por el frío o por la sensación de nerviosismo que siento.

—*Estás temblando, toma.*

Se quita la chaqueta y la pasa sobre mis hombros. Sus manos se deslizan por mis brazos y siento un soplo de ternura apoderándose de mí. Mi vista se estaciona en su pecho, nunca había visto su torso delgado y esa camisa lo enmarca.

—¿Haces ejercicio? —¿Por? —Estás fuerte. —¿*Me estás viendo el pecho?* —Bueno, es que no te imaginé tan fortachón, te quedan bien los músculos y la etiqueta. ¿A quién quieres impresionar con ese *look*? ¿A Mónica? —*Están todos los del consejo de la universidad, necesito dar buena imagen para que sigan patrocinando mi investigación.* —Claro, se me hacía raro verte en este tipo de eventos, y más de Juliana. —*No vengo por ella, vengo por su padre... Bueno, su padrastro, el señor Ferrara.*

Nos quedamos callados.

—*Quiero disculparme.* —¿Por qué? —*Por venir con Mónica.* —Bueno, pues no tienes que hacerlo, eres un hombre libre, hasta donde yo sé. —*Lo sé, pero hubiera querido estar contigo.* —No tiene caso hablar de eso.

Acerca su cuerpo, colocando suavemente una mano sobre mi cadera, estrechándome hacia él. Después, me da un abrazo leve. Su respiración resopla tibia en mi oído. No dice nada, solo aspira mi olor. El contacto me pone muy nerviosa. Sus labios rozan lentamente mi mejilla, justo en la comisura de mis labios.

Se acomoda los lentes y me dice: —*Luis me hizo una lista de los chicos que entran dentro del perfil del asesino. ¿Ya viste mi mail?* —No, no tuve tiempo de ver el correo. —*Me gustaría que los checaras y me dijeras si reconoces a alguno.* —Claro, lo haré. Mira, te está buscando tu abogada.

En ese momento, llega Mónica.

—*¡Hola, María!* —Hola, Mónica. —*¡Neto, te estaba buscando! Me pregunta el licenciado Trejo por ti. Por cierto, María, lindos tus zapatos. Son unos Manoles, ¿verdad?* —Sí, ya sabes que me gusta lo mejor. —*Claro, con esos, luces, porque luces...* —Bueno, no pienso lo mismo. Yo luzco por mí, con los zapatos o sin ellos, ¡mira!

Me los quito descaradamente y me alejo descalza, dejándolos solos.

—¿Cruz, bailamos?

Después de todo, yo también tengo un abogado. Y sobre todo que le quede bien claro: *You don't own me!*

SAY GRACE feat G. EAZY - *You don't own me*



CAPÍTULO 11

He fastidiado eso sin nombre que se está gestando entre María y yo y me siento culpable.

Tomo el teléfono para llamarla, es casi mediodía y ya debería estar despierta; utilizaría la excusa de las imágenes de los estudiantes, a ver si reconocía algo. Marco y automáticamente cuelgo. Decido que es mejor visitarla, resolver los asuntos en persona.

Estoy frente al elevador de su edificio en Santa Fe, pero no abre ni contesta. Debe estar dormida todavía. Entonces, marco de nuevo: —*María. ¿Estás en casa?*

Escucho ruidos que hacen que la comunicación se torne difícil.

—¿Nieto? ¡Nieto! ¿Qué pasa? No te escucho bien. Un momento, espera, deja me alejo un poco. Ya, dime. —*¡Estoy en tu casa! ¿Tú dónde estás?* —Estoy en Casa Paloma. —*¿Dónde?* —En Casa Paloma, dando un curso. —*¿Por eso se escucha tanto ruido? ¿Dónde es eso?* —¿No te gusta *Mon amour*? ¡Aitana y Zzoilo son lo máximo! ¡Se me olvida que eres un aburrido! A mí, me encanta esa canción. Pero no creo que te guste a ti, eres un *boomer*⁷. —*No me encasilles. Además, esa música es sumamente ruidosa... En fin, ¿dónde estás?* —En Coyoacán. —*¿Cuándo termines puedes darte una vuelta a mi casa?* —No sé dónde vives. Yo no *stalkeo* gente. —*Vivo en Polanco.* —Será como entre dos horas, todavía tenemos que terminar, y en lo que el Uber llega por mí... —*¿No llevaste auto? ¿Por qué?* —No te puedo explicar ahora. —*Bueno, pues paso por ti en una hora, pásame tu ubicación.* —No, no necesito presiones. Mejor, cuando termine, voy para allá. Tú solo ocúpate de tener algo para comer, voy a llegar hambrienta.

Mi mente empieza a dar vueltas solucionando la situación de la comida y decido cocinar algo. Tengo unas lonjas de salmón en el congelador y pongo una pasta a cocer; mi salsa Alfredo es la mejor. Estoy recogiendo un poco la cocina del desastre que siempre hago cuando cocino cuando suena el timbre.

Abro y me sorprende verla. Parece otra persona. Se ha transformado de una mujer que carga diariamente la moda a cuestras, a otra que lleva una coleta sencilla, tenis, lentes y una playera como la que yo tendría en mi closet. —*Otra vez con lentes. Me gusta.* —Soy una ciega. Nadie pensaría, al verme así, que soy una mujer que se dedica a la moda para vivir.

Sonríe y me parece más hermosa que nunca, porque ella no necesita colgarse nada, su sonrisa simplemente la viste.

—¡Hola, Nieto! Estoy disfrazada de ti, solo que tú estás descalzo. —*Pasa.* —¡Huele bien! ¿Cocinaste para mí? —*Sí, pasta Alfredo y lonjas de salmón.* —No te conocía dotes de cocinero. ¡Tengo mucha hambre!

Nos sentamos en la barrita de la cocina, le sirvo un poco de *chardonnay* frío y devoramos la comida. Ninguno habla, nos concentramos en mover los tenedores sobre el plato, enredando el *fetuccini*. Ella está herida, lo puedo percibir. Yo, por mi parte, siento culpa.

—*Ayer tuve que ir con Mónica, habíamos hecho un compromiso con antelación.* —No importa, no tienes por qué disculparte. Estás cancelado⁸. —*Ya lo sé. No te quiero lastimar.* —¿De verdad? —*Me importas, siempre me has importado.* —No hablemos ya de eso, no estoy en el *mood*⁹ y es tiempo pasado.

Pongo mi mano en su muslo al ver que sus ojos se vuelven vidriosos. Nuestras miradas se entrelazan y el silencio invade el momento.

Decido que debo cambiar de tema, no la quiero llorando en mitad de la cocina. —*Cuéntame, ¿qué hacías en la Casa Paloma? Es la asociación que acoge mujeres maltratadas, ¿verdad?* — Sí, es ahí.

Su voz de nuevo vuelve a sonar emocionada, sus ojos brillan de alegría.

—Estoy dando un curso. Mi equipo y yo vamos una vez al mes a dar talleres, a veces de masajes, limpiezas, tratamientos cosmetológicos, cortes de cabello, depilaciones, todas las cosas que necesitan conocer para empezar un pequeño spa casero. Nos interesa que se queden en casa, de esa manera no dejan a sus hijos en manos de otras personas, a merced de alguien que los pueda dañar. Para romper la espiral de la violencia, deben aprender a valerse por sí mismas, ser autosuficientes. Los ingresos económicos les brindan libertad, libertad de poder denunciar y vivir libres de esa cárcel en donde se sienten inseguras. —*Me gusta, María Legazpi. Siempre logras sorprenderme. Por eso vas disfrazada de gente normal y viajas en Uber.* —Sí. No puedo llegar en mi coche deportivo ni con mis zapatos Chatel bicolor.

Me sonrío con una sonrisa cálida y sin maquillajes, se muestra auténtica ante mí. Esa es otra versión de ella, se parece más a la niña que jugaba conmigo en el arenero.

—*No sabía que tuvieras conocimientos de belleza.* —No sabes muchas cosas de mí, Nieto. Tengo varios spas por la ciudad y son un verdadero negocio. Empecé con uno en Santa Fe, después otro en Polanco y he ido creciendo. Además, tengo varias gamas, porque cada segmento del mercado busca algo diferente. No les brindo lo mismo a las de una zona que a las de otra, y no es solo por el poder adquisitivo o el elitismo, sino todo lo contrario: es por el precio. Algunos clientes no quieren pagar el sobreprecio del té blanco orgánico con duraznos, las esencias de jazmines japoneses, los aceites corporales comestibles e importados o el estacionamiento con valet; sin embargo, todas necesitan un masaje, un facial, un tratamiento para sentirse bellas y recobrar fuerzas. Todas tienen problemas, necesitan apoyo y un poco de relax para poder enfrentar la semana de trabajo y eso es lo que les brindamos: un respiro de aire fresco. —*Eres toda una empresaria. Nunca pensé que, detrás de la imagen de instagramer, hubiera todo un emporio exitoso.* —Ya ves, no todo es lo que parece, siempre hay pinceladas de color. También tengo tienda en línea con venta y compra de ropa nueva y usada con un pequeño taller de costura que modifica *pre love*¹⁰ y restaura para una *second chance*. Ahí contrato gente de Casa Paloma y, a veces, impartimos también un taller de costura. —*Uff, no sé ni qué decir. Quizás, te he prejuizado.* —No te preocupes, eso siempre es lo más fácil. Piensan que soy solo una imagen hueca, que en esta cabeza no hay nada. Pero, todo lo contrario... ¡Sí, me gira el ratón!, como me dice una chica que contraté.

Me pierdo en sus palabras, solo escucho su voz y medito acerca de ella, de su belleza. Así, llego a la conclusión de que me impresiona más la parte interior que estaba descubriendo que la cara que muestra al mundo. Tiene una seguridad que pensé que se basaba en lo que vestía y no es así. Eso solo esconde una profundidad que jamás habría descubierto de no habernos cruzado en el accidentado evento de encontrar el cuerpo de una chica asesinada.

—Dime, ¿qué novedades tienes del asesino? —*Déjame recojo un poco y nos vamos al sillón a tomar café, ahí estaremos más cómodos.* —Okey, ¡te ayudo!

—No, tú prepara los *cappuccinos*. —Bueno, solo si me dices... ¿Por qué llevo una hora aquí y tú sigues sin zapatos? —*No sé, me gusta, siempre que estoy en casa me los quito, menos cuando hace frío; en ese caso opto por calcetines, ya te imaginarás como quedan.*

Nos pasamos a la pequeña sala de estar, ella se sienta en el sillón con los pies recogidos y yo en el suelo. La computadora reposa en la mesa central mientras bebemos el café a pequeños sorbos, queriendo alargar el tiempo juntos. Busco el archivo que me ha enviado Luis con las imágenes de los chicos que, por su vestimenta, se podrían catalogar como góticos.

—*Te voy a pasar una a una las imágenes de algunos de los chicos, no sé si sean todas... Hay como cinco mil estudiantes de carrera.* —¿Cómo le hace para conseguir las fotos? —*Ya te había comentado, es medio hacker, consigue lo que necesites de la red. A mí me ayuda mucho a buscar cotizaciones o proveedores para el proyecto del biocombustible.*

Ella asiente y empezamos. Tenemos unas mil imágenes y a la mitad ya estamos cansados y desesperados.

—*No tenemos que hacerlo todo hoy.* —Deberíamos avanzar un poco más, la semana siguiente se complica... Estoy cansada, desvelada y no dormí suficiente por el curso; además, me duele el cuello, pero quiero acabar esto. Es mi prioridad. —*Ven para acá, te doy un masaje mientras tú sigues pasando las fotos.*

Cambiamos de puesto y se pone entre mis piernas. Mis manos se van a los hombros y estamos nerviosos, lo siento. Mis muslos pegan con sus brazos.

—*Eres bueno, te debería contratar... Claro, que no tanto como yo.*

Muevo un poco su playera para que mis manos pudieran acceder a esos nudos en su espalda. No tenemos ni aceites ni cremas, no obstante, la situación es excitante ; mis manos recorren su cuello, sus hombros y su espalda con una leve caricia. Cierro mis ojos atrapando el momento. La tengo como siempre he deseado.

Veó cómo pierde el hilo de la investigación, cierra sus ojos para disfrutar de mis manos... Está cansada, su respiración se hace lenta y veo cómo suelta la computadora reposando sus manos relajadas en sus muslos. No la estoy ayudando en nada con su estado anímico, tanta búsqueda le provoca ansiedad; por lo que dejo a un lado mi Sherlock interior y le digo:

—Déjalo, estás cansada. Si quieres duerme un poco, te ayudará. La búsqueda la podemos continuar después.

Lo digo tendiéndole una manta suave, mi preferida; la huele y me dice con una gran sonrisa que me deja sin palabras:

—Eres tierno.

Me siento avergonzado, quiero besarla, pero me aterroriza su rechazo; me toma de la mano y me da un beso suave en la mejilla, lo tomo como una insinuación y la beso en los labios, es un beso tierno, casi casto, sobrevolando, me reprimo, no necesita mi urgencia. Se separa un poco y la abrazo, ella solo se acurruca en el hombro.

Creo que este día ha sido uno de los mejores de mi vida. Cada vez me siento más perdido por ella.

AITANA & ZZOILO - *Mon amour*



⁷ Haciendo referencia a la generación anterior.

⁸ Se refiere a alguien que ha perdido su influencia por sus actos.

⁹ Estado de ánimo.

10 Usados

CAPÍTULO 12

Siempre recordándolo, más con esos pequeños y escuetos mensajes que me envía.

Llevo dos semanas oliendo la chaqueta que me había prestado y no me importa. El colmo es que en la lista de Spotify apareciera una canción que me lo recordara. Me veo entonando el coro de la canción de Jessy & Joy y Luis Fonsi, *Tanto*.

Me hace pensarlo de manera recurrente. Es reservado, no le gustan las cursilerías bah bah bah... y lo peor de todo es que no es personal, simplemente es así. ¡Es el colmo! La incertidumbre de lo que siente por mí me invade. Pero yo tengo que ser sincera conmigo: estoy loca por él.

En los pequeños respiros que me da el trabajo, lo imagino descalzo, deambulando por su casa sobre el piso de parqué, enroscando sus dedos cuando escucha interesado o trabaja en la computadora, con sus inquisidores ojos verdes analizándome. Él piensa que yo soy distraída y hasta frívola, pero no es del todo cierto; tengo mis vertientes, como todos.

Paseé por su depa analizando todo. Su espacio es como él, acogedor, ordenado y sin pretensiones. Los estantes, llenos de libros en papel que ya nadie lee: Maquiavelo, Dostoyevski, Platón, Cervantes y muchos de química. Y, en la barra de la cocina, esa pequeña planta de la abundancia resplandeciente. Me pregunto cómo hace para tenerla tan linda, a mí siempre se me mueren.

El lugar contrasta con el mío: desordenado, lleno siempre de ropa sin colgar y papeles desparpajados de proyectos por iniciar.

Diana me despierta de mi ensoñación:

—Mia... ¡guapa! ¿Cómo le vamos a hacer para reagendar los eventos de la Fashion Week? —Reagendamos para la semana siguiente, una antes de irnos a Nueva York. —¿Segura? Son cuentas grandes, no vas a poder cancelar y necesitamos ese dinero. La donación a Casa Paloma nos dejó sin liquidez y con el viaje a Nueva York estamos justas. Este mes casi no has tenido eventos, te la has pasado acudiendo a bodas y ese dinero siempre nos ayuda. —¡Sí, estoy segura! Hoy tengo un último compromiso y podré asistir a todos los eventos que me agendes la próxima semana, ya estoy terminando con el trabajo rezagado. —Ya te dejé listo el Macario color lima. Es el que vas a usar esta noche, ¿verdad? —¡Sí! —¿Y los zapatos, de qué color? — Los Machte fucsia. —¡Ahora sí quieres apantallar! —Yo siempre. —No, no sé por qué intuyo que no me estás contando toda la verdad esta vez... ¡Está bien! Te verás hermosa.

Manejo el auto en dirección a la boda. El teléfono suena y automáticamente entra el manos libres.

—¡Hola, Mia! Disculpa, hasta ahora me desocupé. Todavía tengo muchos pendientes de la cafetería y el niño es un travieso, me roba la energía que ya casi se me agota con el embarazo. Dime, ¿qué te dijo Ernesto? —Alía, no me dijo nada, solo me preguntó si iba a ir a la boda. Espero que no se aparezca con la bruja de la abogada, porque si es así lo borro del mapa. Ya me estoy cansando de que cada vez que nuestra relación se pone un poco íntima, se aparece. —¿Es tu crush¹¹? —¡Sí, y se lo tengo que decir a alguien! Es un *nerd* rebuscado que me hace

*ghosting*¹². No me importa que seamos como el agua y el aceite. ¡Muero por pasar tiempo con él! —*¡Ahora sí estás cayendo redondita!* —En un pozo profundo. Oye, te hablo mañana para platicar, porque estoy en medio de un embotellamiento y si no me concentro, me chocan.

Llegar sola a un lugar impone. Estoy acostumbrada a hacerlo, sin embargo, hoy siento miedo. Y no tiene nada que ver con autoestima, más bien es incertidumbre, esa siempre te hace sentir insegura.

No sé por qué les encanta casarse a media tarde en una Hacienda; el tráfico es horrible y necesitas pasar la noche en el lugar, no hay opción.

Salgo de la ciudad a las cuatro de la tarde y de pronto me veo parada en un atasco de coches.

Debí de hacer dos horas, pero al final tardé tres por el tráfico.

Suena el teléfono y aparece el nombre de Ernesto en la pantalla del coche.

—¿Sí? —¿Cómo vas, *María*? —Voy llegando, creo tardar solo unos diez minutos más. —*Okey, te espero.*

¡Me cuelga! ¡Sin decir ni adiós!

Al llegar a la Hacienda de San Gabriel en Cuernavaca, me recibe un camino de palmas majestuosas. Al acercarme a la entrada, percibo el ajeteo del *lobby*.

Las manos sudorosas aferrándose al volante son el resultado de mi ansiedad. Las limpio con una toallita húmeda y me estaciono en el valet. Mientras descubro dónde hacer el registro, Ernesto se aparece ante mí y desliza su mano por mi brazo hasta tomar la maleta que jalo.

—*¡Te estaba esperando! Aguarda aquí, voy a encargarme de tu equipaje.*

No me da tiempo de cuestionarlo, el contacto de su palma en mi espalda me ha dejado sin habla. Estoy pasmada y me aferro al *clutch* Valen. Está guapísimo vistiendo un traje de lino color paja con camisa blanca que deja ver una parte de su pecho. Además, se comportaba diferente, como nunca lo había hecho.

No tarda en regresar y me toma de la mano: —*Ven, vamos a caminar, todavía falta un poco para que inicie el civil.*

Yo no hablo, estoy conmocionada por cómo se están presentando las cosas. Por primera vez, siento que Ernesto me ha dejado muda. Su olor a limpio, a madera, me hipnotiza mientras caminamos por el jardín en silencio. Se oye el canto de unos grillos y el correr del agua de las fuentes que decoran el lugar. Es hermoso. No puedo disfrutarlo porque siento una extraña opresión en el pecho.

Otra vez esta sensualidad nos embarga y solo puedo pensar en ello. Él percibe mi nerviosismo, su mano también está sudorosa. Me acaricia con los pulgares el dorso de la mano.

—*¿Sabías que este lugar lo mandó construir Hernán Cortés como monasterio para los franciscanos?* —No lo sabía, me encanta.

Estoy cortante, mi boca no alcanza a articular ninguna frase y mi cerebro no carbura ideas. Él parece entender mi nerviosismo porque calla también, mete la mano en el bolsillo y súbitamente, se detiene. Frente a mí aparecen un montón de chicles de frambuesa. Yo sonrío emocionada, tomo uno, lo desenvuelvo y lo meto en mi boca mientras él hace lo mismo.

Reímos, el sabor conocido se apodera de mis papilas gustativas y no puedo hablar, mi boca saliva. Cuando al fin puedo controlarlo, lo tomo de las manos. Sus ojos brillan y los dos sonreímos: —*Te acordaste.* —*No hay manera de que te olvide.*

Levanta su mano para pasarla levemente por mi rostro mientras se detiene en mis labios, después solo me sonrío. Nuestros ojos están clavados intensamente en el otro, queriendo confesarse. Nuestras bocas húmedas se tientan mientras los pulsos acelerados nos mantienen

alerta, ansiosos. Con una de sus manos me acerca un poco, la otra se desliza por mi mejilla tocándome con el pulgar los labios, recorriéndolos con una lenta caricia. Sus labios se aproximan casi sin darme cuenta. Después, me besa suavemente, los entreabre con pequeños mordiscos. Sabemos a chicle de frambuesa. En su mano aparece el papel que guardaba en el pantalón y mete su chicle masticado, yo hago lo mismo.

Un deseo contenido me invade y quiero imaginar que él está igual. Repaso mi nariz por su cuello, oliendo. Me gusta su olor. Inhalo, introduciendo sus humores por mi nariz hasta perderme en una vertiginosa sensación. Nuestros brazos empiezan a tratar de acariciar, como elementos contrarios que quieren fusionarse; palpitaciones agitadas luchando por correr una carrera desbocada en las arterias.

Se separa mientras acaricia mi cabeza, tratando de calmar el ardor. Un brazo me cubre el hombro, atrayéndome, y yo sigo con los ojos cerrados, disfrutando solo de su presencia, imaginando los deseos escondidos detrás de nuestras ropas.

Cuando los vuelvo a abrir, me encuentro con su sonrisa:

—*¡Frambuesa! ¡Extrañé tu olor a frambuesa! Me atrae tu olor, desde niño lo tengo grabado en la memoria. ¿Sabes qué son las feromonas?* —Algo sé, pero explícame. —*Básicamente son sustancias químicas que utilizan los seres vivos para la reproducción. Son olores que percibimos y que nos ponen alerta o en estado de conquista o atracción.*

Estoy convencida de que no es solo el olor o las feromonas las que me hacen sentir atraída a él. Y aunque es químico y sabe de esas cosas, hay algo que no le he confesado, una verdad que guardaba silenciosa en el alma desde niña: yo siempre he estado enamorada de él, consciente e inconscientemente.

Llegamos al civil, es algo pequeño e íntimo. Estoy segura de que Ernesto maquinó esta sorprendente invitación de última hora. A diferencia de la boda de Juliana, esta tiene un aire acogedor: las lucecillas iluminan un patio interior encajonado entre los desgastados muros de piedra del antiguo monasterio; adentro, bordeándolo, están dos pasillos de sillas y, al final, una mesa decorada con un arco floral con velas donde se celebra la ceremonia.

Un cuarteto de cuerdas toca Vivaldi, los novios caminan despacio por ese pasillo tomados de la mano. Todo es íntimo, familiar, como si nos hubieran escogido con lupa para formar parte de ese evento. Nos situamos en el pasillo.

El novio, al pasar, le tiende la mano a Ernesto de una manera tan fraternal que no hace más que transmitirme una inmensa ternura, confirmándome que es un hombre sumamente apreciado. Él, al sentirse observado, arroja mi mano con la suya y la coloca en su pierna en un gesto de pertenencia. Siento, por primera vez, que él me corresponde.

En el salón donde se realiza el banquete, una cúpula abovedada nos envuelve trasportándonos a la Nueva España. Ernesto camina entre abrazos en la búsqueda de los lugares asignados, jalándome suavemente y mostrando, a esos cercanos a él, que yo soy alguien especial. Al sentarnos, las bromas y las bienvenidas nos acogen hasta que Adriana Gómez, una de las directoras del Departamento de Ciencias, me dice sin pena: —*¿O sea, que tú eres ese crush del kinder que trae loco al Netito? ¿La que encontró el cuerpo en el estacionamiento del campus?*

Ernesto la mira con una mirada acusadora y se acomoda sus lentes, evadiéndose en nuestras manos entrelazadas. Me siento sumamente feliz; en ese momento dejaba a un lado mi faceta de Mia y volvía a ser María Legazpi, pero segura de mí, de él. Ahora sí, ya no tengo dudas de que Ernesto y yo empezábamos una relación.

—Sí, soy yo, aunque para mí es un descubrimiento nuevo saber que lo traigo fumigado.

En ese momento todos ríen y dejan de prestarnos tanta atención. Ernesto se relaja, aprieta mi mano y yo le sonrío. Tiene razón, las feromonas nos tienen invadidos.

El banquete es maravilloso, sencillo y delicioso. Los compañeros y amigos son personas sencillas, afables. La charla multidireccional viaja entre cosas triviales y complejas. La racionalidad y el pragmatismo de sus mentes rebasa algunas veces mi capacidad para seguirles el paso; me llevan a conocer un mundo tan distinto al mío y en el que él se desenvuelve como pez en el agua.

Al final de la comida, escucho que le preguntan: —Ernesto, ¿cuándo te toca ir a supervisar el estudio del biocombustible? —*Me voy la semana que viene, tenemos que hacer mediciones de producción y en este mes ha recalado mucho sargazo en la costa, tengo que supervisar que se esté dando correctamente la recolección y el procesamiento... Para el lunes tengo los resultados. El inconveniente, como siempre, el presupuesto. Está por acabarse y no tenemos todavía el producto para su comercialización.* —Necesitamos más patrocinadores para la investigación, nos faltan recursos.

Ernesto asiente: —*Me estoy moviendo, estoy en pláticas con varias empresas, pero todavía no hay nada.* —Negociar con el gobierno es imposible. Todo es político. Tampoco ayuda que en la cumbre mundial de medio ambiente no se concluyó nada. Nadie quiere dejar sus ganancias, la ciencia no da abasto para contener este suicidio ecológico. —*Sí, también aplicamos para un apoyo de la ONU.*

Esto es una revelación para mí. Sé un poco del ingeniero Nieto, mas no sé nada de su proyecto de investigación, de ese papel que juega en la universidad, ni tampoco de su viaje.

—Tienes muchos secretos, ingeniero Nieto —le digo al oído. Inmediatamente su pulso se acelera, veo cómo palpita en el cuello y lo veo ajustarse ágilmente la corbata en la camisa.

Se acomoda los lentes y, al ver que todos nos ven, dice: —*Creo que vamos a bailar un poco.*

Cuando nos alejamos, uno de los amigos le grita: —¡No, que no te gusta bailar!

Él solamente contesta: —*Con ella sí.*

JESSY & JOY Y LUIS FONSI - Tanto



¹¹ Tu flechazo.

¹² Desaparecer abruptamente.

CAPÍTULO 13

Prefiero no bailar, es cierto lo que Miguel me grita al huir de la mesa, pero no pretendo que me vean apenarme como si fuera un adolescente. Soy torpe, siempre lo he sido, para bailar, acercarme a las mujeres o expresarme. Detesto sentirme observado, pero en ese momento, con María en mis brazos, olvido todo. La química de mi cuerpo empieza a jugármela. Con la serotonina, la dopamina y la oxitocina a tope, miles de sustancias luchan enviando mensajes desesperados a mis neuronas y estoy eufórico. Me dejo llevar por su influjo y, de pronto, me veo bailando y siguiendo el ritmo. Es un paso simple, para adelante y para atrás. María lo hace ver fácil, se mece lentamente entre mis brazos colgada de mi cuello, acariciándolo. Yo tengo mis manos en sus caderas que, suaves, se menean. Recuesto su cara en mi pecho y siento su aroma elevándose por el aire, que me aturde y me empieza a faltar. Me siento perdido por esta extraña sensación, nada común en mí.

Me alejo de todo lo que me da seguridad, lo conocido. Nervioso, descolocado, no puedo explicarlo, nunca lo había vivido tan intensamente.

Estoy totalmente inmerso en ese balanceo con mi cuerpo, como su esclavo. Ese ritmo lento que tantas veces había intentado y en sus brazos lo logro. Nunca he sido capaz de marcarlo, pero ahora, con nuestro *tempo* sincronizado, parece el de un dueto con la mirada anclada. Los músicos cantan una canción suave, Clinton Kane con *I guess I'm love*, yo pienso si seré capaz de amar sus defectos de la misma manera que lo hago con sus cualidades y si ella lo haría por mí. Eso es el meollo del amor, pero, como en la canción, en ese momento solo estoy obsesionado con su cabeza recostada en mi pecho y lo que eso me provoca.

Estoy a punto de perder los papeles cuando la separo un poco y le digo: —¡Vámonos!

Se suelta de mi cuello y nos alejamos con prisa. A mitad del salón, se detiene abruptamente: —¡Dejé mi bolso! Voy por él, no tardo.

La espero de pie, como un púber enamorado. Acabamos de bailar juntos, meciéndonos llenos de excitación. Me emociono de solo verla caminar con soltura, se detiene a recoger su bolsa y se excusa con una amplia sonrisa; yo imagino que les habrá dicho que tiene dolor de cabeza. De pie, esperándola, medito cómo me ha embrujado por segunda o tercera vez. Enajenado y sorprendido, me doy cuenta de que esa mujer es mía.

Apresurados, partimos del salón. Experimento una segregación de sustancias químicas, percibo que mis neurotransmisores están a tope. Estoy totalmente drogado y extasiado por su olor y su tacto. Un arrebató desenfrenado se extiende desde el pecho, recorriendo las extremidades con corrientes energéticas desconocidas. En ese momento, estoy listo para correr el maratón de Nueva York.

La marcha va acompañada de risas de complicidad. No puedo dejar de verla, tiro de ella apurándola para escapar y, al llegar a la salida, el hombro de una persona choca conmigo, parándome en seco. Una mirada me estremece, me cala hasta la médula. María se acomoda detrás de mi cuerpo y no tengo más remedio que saludarlo: —¿Qué tal, Fernández? —Bien,

Nieto. ¿Y tú qué tal? ¿Por qué se retiran tan temprano de la fiesta? —*Solo vamos a fumar un cigarro.* —¿Tú? No fumas.

María se planta delante, apoyando mi aseveración: —Yo sí. ¿Gustas? —*Te presento a María Legazpi.*

El hombre detiene su mirada fría en mis ojos. Después, lentamente los desliza hacia ella como un depredador, de una manera invasiva e intimidatoria. —*María, él es Fernández, el encargado de la dirección de Tesorería de la Universidad.*

Él extiende su mano, estrechándola con fuerza y sonríe con un gesto con tintes obscenos que me provocan náuseas. Después, se gira lentamente con el ceño fruncido y jala a su esposa de la cintura de una manera más posesiva que amorosa. Escondida detrás, aparece una delgada mujer de ojos apagados que se asemeja a una liebre asustada.

—Es Martha, mi esposa.

María la abraza suavemente y ella no deja el abrazo, como si lo necesitara, como si tuvieran una amistad de años.

—*Bueno, Fernández, te dejamos, ese cigarrillo nos espera.*

Nos despedimos. Nunca me ha gustado Fernández, aunque a veces nos toca coincidir para tratar temas de presupuesto.

Nos alejamos rápidamente, jalados por la necesidad de estar solos, cuando María se detiene un instante.

—¿*Qué te pasa?* —No lo sé, es que la mujer de tu amigo me dijo adiós de una manera muy extraña. —*Bueno, no es mi amigo, nos toca trabajar juntos a veces... No obstante, es un hombre raro. Me da desconfianza, mucha, no sé por qué lo tienen en la universidad, no va con el perfil, pero es un as con los números.* —Yo creo que solo con los números, su esposa no se veía muy feliz. —¿*Por eso la abrazaste?* —Sí, sentí una necesidad de hacerlo, como si su lenguaje no verbal me lo estuviera pidiendo. —*No sé cómo puedes tener esa capacidad de percepción con las personas. Yo, ni cuenta.* —No lo creo, solo eres despistado. Ese señor me da escalofríos.

La abrazo de nuevo, no me canso de hacerlo.

—*No pienses en eso, hoy es una noche especial. Vamos, te tengo una sorpresa.*

Al abrir la puerta de la habitación, María me mira sorprendida porque no es una habitación sencilla, es una *suite* y nos recibe un arreglo de rosas que he ordenado para ella; el ambiente está impregnado por su olor. En una esquina, tiene clavada una tarjeta solo con su nombre y el mío; una dedicatoria tan breve como lo soy yo.

La luz tenue de las lámparas ilumina un mobiliario que te hace viajar en el tiempo; una cama con pedestal se encuentra frente a un jacuzzi circular, cuyo fondo es un gran ventanal que da a un pequeño jardín interior, desde donde se pueden apreciar las estrellas por la noche.

A un lado, en una pequeña mesa circular, han instalado una botella de champaña y una cesta con frutas y quesos. Su maleta está apoyada en un pequeño mueble y en el closet hay unas prendas que había colgado para evitar las arrugas.

—¿Y esto? —*Es la sorpresa.* —Bueno, pues parece que ya estamos instalados. —¿*Te parece bien la idea?* —¡Me encanta! ¿Y se te ocurrió solo a ti?

Esto lo dice acercándose a mí, coqueta...

—*Bueno... no. Digamos que me ayudó Adriana. Ella lo planeó, yo solo autoricé... A mí no se me ocurren estas cosas, pero tengo buen equipo de apoyo. Además, la reservé hasta el lunes por la mañana; me gustaría que estos días solo sean para nosotros.*

La abrazo nervioso, pero, al mismo tiempo, cargado de desesperación contenida. Quiero

absorberla, comerme sus labios y fundirme en su cuerpo. Ahogo mi nariz en su cuello, emborrachándome del olor de su cabello, y paso lentamente mi boca por sus labios, disfrutando la caricia lenta. Nos pegamos tanto como es posible. Me devuelve el beso inquieta, con una potencia que, *in crescendo*, se transforma en un mar agitado. Me siento excitado y la ropa se vuelve un estorbo. Necesito tocarla con urgencia.

En una milésima de instante, la razón se impone, esa que siempre me golpea en los momentos más inoportunos y me hace bajar el nivel de la testosterona que invade mi cuerpo sin permiso.

—*He esperado tanto tiempo que no quiero que sea rápido.*

Respiramos y pausamos nuestras caricias, tomando tiempo para recordarnos, reconocernos y retomar lo que habíamos dejado inconcluso hace tanto tiempo en el armario debajo de las escaleras, ese enamoramiento que ahora se ha vuelto una necesidad física de compenetración. Estoy ahí, nervioso, con María Legazpi. Ella siempre ha sido mía, lo siento de la misma manera que la siento vibrar temblorosa entre mis brazos.

Las olas de pasión nos revuelcan, la energía contenida se dispersa por las venas al igual que el mar al llegar a tierra. El coctel de sustancias químicas nos alteran progresivamente sin pedir permiso y la euforia evapora a la razón. Las manos recorren, curiosas, nuevos caminos alertando sensaciones, dejando a su paso desesperación y necesidad desbordante.

Al fin abro el alma callada, el cuerpo vulnerable que se funde con dureza entre sus piernas líquidas para expresar, más allá de palabras torpes, todo lo que ella significa en mi vida.

CLINTON KANE - *I guess I'm love*



CAPÍTULO 14

Un suave golpeteo en la puerta me despierta. Entre sueños, veo cómo María recibe al chico de servicio a cuartos; viste un pijama de ositos con colores pastel. Inmediatamente el olor a café invade la *suite*.

Al despejar un poco la cabeza, percibo el olor de la comida. Han puesto en la mesita redonda una charola en donde había frutas, chilaquiles¹³ y pan dulce. Mis ojos, cansados, se abren un poco más y su sonrisa me recibe.

Se tira de nuevo en la cama y extendiendo mi mano para acariciar su cabello. Quiero decirle tantas cosas, las ideas que pasan por mi mente... Estoy feliz de solo poder abrazarla, de sentirla mía, pero no alcanzo a hablar. Las palabras se vuelven a atorar en el pecho.

La miro queriendo agradecerle esa noche y dejo que mi vista hable. Tomo su mano perezosamente y beso cada dedo. Al final, solo alcanzo a decir: —*Gracias por el desayuno. Lo necesito, tanta energía tuya me agota; soy de emociones leves.* —No sabía lo que te gusta, por lo que pedí de todo un poco —me contesta mientras me besa levemente en los labios, revolcándose, traviesa, en mi cuerpo.

Me levanto para asearme un poco y cuando regreso está sentada en la mesita con las piernas recogidas, escogiendo algo de música en su teléfono. *Need this feeling* de manera acústica, empieza a sonar con la voz de Ben Schuller. —¡Es nuestra canción! ¡Lo he decidido y *estoy living*¹⁴! —dice mientras da volteretas de felicidad.

Yo sonrío mientras le doy un bocado a la fruta partida y ella da un sorbo al café. Después, añade: —Quiero que me cuentes todo de ese proyecto en el que estás trabajando. Si estamos empezando algo, tengo que estar informada de lo que haces. También me gustaría saber... ¿Qué somos? —*Novios, ¿no te lo dejé claro? Yo no soy tan moderno como otros con los que has salido, no suelo hacer estas cosas.*

Me acerco y le doy un beso lento y tierno. Después, la abrazo sentándola sobre mis piernas.

—A ver... ¿Qué quieres saber?—¡No sé! ¡Todo! ¿Cómo empieza?

Le doy un trago al café mirándola y empiezo a hablar. Ella toma un gran bocado de chilaquiles y lo disfruta. Yo no dejo de hablar, me apasiona mi trabajo y me gusta la sensación de verla interesada en él:

—*Después de terminar mi doctorado, el doctor Vázquez, que había sido mi mentor durante la carrera, me contactó para hacerme una propuesta: la Universidad acababa de empezar un proyecto de energía sustentable en el INAT, que es un instituto que forma parte de la Universidad y que financia la investigación. Hay muchas áreas, yo estoy encargado de la de Sustentabilidad, que a su vez cuenta con diversas ramificaciones de trabajo. ¿Me sigues? —Hasta ahora sí, soy bastante lista, ¡aunque más *street smart*¹⁵! —El problema del cambio climático es cada vez más grave, no se ponen de acuerdo los países poderosos, los cambios tienen implicaciones económicas y es un reto modificar las cosas de cómo se hacen actualmente. Ya viste lo que pasó en la última cumbre mundial. ¡Todo tiene que ver con el maldito dinero! En fin... nosotros, como universidad, tampoco podemos hacer mucho, solo pequeños cambios que*

impacten en microcomunidades, las más pobres, y después tratar de replicarlas en lugares más grandes. Aprovechando el problema del sargazo en el Estado de Quintana Roo, que bueno, eso es otro asunto igual de complejo que después te puedo explicar, decidimos empezar con un proyecto en colaboración con universidades de la zona para fabricar biocombustible hecho de biomasa, en este caso es el sargazo, para hacer bioenergía que, a través de microrredes, podrán abastecer de energía sustentable y limpia a un pequeño pueblo pesquero, del sur, del estado de Quintana Roo. Actualmente estamos fabricando biodiésel, que es el que utilizamos para la energía eléctrica y biogás, para las estufas. El pueblo es pequeño y hemos hecho avances. Por mi parte, la producción está casi funcional, ahora nos falta que llegue a la gente y eso es parte del Departamento de Ingeniería Eléctrica, las microrredes.

Escucha mi monólogo solo abriendo los ojos. Se ha acabado medio plato de chilaquiles.

—¿Te das cuenta de que casi no me dejas chilaquiles...?

Le arranco el tenedor y el plato.

—¡Uff! Es que me dejas sin palabras y tengo que comer para calmar la ansiedad. Y eso que es difícil dejarme a mí sin palabras. ¿Y por qué no me habías contado? ¿Esa es la causa por la que te dieron el premio? —Sí, fue por eso. Parece que el proyecto ha tenido más éxito del que se esperaba, el próximo año entra en un certamen de financiamiento por parte de la ONU para mejorar el medio ambiente. Si logramos ganarlo, se replicará en otras comunidades más grandes. —¡Y yo que me sentía maravillosa por mi premio! ¡No tiene nada de impacto más que en el de mi bolsillo! —No es así, tú también tienes un impacto social diferente, con las mujeres de Casa Paloma.

Me paro y la acaricio en la mejilla.

—No todos somos buenos en las mismas áreas. —¡Ya no digas nada! Con unos cuantos pares de zapatos o bolsos del guardarropa de Mia, la *instagramer*, podríamos financiar tu proyecto. —Quizás... Mmm, ahora no pensemos en trabajo. ¿Qué te parece si vamos a dar un paseo a caballo? Y después una vuelta al restaurante para comer algo en forma.

El lugar es especial, el clima, también. Cuernavaca es catalogada como la ciudad de la eterna primavera. Cabalgar nos hace sentir libres y María se ve feliz.

En nuestro recorrido paseamos por las cañadas en las laderas el río Amacuzac y el verdor del bosque predomina, aunque en el camino nos encontramos con jacarandas florecientes que franquean los caminos. Los conejos, las salamandras y hasta una pequeña zorra que nos mira con desconfianza salen a nuestro encuentro. Los pájaros que habitan las copas de los árboles cantan y se podían escuchar en conjunto con las espoleadas de los caballos y el correr del agua. Me sentía feliz, siempre me había gustado la naturaleza, a ella pareció gustarle mi idea. No sabía cómo podíamos ser tan poco cuidadosos con ese tesoro natural que nos había regalado la tierra.

De regreso, ya dentro de las bardas de la propiedad, se vive una paz y una belleza diferente a la situación de pobreza e inseguridad que hay afuera.

—¡Me encanta estar aquí! ¡Gracias por traerme! Ahora estaría en la oficina... Hemos tenido exceso de trabajo porque se aproxima la Fashion Week de Nueva York.

Yo solo sonrío, es agradable tenerla solo para mí y que no distrajera su atención con nadie, como solía hacerlo.

—¿Vamos a comer? —Sí, muero de hambre.

Cuando pasamos por recepción, nos encontramos con Adriana.

—¡Hola, enamorados! ¿Cómo la están pasando?

Yo quiero esconderme bajo los lentes. María se acerca a ella y le planta un par de besos con

gracia y naturalidad: —¡Gracias por la sorpresa! ¡Me encantó!

Ella sonríe al tiempo que cuchichean algo. Platican como las dos mejores amigas, compartiendo una especie de solidaridad femenina, una hermandad de la que no me siento parte, aunque las dos son más cercanas a mí desde hace más tiempo. Su esposo y yo charlamos un poco. Octavio es un compañero que también publica en la revista de ciencias de la universidad. Adriana nos ha presentado y nos hemos vuelto amigos, pero los dos somos de pocas palabras.

Yo las veo tratar cosas de mujeres, chismorreando bajito y, a veces, distraigo mi mirada para verla y vuelvo a sentirme un niño de ocho años, totalmente embelesado por la manera en que sonríe. Una luz ilumina sus ojos miel, que se voltean, coquetos.

Preocupada por esa conversación de la cual Adriana me excluye, se acerca discretamente y entrelaza su mano con la mía. Me siento acogido.

La luz del sol entra perezosa y ligera por una de las ventanas haciendo que su cabello castaño refleje tonos rojizos. El suéter que lleva, un tanto grueso, le produce tanto calor que sus mejillas están sonrojadas. Los caballeros estamos siendo ignorados y las miradas traviesas de Mia tratando de consolar mi desatención me tienen totalmente fuera de mi normalidad.

—Deja de mirarla, pareces un acosador —me dice Octavio alejándome de mis pensamientos —. Te trae mal, nunca te había visto así.

Sonríó y me vuelvo a acomodar los lentes. Él retoma la conversación:

—¡Ey, Adriana, ya bájale! ¡Déjala descansar! La vas a asustar.

Adriana interviene:

—¡Perdón! ¡Ya lo sé! Por cierto... ¿Supieron lo que le pasó a la esposa del doctor Fernández? Nos los encontramos a la hora del desayuno y se fueron temprano porque Martha se cayó en la bañera y tiene un gran golpe en la mejilla. ¡Una tragedia! ¡Pobre mujer! Tan linda que es...

Me quedo sorprendido. María me mira desencajada y no dice nada. Después, Adriana continúa.

—Bueno, tortolitos, nos despedimos, que regresamos a la ciudad. Espero verte antes de que te vayas a Carrillo Puerto. Me marcas mañana y me paso por tu oficina. —Sí, claro. Contesto.

Nos despedimos y nos vamos a comer.

Minutos más tarde, cuando nos encontramos en el restaurante, María me dice: —¿Tú te crees eso de que se cayó en la bañera? —¿Quién? —La esposa, la mujer que nos encontramos ayer, ¿Martha? —*No sé qué creer. Él es un hombre extraño, aunque de ahí a que haya golpeado a su mujer, si eso es lo que estás pensando, hay un gran abismo. Es un directivo de la Universidad y es muy reconocido, no puede haber llegado tan alto siendo un hombre violento.* —Yo no sé, el saludo que me dio cuando salíamos de la boda y su mirada como rogándome fue algo extraño, porque no me conocía de nada.

Veo cómo mueve su comida con preocupación, tiene el ceño fruncido. Está meditando.

—Amor, ahora no podemos hacer nada, mejor terminemos de comer para poder aprovechar el tiempo que nos queda. No hemos probado ese jacuzzi de noche y pronto va a oscurecer. ¿Vamos? —Solo si me invitas a ir a conocer tu proyecto. —¿Quieres venir conmigo? *Es un pueblito muy pequeño y no hay nada, ni buenos hoteles. ¿Estás segura?* —Sí, me gustaría desconectar un poco. Pensaba tomarme un par de días para descansar antes de ir a Nueva York, si los junto con el fin de semana pueden ser hasta unos cinco días. Me gustaría conocer tu proyecto y, de todos modos, tenía pensado ir a visitar a Santiago y a Alía. Ahora están en Playa, así que puedo aprovechar la vuelta para allá.

Sonríe guiñando el ojo y yo me río para mis adentros. Estoy seguro de que ella ya tiene toda la

agenda planeada, pero trataría de sorprenderla. No soy tan insulso como me imagina. —*Me encantaría que vieras el proyecto, he dejado parte de mí en él. Solo temo que te aburras.* —¡Yo nunca me aburro, Nieto!

Salimos de ahí tomados de la mano.

—*Oye, ¿por qué no has posteo nada? Se me hace extraño.* —Sí, lo he hecho, postee un conjunto para el fin de semana y lo programé antes de salir. —*No te he visto tomar fotos.* —No, esto es demasiado íntimo, especial, solo nuestro.

Sus ojos hablan de deseo, conectados por una energía que flota. Tiene razón, este momento es solo nuestro y me siento feliz de que no lo comparta con nadie.

Al cerrar la puerta después de nosotros, no puedo pensar en nada, solo en disfrutar un momento más juntos y el *jacuzzi* se perfila como una opción perfecta. El atardecer aparece por la ventana y basta un jaloneo de mi parte para adherirla a mi cuerpo. Se deshace de ese suéter que la acalora y siento la delicadeza de su piel cubriéndome. Así, nos arrancamos el resto de las ropas, desesperados por fusionar nuestros cuerpos. Hemos esperado tanto...

No escucho más, su respiración agitada, al igual que la mía, se pierde entre besos anhelantes y una sensación expectante nos recorre. El agua tibia acoge nuestros cuerpos resbalosos en una madeja de extremidades enredadas formando una unidad en ascenso y convulsa, una mutua entrega casi desenfrenada. Estoy inmerso en la esencia de María Legazpi, codiciaba descubrir cada milímetro inexplorado de su piel.

Ese amor es algo tan real como nuestras manos entrelazadas en medio de esta tormenta de sentimientos.

BEN SCHULLER - *Need this feeling (Acoustic)*



13 Plato típico mexicano elaborado por tortillas fritas cortadas y cocinadas en una salsa de chile, normalmente acompañado de pollo, queso y crema.

14 Vivir intensamente.

15 Inteligencia callejera.

CAPÍTULO 15

Tenerlo a mi lado hace que el vuelo sea ligero, sentir su pulgar rozar mi mano tranquiliza mis ansias. Siempre he sentido esta angustia al volar: el aire viciado, los niños gritando y pateando los asientos tiende a sacarme de quicio. Alía siempre insiste en que eso cambiará cuando tenga un hijo y yo no lo sé, lo dudo.

Volteo y, al verlo, su serenidad me hipnotiza. Su espíritu en quietud despierta en mí sosiego. Me pierdo entre las nubes blancas que se perfilan en el cielo, desliza su mirada del libro para hablarme y, cerrándolo me dice: —*¡Ya vamos a llegar!*

Asiento tratando de olvidar el mal sabor de boca que me provocan las bolsas de aire.

—*¿Te sientes muy mal?*

Doy un trago al refresco de cola con hielo y asiento de nuevo, sin hablar. Me tiende una goma de mascar que meto a la boca y volteo por la ventana. El verde de la selva se revela, contrasta con las arenas blancas y la mar turquesa. Casi aterrizamos y no puedo más que dar gracias a Dios.

Después de tocar pista y recoger el equipaje, me siento un poco mejor. Es como si, mágicamente, pisar la tierra firme me recuperara del mareo y simplemente mi angustia desapareciera.

Llevo miles de regalos para Santiago y Alía. Mis padres no son del tipo de llevar cosas de un lugar a otro, solo le han mandado un juguete a Lucas. Los padres de Alía, por el contrario, son detallistas, por lo que mis manos van cargadas de todo lo que uno puede imaginar, desde comida hasta juegos y cartas.

Ernesto jala las *trolley*¹⁶ para salir a la sala de llegadas, veo a un mostrillo correr desesperado para colgarse de mi cuello y llenarme de besos pegajosos. ¡Lo amo! Santiago se acerca a descolgar al pequeño changuito y me abraza. —*¡Te extrañamos! ¡Bienvenidos!*

Ernesto se acomoda los lentes y se tienden la mano. —*¡Qué gusto, Nieto! ¡Hace años que no te veía!*

Lucas me jala y me grita emocionado: —*¡Vamos, tía, mi mamá nos está esperando en casa! ¡Yo no fui al cole para venir por ti! ¡Me dejó faltar papá!* —*¡Qué bien, pequeño! —¿Qué me mandaron los titos? ¿Muchos regalos? —¡Sí! ¡Muchísimos!*

Nos subimos a la camioneta de Santiago. Ernesto se sienta en el lado del copiloto y yo me acomodo atrás con mi pequeño.

—Necesito una *selfie* para mi perfil de Mia. ¡Sonrían!

Subo la historia [#mymen@ playaQRoo] y se me ocurre poner de fondo de la historia la canción de The Vamps, *Just my type*. Lo hago pensando que mi relación con Ernesto siempre ha sido así, de subidas y bajadas, como en un columpio: de momento arriba y, después, caída en picada.

Se hace una hora aproximadamente del aeropuerto de Cancún a Playa. El camino recto se enmarca por una jungla densa que en ese momento se encuentra por tramos desecha y devastada por el famoso tren maya que cruzará por aquí.

Estoy nerviosa, es el primer encuentro de Ernesto con mi familia y, aunque solo estaremos un par de noches, me inquieta que pueda sentirse incómodo. Santiago puede ser un poco *snob*¹⁷ a veces, Alía lo aterriza en el mundo real.

Estos son sus últimos meses viviendo en Playa. Después de que nazca la pequeña Alba, van a mudarse a la Ciudad de México. Mi padre planea su jubilación y necesita a Santiago de tiempo completo allá. Todavía tiene dudas de que Alía se pueda adaptar a la vida en la ciudad.

Santiago rompe el silencio: —Alía tiene un banquete, se la ha pasado cocinando, no hace caso de hacer reposo. El bebé se quiere adelantar y el doctor quiere que se retrase un poco más el nacimiento.

Ernesto, quien va serio y tenso, dice simplemente: —*¡Felicidades!*

Es una palabra corta y sencilla, y yo sé que tiene más connotaciones y sentimientos que cualquier discurso largo que yo hubiera podido expresar. Así es Ernesto, corto también de palabras. —Gracias, Ernesto, estamos muy emocionados, ser padre puede ser terrorífico, costoso y desgastante.

Ernesto asiente interesado. Minutos después, Santiago continúa. —Estoy cansado y sé que se va a multiplicar solo que nazca la niña. Lo bueno es que la madre de Alía va a ayudarnos, en la ciudad será más fácil todo.

Entonces, hablo: —Yo puedo ayudarles también, ya que se acerque más la fecha y pase la Fashion Week. —Estaría bien tener en casa refuerzos, aunque no me queda claro quién sería tu aliado, ellas, o yo.

Todos nos reímos. Después Santiago continuó hablando:

—¡Y pensar que no quería tener hijos! Ahora suena como algo raro. Es más, hasta ahora, que se avecina el caos, deseo ansioso que llegue la fecha. El primer día... Cuando te dan a ese renacuajo rojizo y llorón evalúas todas las responsabilidades que adquieres con ese pequeño ser que depende de ti. Da terror, ganas de huir, y mágicamente todo cambia en el instante en que toma por instinto tu dedo y lo agarra con tanta fuerza que se calla de inmediato y te ve. Aunque todavía no logre reconocerte, te huele, o percibe que lo amas. ¡No lo sé, pero lo invade una tranquilidad con solo tomarte el dedo! ¡Uff! Todos los miedos desaparecen. Esa sensación no te la da nada, ningún trabajo, ningún logro.

Ernesto asiente y sus ojos brillan. Yo me pregunto si algún día querría ser padre. Yo no estoy segura, pero, si algún día lo hiciera, me gustaría que mi hijo tuviera un padre como él.

—Y díganme... ¿Cuál va a ser su plan? —pregunta Santiago sacándome de mis pensamientos. Ernesto le contesta: —*Tengo que estar el lunes a mediodía en Rojo Gómez, un pequeño poblado en Punta Allen. Tengo una cita con los del proyecto del biogás.*

Entonces, añado: —Pasado mañana salimos temprano y pensamos rentar un coche y pasar un par de noches en Punta Allen. Después regresar a Tulum, donde unos amigos de Ernesto tienen un hotel. Se llama Casa Malca, ¿lo conoces?

Santiago responde: —Sí, he oído de él. —*Después nos regresamos a la ciudad.* —Quisiera que se quedaran más tiempo, aun así, vamos a hacer rendir los minutos. Mañana, domingo, podemos ir en la lancha a pasar el día, acercarnos a Cozumel, bucear y regresar al atardecer. ¿Les gustaría?

—¡Estaría fenomenal! ¿Pero no es mucho ajetreo para Alía? Ella necesita descansar y nosotros solo queremos estar con ustedes —digo. Santiago responde: —No, estará bien, solo se balancea de un lugar a otro, lo demás lo hago yo. En la lancha se recuesta y disfruta. Pero, de todos modos, solo estaremos cerca, costearo. Mia y Lucas van a estar contentísimos haciendo

historias para subirlas a Insta. Mia, deja eso, no sé cómo puedes estar siempre publicando. ¿Y tú? ¿Cómo la llevas con la vida de *fashionista* de mi hermana? —*No lo sé todavía, espero no sentirme muy abrumado, la verdad que las redes no van nada conmigo, solo veo Twitter para enterarme de las noticias...* —¡Dejen de criticarme! Cuando tenga listo el evento que estoy planeando para conseguir fondos para tu investigación, me vas a amar. Eso sí te va a gustar... Necesitamos las redes, porque también sirven para cosas positivas —digo con un manotazo en el hombro.

Santiago solo cierra los ojos y le dice a Ernesto: —¡Oh, no! Asústate, ya está empezando a carburar motores ese cerebro, no te va a dejar ir hasta que consiga tu aprobación para ese evento.

Ernesto sonríe serio, y se queda pensativo: —*¿Lo estás planeando de verdad?*

Siento que propia la casa de Santiago ha pasado de manos de mis padres a ellos. Alía le ha hecho una serie de transformaciones que parece otra y no es cuestión de una remodelación costosa, solo la ha llenado de pequeños toques que le dan vida, que la hacen acogedora y familiar: un cuadro por aquí, un cojín por allá, muchos portarretratos y, más que nada, plantas de todos tipos y colores.

Al llegar ahí, nos sentimos acogidos por ella. Alía nos abraza de manera maternal y veo cómo el ceño de Ernesto se suaviza. Se siente a gusto con el entorno que ella crea a nuestro alrededor y yo me siento feliz.

En un momento en que se encuentran los tres chicos jugando video, le pregunto a Alía: —¿Qué te parece? —*¡Es lindo! ¡Me cae bien! Tiene buena vibra y una mirada limpia. Además, creo que Lucas también lo aprueba, ¡míralos!* —Sí, es lindo, tierno, un poco callado, y sobre todo es listo, habla de cosas que no tengo ni idea: estructuras atómicas, moleculares, enlaces bioquímicos. Hasta cuando me habla de amor menciona las sustancias que nuestros cuerpos producen, los neurotransmisores, las dopaminas. Creo que me distrae para que no me vuelva loca por él.

Nos carcajearnos juntas, abrazándonos.

—¡Me deja pasmada! No sé ni cómo sobreviví química en la escuela... Me veo y pienso que no podría estar con alguien tan distinto a mí. —*Eres una emprendedora exitosa. Y de tonta no hay ni una molécula en ese pelo perfectamente planchado. ¿Lo sabes, verdad? Existen distintos tipos de inteligencia y estas se complementan. Los que se quedan con Mia, la instagramer, no saben lo que hay detrás de tu fachada, la manera en que manejas tus negocios, la bondad con que ayudas a otros y, sobre todo, ese ojo de águila que tienes para detectar nichos.* —Quiero hacer una subasta... Ya sabes, de cosas del closet de Mia, invitar a otras más, hacer un evento mediático que sea top en la ciudad. Su proyecto necesita patrocinadores y darse a conocer, para él las relaciones públicas no son lo máximo. —*No te digo... al fin hiciste un *macht**¹⁸. *¿Verdad?* —Sí, creo que sí.

El día siguiente la pasamos maravillosamente bien, tanto que se esfumó como el humo. Dicen que cuando las cosas son placenteras el tiempo vuela, y así es. Regresamos al atardecer sentados en la proa, bajo un sol perezoso, reflejando la tibieza de colores que se esconden detrás del horizonte. Es hermoso y no puedo sentirme más feliz.

Nieto me abraza y yo abrazo a mi sobrino, que duerme en mis brazos. Me da pequeños besos en la coronilla al mismo tiempo que acaricia mi hombro. Quiero besarlo, muero por la sensación de sentir sus labios húmedos recorrer los míos y su lengua, curiosa, adentrarse en mí. Sin embargo, el momento no es el indicado, así que distraigo el instinto acurrucándome en su pecho, que me guarece de la brisa que choca, fresca, sobre nuestros cuerpos.

—¿Cómo te has sentido? ¿Qué te parece mi familia? —*Son geniales. Tu cuñada me parece una persona excepcional, me ha hecho sentir que pertenezco, y la imagen que tenía de Santiago cambió totalmente; no lo puedo creer... Él era el cretino más grande de la prepa y ahora es un mandilón bonachón. Y ese pequeño que tienes en tus brazos, ¡uff! Es mi preferido.* —¿Qué bueno que te agradaron! Es importante para mí. Estaba un poco preocupada, no te imaginaba niño y me ha gustado esta versión que disfruta estar con Lucas, porque él es mi consentido también. —*Me caen bien, me gusta la autenticidad de los niños. Para el servicio social de los chavos, hacemos un curso de ciencias en las escuelas públicas y es divertidísimo estar ahí, tienen tantas ocurrencias... Les llevamos experimentos para que se acerquen a lo que se llama STEM.* —¿STEM? —*Es un término que se refiere a todo lo relacionado con Ciencia, Tecnología, Ingeniería y Matemáticas. Se utiliza de manera internacional y en todos los idiomas.* —Me encanta cuando me hablas de tus cosas, te emocionas tanto que mueves tus manos de una manera extraña. Plátame más...

Se escucha el grito de Alía desde dentro del camarote: —*¡¡Oigan!!! Ya estamos por llegar... Vamos a preparar las cosas.*

Nos levantamos, mañana tendremos todo el trayecto para platicar.

THE VAMPS - *Just my type*



¹⁶ Carretilla, maleta con ruedas.

¹⁷ Pijo, fresa, estirado.

¹⁸ Dos personas que se gustan mutuamente.

CAPÍTULO 16

Al amanecer, Santiago nos deja en el lugar donde recogeremos el coche de renta. Yo estoy emocionada por conocer esa parte de Ernesto, de la cual no he formado parte, y él está contento por volver a nuestra intimidad, porque la extraña.

Al subirnos, me doy cuenta de que no tiene *bluetooth*, por lo que busco entre las estaciones de radio una canción que me guste. De repente, aparece la canción de Pedro Capo, *Calma*, y yo empiezo a cantarla a todo pulmón con la ventana abierta, dejando entrar el aire fresco y sacando las manos. Ernesto, callado, me mira y sonrío mientras yo canturreo.

—¿Estás de acuerdo con la canción? «Tu mano y mi mano se escapan al mar»... Se ve que estás contento de haber dejado a mi familia, ¿verdad? Te gusta que al fin estemos solos. —*No es que me alegre en sí, pero soy una persona solitaria y suelo estar con pocas personas, me gusta el silencio.* —Claro... La casa de mi hermano es un caos y va a estar peor con el nuevo bebé.

Avanzamos, los kilómetros se van sumando cuando lo tomo de la mano.

—¡Estoy muy emocionada de conocer tu proyecto!

Él sonrío tímidamente:

—*Saliendo de Playa, al llegar a Tulum, tomaremos una desviación a través de una delgada península que nos lleva a un pequeño pueblecito llamado Javier Rojo Gómez, cerca de Punta Allen. Todavía falta para llegar, el camino es como de dos horas y acceder es de lo más difícil: la carretera es pequeña y a veces se cierra el paso debido a la marea alta. El mar es muy similar al de toda la Riviera Maya.*

Kilómetros después, para un momento el coche y me enseña:

—*Mira, la parte en donde se estrecha y se puede ver de un lado la laguna y del otro el mar, es una maravilla de la naturaleza. ¡Nunca había visto nada igual!* —¿Y tú cómo lo conociste? —*Primero vine con algunos amigos del máster, los padres de un compañero tienen su casa a unos minutos de Tulum. Después de esos veranos, mi mentor en UCLA decidió jubilarse e invertir en Casa Malca, el hotel que te comenté. Lo maneja su esposa, ella es decoradora y es donde nos vamos a quedar después de Javier Rojo, ya nos esperan.* —Umm, me estás sorprendiendo mucho, Nieto, no esperaba una agenda tan llena.

Aprovecha para acomodar sus lentes y reposar mi mano en su pierna. Todavía nos espera un rato de camino.

Conduce por esa pequeña vereda que costea el arrecife. La selva tiene ese verdor característico que hemos visto desde el aeropuerto y el color del mar también es igual al de Playa del Carmen, sin embargo, la exuberancia de la selva se multiplica de una manera exponencial. Todo es virgen, hay pocos automóviles y la mano del hombre ha llegado poco hasta ese camino solitario, en donde el mar se cruza en el horizonte.

A nuestro encuentro salen todo tipo de especies, los lentos toloks¹⁹ nos hacen frenar la velocidad para pasearse meneando la cola lentamente por la carretera y los monos araña, por su parte, se deslizan rápidamente entre el follaje de los árboles. Las parvadas de gaviotas se ven a lo

lejos y algunos pelícanos pescan con su enorme pico planeando habilidosamente el relieve del agua. El calor asfixiante entra por la ventana y la humedad nos produce una sensación pegajosa.

Los hoteles que encontramos bordeando el mar son muy distintos del resto de la Riviera Maya: más ecológicos, pequeños y de bajo impacto ambiental.

—Estos hoteles son tan distintos a los que están en Playa y Cancún... —*¡Sí, aquí todo es muy sencillo! Para generar electricidad tienen pequeñas plantas de luz; el día empieza cuando amanece y termina cuando se oculta el sol. Mira, por ahí se va al hotel de mis amigos. Te va a gustar Charmein, logra mezclar de una manera especial sus antecedentes cosmopolitas con la jungla y tiene unos salones que pueden ser el escenario de una película de las novelas de su marido. Eliot escribe novela policiaca y yo creo que se inspira en sus huéspedes, porque siempre dice que los que vienen aquí tan lejos huyen, o del bullicio, o de la justicia. —¿Tú qué crees? —¿Qué? —De lo que dice tu amigo. —Claro, podría ser. Igual el que está en la habitación de un lado está siendo buscado por blanqueo de dinero, crimen organizado o es un agente encubierto... Bueno, no, también están los que vienen con su amante y no quieren ser vistos. O los que huyen de la popularidad, como Mia.*

Me guiña el ojo y nos reímos

—Mira, ve para allá y toma fotos. A lo lejos se ven algunos flamencos. Esa es la laguna Campechen, después, cruzaremos la de Boca Paila.

Veo cómo la pequeña y estrecha carretera divide la laguna y el mar. Momentáneamente me quedo sin habla, observando todo eso que me señala Ernesto con el dedo: las parvadas de pájaros, las gaviotas, los pelícanos y el ruido del mar al quebrar.

—¡Párate!

Detiene con cuidado el carro.

—Mia necesita tomar una foto de este lugar, una aportación a la comunidad. —*Yo pensaba que Mia solo hacía publicaciones de ropa. —Sí... Pero también quiere presumir de un lugar hermoso y un novio tan guapo. —Yo no voy a salir. ¡Odio las fotos! —¡Sonríe, por favor! ¡Nunca quieres salir conmigo!*

Me acerco a él, le quito los anteojos con cuidado y le planto los labios en la boca. Suavemente lo beso, entreabriéndolos, seduciéndolo poco a poco. Sus ojos se cierran al disfrutar de la sensación y yo sigo con el reguero de besos mordisqueando sus labios. Abro su boca con la mía para sentir la suavidad de su lengua.

Click [#love@punta paila].

Nos subimos de nuevo al coche. Él, enojado, se vuelve a poner los anteojos. Tiene el ceño fruncido.

—*¡Eso fue trampa! —¡No te enojas, bb²⁰! ¡Es mi trabajo! ¡De eso vivo! —Lo dijiste muy bien, es tu trabajo, ¡no el mío! No puedo creer que hayas utilizado esa treta. ¡No me gustan las fotos! Y menos que las publiques. —¡Perdóname! Yo estoy aquí, en medio de la nada, acompañándote a tu trabajo...*

Nos quedamos en silencio. No quiero pelear y él tampoco, así que tomo su mano y, como niña regañada, le digo: —*¡No lo vuelvo a hacer! —¡Dejémoslo así!*

Después de minutos en silencio, Ernesto habla queriendo romper el hielo:

—*La carretera es muy bonita, ¿verdad? Espero que logremos conservar esto como un secreto bien guardado, detestaría que se volviera comercial como lo son ahora Playa o Tulum, que antes eran pequeños pueblecitos y ahora son ciudades invadidas por monstruos de hoteles, uno tras otro. El desastre social y ambiental que dejan es enorme. —¿Por qué lo dices? —Es terrible.*

En Playa hay falta de agua para los habitantes, los hoteles requieren mucha para sus lavanderías, para sus piscinas y para dar servicio a todos los clientes. Además, casi todas las personas trabajan en los hoteles o en el turismo, por lo que los hijos normalmente están solos. —Sí, eso sí lo sé... ¿Tú sabías que mi cuñada Alía trabaja en una asociación para sacar a los niños de las calles? —No, ¡qué bien! Porque, a veces, no sé cuál es el beneficio del progreso. Definitivamente el turismo ha traído una mejora económica en las familias, pero también ha causado niños sin la atención de sus padres. Los hoteles o el gobierno deberían proveer seguridad en los dos sentidos: mejores guarderías para que los niños no se encontraran medio abandonados. En Javier Rojo habitan aproximadamente cuatrocientas personas y hay más pobreza que en otros lugares de la península, no muchos turistas suelen llegar hasta ahí. No obstante, los pobladores viven mejor, los niños corren y disfrutan del mar, la gente pesca y de eso se vive... Bueno, también de algún que otro paseo en lancha. Pero aquí casi no hay turismo, es un lugar bastante escondido.

Seguimos viendo el paisaje que se nos presenta como una paleta de colores infinitos que se conjugan con un sol brillante y un cielo totalmente despejado chocando en un horizonte turquesa y enmarcado en la selva más verde que he visto.

—Me gustaría que se quedara así, bajo impacto, para poder disfrutar de sus tesoros. —Me siento una aventurera. —¡Ahora sí vas a estar en un hotel de bajo impacto! El hotel al que vamos a llegar es bonito y muy rústico. Vamos a tener que compartir baño, espero que no tengas problemas con eso. —¿De verdad? —¿No me digas que te da cosa? —No, claro que no.

Obviamente, miento. Me siento nerviosa por todo: compartir habitación, baño público y que la gente con la que se relaciona me juzgue solo por mi apariencia.

—Normalmente está afuera de la habitación... No te preocupes, solo nos quedaremos ahí dos noches, después te llevo al hotel de mis amigos y nos quedamos otra más para que se te quite el mal sabor de boca.

Se ríe mientras yo me imagino, con disgusto, compartiendo el jabón con otras personas.

—Llegaremos en un momento.

En el camino aparece un pequeño hotel que está en medio de la nada entre el mar y la selva, muy cerca de la Reserva de la Biósfera de Sian Ka'an.

Al llegar, me sorprende. El hotel es pequeño, limpio y bien cuidado.

—Se parece a Puerto Morelos y hasta a Playa del Carmen.

Sus playas de arenas blancas bordean el azul turquesa, que ahora se ve de un azul más oscuro porque montones de algas cubren la arena blanca, despidiendo un olor fuerte. Tapo mi nariz mientras Ernesto me mira.

—Es triste, ¿no? Tanta belleza... El mar que hace años era transparente ahora se ve invadido por millones de algas que llegan desde la vertiente del Mississippi y del Amazonas. Es temporal, pero, aun así, desanima a los dueños de los hoteles ver cómo invaden las costas. Es increíble cómo nuestras acciones están interconectadas: algo que hacen los gobiernos y personas de otros países, de lo que no tenemos ni la más mínima injerencia, afecta a las playas de Quintana Roo. —¿Es por eso por lo que ha llegado el sargazo? —Sí. Los hoteles pequeños no se dan abasto en retirarlo y se pudre en sus playas, haciendo desagradable la experiencia para los turistas. Estos pueblos viven del turismo y de algo de pesca, que también se ve afectada. —¿Por qué la vertiente de esos ríos afecta tanto? Está muy lejos, ¿no? —Los estados del medio oeste de Estados Unidos son el principal granero mundial, lo que hace que miles de campos bordeados por el Mississippi se encuentren altamente fertilizados. Eso, aunado al estiércol del ganado, provoca que, cuando

las lluvias arrecian, las sustancias se filtren a través del subsuelo llegando al río, que desemboca después en el golfo de México. El nitrógeno y el fósforo llegan al mar, haciéndolo hipóxico, o sea, con niveles de oxígeno bajos. Esto provoca la proliferación masiva de algas, «el mar de algas» del que se escucha en las noticias; se mueren los estuarios marítimos y se acidifica el mar. —No se me ocurriría pensar en esas cosas cuando veo las algas... Si me entero, solo cambio de destino turístico. No vemos la problemática real del cambio climático, no somos conscientes del daño. —Lo sé, por eso es muy importante crear soluciones y la limpieza de las playas en todo el estado. Debemos darnos cuenta de que el turismo es la principal actividad económica, es fantástico cuando ves a los pequeños recoger el sargazo y participar activamente. Los hoteles grandes pueden hacer eso con maquinaria, los pequeños hoteles, como este, se ven limitados. La población es la que trabaja en el proceso de limpieza. Al enfrentarse a la problemática, se dieron cuenta de que no sabían qué hacer con él... Transportarlo a otras partes cuesta mucho, por lo que varias asociaciones, junto con algunas universidades, empezamos con el proyecto de biogás a través de la biomasa, que básicamente es el sargazo en descomposición. Entremos, me esperan en el pueblo. Ahí te explicaré bien cómo lo hacemos.

Es un hotel muy pequeño, no tiene nada más que unos bungalows desperdigados por el terreno, unos baños públicos, una palapa gigante a manera de recepción y de restaurante y unos tipis improvisados con vistas al mar. Una mujer morena y alegre se acerca:

—¡Buenas, ingeniero Nieto! ¡Lo esperábamos desde ayer! —¿Qué tal, Magdalena? ¿Cómo va todo? —Es la temporada, con el calor se acrecienta. Las cuadrillas a veces tardan en venir a recogerlo. —Me encargaré de eso para que le den prioridad. —Se lo agradecería muchísimo. Algunos turistas nos cancelan por las noticias en la televisión. Nosotros ahí vamos, echándole ganas, poco a poco limpiando. Mire, ya viene la cuadrilla. —Sí, veo a los niños que recogen.

Unos niños entre diez y doce años aparecen en la escena.

—Tiene suerte. Ahora, como es temporada baja, le cambié de habitación a un bungalow, ese sí cuenta con baño privado. —¡Qué bien, Magdalena!

Ella nos tiende una llave colgada de un trozo de madera tallado con el número cinco.

Al entrar a la habitación, el olor a humedad me hace estornudar. Ernesto abre las puertas corredizas dejando entrar la brisa marina, que poco a poco despeja el olor.

—Tengo que irme, tengo una cita en media hora. ¿Quieres venir conmigo o quieres descansar? —¡Voy! Estoy supercuriosa con ese proyecto en el que trabajas, quiero saber más... —Ok, solo ponte tenis, que ahí hay animales y maleza.

Los dos volteamos a ver mis uñas, que recién había pintado con gelish.

—Antes... ¿Me dejas tomarnos una foto? Porfis... junto al mar.

Nos tomamos una selfie. [@glamping punta Allen]

Al llegar al pueblo, Ernesto se estaciona en un portón bordeado con tela ciclónica. Ahí se encuentra una zona donde hay montañas de sargazo secándose; después, unos tinacos conectados por tuberías de plástico. También hay un laboratorio, cuyo techo está provisto por paneles solares en medio de las toneladas de composta.

—Mira, te enseño... Esta es nuestra materia prima: el «sargassum natan». Los pescadores que están afiliados a nuestra pequeña cooperativa y sus familiares lo recolectan, por cada kilo que recogen reciben un porcentaje de energía. Después, lo ponemos en los biodigestores, que son los que parecen tinacos plásticos. Ahí, mezclado con agua, lodo y otras sustancias, se fermenta produciendo el biogás y luego se separa la composta, que se transporta a otra área y se utiliza para alimentar al ganado, principalmente a los cerdos.

Yo lo miro admirada. Aunque entiendo la mitad de lo que me dice, finjo comprender todo.

—¿Me expliqué? —¡Claro, está superfácil! —*Esa es la parte que me concierne, la producción. Hay otro profesor que la transforma, ahora están trabajando en una manera de convertir el biogás en electricidad para que le sirva a la comunidad, y también adecuaciones para usar el gas para cocinar y mover algunos de los tractores y camiones que se utilizan para el transporte.* —¡Es muy interesante! Sabía que es algo complejo, pero ahora me doy cuenta de que, además de su importancia científica, tiene una visión ecológica, económica y social. —*Claro, se puede decir que sí, porque el turismo se ha visto afectado y eso también ha impactado en la economía de los pobladores. Los cardúmenes de peces han bajado porque las algas los matan y producen mal olor; las playas pierden su belleza, es algo necesario. Si fructifica el proyecto, podremos hacerlo modular, poner pequeñas plantas en toda la Riviera Maya para replicarlo, también en la zona de Mahahual y Chetumal Y eso traerá beneficios económicos.* —¿Y qué necesitas para hacerlo? —*Bueno, pues la primera parte ya está solucionada: la planta ya está produciendo el biogás. Ahora, necesitamos transformarlo en energía que nos sea útil. El ingeniero Diaz se enfoca en llevar ese biogás a las casas por medio de cilindros, adecuando los tractores, las estufas, los coches y utilizar esa energía que estamos produciendo. Pero, sobre todo, necesitamos fondos. Todo se resume en dinero, la investigación nos cuesta mucho porque es prueba y error; eso toma tiempo y el tiempo, cuesta. Mira, están llegando mis compañeros, te los voy a presentar... Él es el ingeniero Diaz, del que te hablé, el otro es el ingeniero Vega, él trabaja con Vive Planeta y los representantes de los pescadores. ¿Te gustaría venir a la junta?* —No, creo que no, mejor me quedo aquí.

Estoy todo el día paseando y tomando fotos del proyecto. Una punzada de querer hacer más por otros se está gestando en mi interior; él la ha sembrado. Comparo mi trabajo, que se puede considerar frívolo, con su labor llena de retos que mejoran la vida de otros, un granito para conservar nuestro planeta, mientras mi negocio se basa básicamente en propiciar el consumo. Mi cabeza empieza a dar vueltas, porque yo quiero formar parte de eso, ayudar a Ernesto. Más personas tienen que saber de estos proyectos grandiosos. Ellos necesitan dinero y yo soy buena para producirlo.

Miles de ideas empiezan a rondar mi cabeza. Mia iba a ayudar al planeta. [#Help@PuntaAllentesoroazul].

Inmediatamente, empiezo a escuchar las notificaciones llegar. Mi historia es como siempre, un éxito.

¡Estoy de lujo! Esto va a ser todo un nuevo reto para mí.

PEDRO CAPO - Calma



19 Lagarto escamoso iguánido endémico de Centro América y México.

20 Se refiere a alguien cercano.

CAPÍTULO 17

Despertar y verla a un lado con la cabeza recostada en la almohada me provoca inseguridad. Estar junto a ella se siente tan bien, pero el simple hecho de volver a perderla me atemoriza.

Estiro el brazo y acaricio su rostro iluminado con un pequeño rayo de sol que se cuela por la ventana.

Es muy temprano, el amanecer nos sorprende. Su piel es suave, tiene el pelo totalmente desparramado. Suspiro y recorro su espalda con mi mano; me excita, me hace querer más de ella. Sus ojos se abren lentamente y me muestra una amplia sonrisa, como esa que siempre comparte en sus publicaciones.

—¡Buenos días, guapo! —*¿Te desperté? No quería hacerlo, quería que descansaras un poco más. Ayer escuché cuando gritaste en sueños. ¿Volviste con las pesadillas?* —Sí, a veces regresan, me inquietan y se me va el sueño, pero me senté a escuchar las olas romper.

Asiento preocupado y me levanto al baño. Al regresar, me espera adormilada.

—Yo también necesito pasar al baño.

Momentos más tarde, mientras yo rebusco en mi bolsa la ropa, veo que, de nuevo en la cama, me habla:

—Oye, mejor ven aquí, no te vayas todavía, dame un abrazo.

Instintivamente mi cuerpo cubre perezosamente el de ella, aspiro su olor y me siento embriagado. Nuestras bocas se unen en un tierno beso que se convierte en algo poderoso; intento transmitirle por todos los poros de mi cuerpo cómo la necesito, cómo respiro gracias a ella. Es una brisa fresca que me hace salir de la pesada y brumosa vida que siempre he llevado.

Me siento inexplicablemente feliz, imparable. Aspiro su aliento para adentrarme más profundamente en su boca, deslizando mis manos curiosas por su costado hasta llegar a su seno. Me vuelve loco tenerla totalmente para mí. Mi otra mano empieza un viaje suave por su pierna cuando el sonido sorpresivo de la puerta me hace despegarme automáticamente.

Vuelvo a la cordura, me paro y me pongo los pantalones despejándome un poco. Al abrir la puerta, me encuentro con Magdalena apenada:

—Ingeniero, lo están buscando las personas de la cooperativa. —*Sí, Magdalena, ya voy, gracias. En unos minutos estoy ahí.*

Me termino de vestir apesadumbrado. Quiero quedarme a disfrutarla, pero no puedo, así que me despido, a mi pesar, de una mimosa Mia que se despereza, coqueta y medio desnuda en la cama. Nunca me ha costado tanto realizar mis deberes.

Al verlo salir de la habitación, siento un gran vacío. Me gusta abrazar su tibieza al dormir, al besarnos o hacer el amor, me pregunto cómo he pasado tanto tiempo sin él y cómo lo alejé de mi vida en el pasado. Y siempre llego a la misma conclusión: Juliana. Ernesto no es, ni era, el tipo de chico que tendía a hacer ronda con el grupo que me había adoptado.

Estoy embriagada por él, por sus pies descalzos que juegan con la arena blanca, por con sus camisas deslavadas que yo nunca usaría y por sus rizos largos que se menean como las palmeras

con la brisa del mar. Me siento completamente inútil al ver lo que hace con esas comunidades, la manera tan sencilla en que les habla para ganarse el respeto por parte del equipo, su trabajo con el medio ambiente, su inteligencia y su liderazgo sin pomposidad.

He perdido bastante tiempo y autoestima con personas que no veían más allá de su nariz, hundiéndome en un mar de frivolidades en donde la ropa que estrenaba para cada evento era lo más importante para ser popular o aceptada. Muchas veces vi cómo me descartaban por otra más interesante, guapa, rica o más de moda que yo.

Borro de mi cabeza las meditaciones. Ahora yo soy la popular, tengo miles de seguidores y no soy la chica insegura y redondita que había sido, algo que me costó horas de ejercicio, aprender a comer sanamente, cuidar el cuerpo y el alma.

Me visto con el traje de baño. Quiero borrar los pensamientos del pasado que no me llevan a nada, así que mejor voy a aprovechar ese sol radiante al tiempo que espero a Ernesto. Pero, lo primero, hacer unas llamadas al equipo de Mia y tengo que darle vueltas a esas ideas que cocinaba para recaudar fondos para el proyecto del biogás.

Llego casi al atardecer, hemos tenido que solucionar algunas cosas en el laboratorio. Me causa frustración estar sin ella, pero, a mi pesar, la principal misión del viaje es trabajar. Al volver, la encuentro en el bar. Tiene un vestido suelto que deja su hombro al descubierto, sus piernas bronceadas se muestran por los lados, los pies se escapan de las sandalias y juegan con la arena. Los rayos del crepúsculo iluminan su cara.

Está libre de maquillaje, con una belleza natural que no siempre muestra, y está tomando una piña colada en el bar de los columpios. Balanceaba su cuerpo, platicando con un par de jóvenes que la miran hipnotizados por su sonrisa fácil.

Su chispa es tan mágica que roba el aliento.

De repente, salta dejando el columpio y, bailarina, se dispone a moverse en la arena, inmersa en la música rítmica, sutilmente provocadora. Ella se divierte, no quiere conquistar y todos los que están ahí se quedan perplejos al verla con los colores del cielo enmarcándola. ¡Es perfecta!

Sonríe invadiéndolos de su femineidad, embrujando a todos los que están igual que yo: perdidos. Uno de ellos la fotografía una y otra vez desde todos los ángulos y por mi mente pasa la idea de que esas imágenes eran, y debían de ser, solo mías.

Siento un fuego interno que me recorre la columna vertebral. Estoy cansado y sudado y verla así, hermosa, con esos dos hombres a su lado, me hace sentir inseguro. Ella es mágica, y yo, un simple y aburrido investigador universitario. Enojado, voy al *bungalow* para ponerme el traje de baño y salgo a nadar en la oscuridad del mar. Eso suele tranquilizarme.

Las olas me mecen con su tibieza y el enojo se va evaporando cuando veo que una silueta se acerca corriendo.

—¡Nieto! ¿Dónde estás?

Extiendo la mano.

—¡Aquí!

Pasa el vestido por su cabeza para correr al agua, nadando hasta donde me encuentro, y simplemente se cuelga a mi cuello. Se separa un poco, enfocando su mirada en mis ojos.

—¿Por qué no me avisaste cuando llegaste? Yo estaba subiendo una publicación. ¿Sabes que en el hotel hay un fotógrafo? Me tomó unas fotos preciosas para subirlas al perfil...

Y así lo hizo [#free@puntaallen].

—*Vi que estabas ocupada y no quise interrumpirte.* —¿Son celos lo que escucho, ingeniero Nieto?

Emito un gruñido que parece cualquier cosa menos una respuesta. Ella lo entiende y, abrazándome para infundirme seguridad, dice: —¡Te quiero, bb! No existe nadie más en mi vida que tú.

Yo aprovecho para sujetarla de la cintura. Nuestras respiraciones se mezclan y a lo lejos, en el bar, la canción de *Fever*, en voz de Michael Bublé, se escucha. Se pega aún más a mí, y empieza a cantarme al oído al sonido de ese suave ritmo de *blues*. Me besa los labios, y aunque yo estoy tenso, enojado, poco a poco mi cuerpo va reaccionando al calor del suyo. Poso mi mano en su espalda baja, acariciándola, nuestros cuerpos encajan perfectos. Me estremece sentir sus labios mojados en mi oído, en mi quijada, en la comisura de los míos. Abro la boca y me pierdo, tratando de tragarme hasta el último aliento.

Estoy embotado por su respiración y por el sabor del agua salada que nos ha invadido, que me hace perderme en el vacío porque, con ella, es especial. Con ella, soy ese hombre que nunca había sido, ese que solo se transforma cuando está cerca de María Legazpi: un torbellino de pasión.

—*¡Te amo, María Legazpi! Con todas tus personalidades, sé que necesitas libertad... Pero no puedo evitar sentirme celoso.*

Escondo mi cabeza en su cuello, ese es el único lugar en el mundo en el que quiero estar.

—¡Te mereces un masaje relajante! —*¿Sabes hacerlos?* —Claro, soy dueña de una cadena de spas, tenía que aprender. —*Pues entonces deberíamos de ponernos en marcha.*

Salimos del mar de la mano. La arena se pega en nuestros pies y el agua dulce se siente bien para remojar la sal. Al llegar al cuarto, me doy una ducha y ella aprovecha para prender velas pequeñas y poner música relajante en la pequeña bocina que carga en la maleta. Al momento, saca un bote de aceite y unos inciensos. Yo salgo con el pelo escurriendo y una toalla en la cintura.

—Es para tu masaje. Túmbate.

Me tumbo en la cama, expectante. En mi cabeza imagino que es una excusa de su parte para acariciarme y estoy deseoso. Ella, hábilmente, suelta el ajuste de la toalla y la deja reposando por debajo del estómago. Acostado boca arriba, empiezo a sentir los movimientos circulares en mi sien mientras ella jala mi cabello suavemente y desliza sus dedos por el vértice del ojo hasta el tabique nasal:

—*Esto es muy relajante, ¿dónde lo aprendiste?*

Trato de distraer la mente de sus manos, que me soban con una presión perfecta para deshacer los nudos. Pone una pequeña toalla en mis ojos y después, bajito en mi oído, dice: —Ciérralos y disfruta, no es momento de una conversación.

Callo hipnotizado por su voz, apago la mente y me dispongo a sentir cómo las manos se deslizan una y otra vez por los hombros hasta los dedos, que gira y jala lentamente. Al pasar su mano por mi piel, se eriza de sentirla tan cerca y cálida, deshaciendo la tensión muscular.

La furia que había cargado durante la tarde desapareció, desechando en su camino a los celos. Esas manos que consienten mi cuerpo son solo mías. Cuando llega el turno de los pies, sus dedos mágicos ejercen presión en la planta y en los tobillos para luego recorrer mis piernas una y otra vez.

Su mano, curiosa, llega inquieta deslizándose tentadora hasta la ingle. En el momento en que quiere escapar, mi mano la atrapa y mi cuerpo se gira y la envuelve olvidando el masaje. Tengo

en mente otro tipo de caricias.

—No es momento de jugar, señor Nieto, es momento de voltearse boca abajo. Falta la espalda y la parte inversa de brazos y piernas.

Siento sus senos tambalearse en mi espalda, mi cuerpo se vuelve loco mientras ella, con total naturalidad, vuelve a su trabajo, presionando más fuerte en los lugares donde suelo depositar el estrés. Me dejo ir por la relajante sensación del olor a limón y simplemente dormito con la mente en blanco. Al terminar, solo susurra en mi oído: —Ya puedes levantarte y vestirte, hazlo lentamente.

Después, simplemente desaparece en la ducha, dejándome un sentimiento de bienestar.

María Legazpi, cuando se decide a hacer algo, lo hace bien. Ya entiendo por qué son tan exitosos sus spas.

MICHAEL BUBLÉ - *Fever*



CAPÍTULO 18

A la mañana siguiente tomamos carretera de nuevo y nos dirigimos al hotel de mis amigos, Casa Malca. Entrar ahí te transporta instantáneamente a otro mundo, un mundo ecléctico, como lo éramos Mia y yo juntos. Casa Malca tiene esa simpleza de los hoteles junto al mar, con un *tuché* muy cosmopolita proyectado por Charmein.

—*Te encantará estar con ellos, son intelectuales y siempre tienen una plática muy interesante. Eliot es ingeniero, trabajaba en una empresa de software en Silicon Valley pero, cuando murió su padre, heredó millones de dólares de un seguro de vida. Decidió invertirlo todo en el hotel y ahora se dedica a su afición desde niño: escribir. Tiene varias novelas policiacas publicadas y es un adicto a la nota roja del periódico, de ahí saca sus ideas.*

Veo cómo me mira. Está nerviosa.

—Quiero agradecerles y no sé si lo haré. Yo soy todo menos intelectual... Y con eso no quiero decir que soy tonta, porque no lo soy, solo que mis intereses están centrados más en cosas terrenales. —*Les gustarás, no lo dudes* —contesto pasando mi pulgar con cariño por su mejilla.

El hotel la sorprende, como lo hace con todos los que llegamos ahí. Eliot sale al *lobby* a recibirnos y nos damos un fuerte abrazo después de saludar a su esposa, Charmein, con tres besos en las mejillas, como suele hacerlo recordando sus raíces francesas.

—*¿Y a quién le debo agradecer esta maravillosa sorpresa? Que te dignes a aceptar nuestra invitación... Ella debe ser la culpable, seguro que querías quedar bien. ¡Hola, guapa! Soy Charmein Pierrot, y ese con cara de pocos amigos es Eliot.*

Nieto responde con cara de ofendido: —*No digas eso, Char, varias veces al año paso a saludar.*

Charmein contraataca: —*Sí, solo un par de horas, ni duermes aquí. A ver... ¿Y tú cómo te llamas?*

María solo sonrío nerviosa. Después de todo, es lo que mejor sabe hacer: se gana la vida sonriendo.

—Yo soy María Legazpi, o Mia para los seguidores. —*¿Seguidores?* —Soy *influencer*. —*Ah, eso suena interesante, necesito que me cuentes más.*

Caminan por un pasillo que da a un pequeño bar. Mientras platica, le pasa el brazo a Mia para guiarla.

—*Nunca pensé verte con una chica con ese perfil, Ernest. ¡This girl is authentic! Not like Grace. ¿Alguna vez te ha platicado de Grace?* —dice Charmein sonriendo maliciosamente.

Mia sonrío y, haciendo un guiño a mi amiga, responde: —No, creo que no; solo conozco a su abogada que, por cierto también, le coquetea. —Ya, mujer, déjalo —añade Eliot. —*Esta chica tiene ángel y más inteligencia detrás de su página de influencer que todos nosotros juntos* —replica Charmein.

Eliot retoma la conversación: —¡Charmein, basta ya! Eres una entrometida. ¡Bienvenidos! Vamos a tomar algo para brindar, es un placer que estén aquí con nosotros, aunque sea por tan poco tiempo... A este mal agradecido no le gusta quedarse aquí, prefiere el *glamping*²¹. —*Ahora*

nos quedamos en el bungalow, no es excusa, más bien ya lo saben... queda más cerca del proyecto. Además, el presupuesto de la Universidad no incluye noches en Casa Malca y yo no puedo ser su obra benéfica siempre. Mi trabajo en la Universidad me permite pequeños lujos, pero no puedo pasar dos veces al mes unos días aquí. —Tú eres de la familia, Ernesto. Eres como un hijo para nosotros. Aunque, claro, un hijo bastante más mayor. ¡Yo todavía me siento joven!

Todos reímos. La vista es maravillosa y el ambiente también, ella no deja de tomar fotos con su celular mientras Charmein da sorbos lentos a su bebida, lista para interrogarme:

—Oye, ¿qué ha pasado con la propuesta de Columbia? —¿La vas a aceptar? —preguntó Eliot emocionado.

María me mira con curiosidad.

—*No sé todavía. Han pasado muchas cosas en mi vida últimamente.*

Observo a María y veo cómo mi amiga asiente clavándome los ojos. —*Ya lo veremos.*

—*Además, no sé si les conté, estuvimos involucrados en un asesinato en la universidad. María y yo encontramos el cuerpo. Fue el día en que me dieron el reconocimiento.*

—Eso no lo sabíamos —contestó Eliot.

—*Deberíamos pasar al comedor, esa charla no puede continuar con solo un Martini en el estómago. El chef nos tiene preparada una comida especial, para nuestros invitados.*

—*Allá podremos platicar con más calma, necesito saber todo al respecto.* —Guiña el ojo a Eliot.

Veo cómo las manos de María empiezan a temblar solo al recordarlo; todavía le cuesta dormir sin pesadillas. En ese momento, la abrazo y, con mis pulgares, le rozo el brazo hasta que siento que se serena. Ella solo me mira agradecida.

No puedo despegar los ojos de ella mientras me hablan. María curioseas el hotel, interesada por sus toques excéntricos. Sé que le gustan las cosas lindas, por lo que estar ahí es una experiencia placentera para ella. Quiero que le ayude a olvidar el miedo que todavía sufre a veces.

Brindamos, a la mesa no paran de llegar platos de distintos tipos. En Casa Malca saben consentir al cliente, y más si es amigo del dueño. Al ver los camarones en salsa de tamarindo, María dice:

—No creo que pueda seguir con la comida saludable, esto está fuera de mi dieta diaria.

Lo dice con la boca llena y con pulpo al relleno negro en el tenedor. Char, al momento que toma una tostada deshidratada de nopal a la que le pone un poco de ceviche de camarones con fruta de la pasión, añade: —*Casi todos nuestros platillos están equilibrados por un nutriólogo que trabaja junto con el chef. Nos importa la salud, las personas cada vez están más interesadas en eso, aunque tenemos delicias que se salen de cualquier dieta, como los chips de plátano. Tendrías que probarlas con el ceviche, ¡quedan fenomenal!* —Esto es delicioso. No puedo dejar de comer, y más con esta vista. Esto es un paraíso, podría vivir aquí.

Después de la comida, un joven nos lleva a la suite. Quedamos en vernos en el lobby bar a las 7:00 para la presentación de un saxofonista y una cantante.

La suite tiene una gran cama con vistas al mar y ventanas replegables que te trasladaban a una terraza privada con un gran jacuzzi. Los muebles contemporáneos, perfectamente armonizados con otros Luis XV, le gustan a María.

Al quedarnos solos, se recuesta en la cama extendiendo sus brazos y dice:

—¡Amo este hotel! ¡Me gusta hasta el aromatizante ambiental! Ándale, Nieto te toca salir en la foto [selfie @ casamalca # lovetriip] —¡Sabía que te encantaría, por eso te traje!

Sonríe al subir una foto de su hermoso rostro al perfil de Mia en Instagram.

Me recuesto a su lado, mirándola. Ella aparta mis lentes y se dedica a escalar mi cuerpo. Siento sus dedos rozando los míos, invitándome con una suave y tentadora conquista. Su boca se detiene abarcando con besos caprichosos, sumergiéndome en caricias que vuelcan en locura mi instinto y me extasían, haciéndome perder la voluntad. Me fundo en ella, en sus ojos cautivos, en su lengua enredada en la mía, en ese inhalar y exhalar de nuestros alientos que se conjugan en palabras de amor que apenas sabía que existían. Aspiro su esencia, saboreándola, uniendo nuestros cuerpos en un baile imparables que me hace tocar el cielo.

Nos quedamos hasta el atardecer, porque a cada instante nuestro fuego vuelve a arder una y otra vez, de todas las formas posibles en las que nos podemos comunicar. Perderme en ella es una adicción, yo soy un adicto. Sé que Charmein y Eliot dirán algo al respecto; me conocen muy bien y saben que yo no tengo ese tipo de desplantes: soy una persona que vive abandonado a la agenda, sin contratiempos ni aventuras. Es solo que Mia me tiene embobada la cabeza, palpitante el corazón y desbordadas las sensaciones del cuerpo.

Tiene razón esa canción de Sebastián Yatra que toca el teléfono de Mia mientras reposamos envueltos en las sábanas; recuerdo exactamente el primer día que la había visto en el jardín de infantes. Es mi primer amor y cómo funciona eso no lo sé: la química del cuerpo, las compatibilidades, los polos opuestos... Hay varias teorías químicas del amor y su duración. Lo que sí sé es que el amor profundo en las personas perdura y no se esfuma, a menos que haya causado dolor, solo se transforma.

Y nuestra relación se ha transformado.

SEBASTIÁN YATRA - *No hay nadie más*



²¹ Es una combinación de la palabra *glamour* y *camping*, se trata de un hospedaje para acampar al aire libre con todos los lujos de un hotel cinco estrellas.

CAPÍTULO 19

Al llegar al *lobby*, la presentación está por terminar. Nos acercamos avergonzados y, nerviosa, aprieto la mano de Ernesto.

—*¡Disculpas, se nos hizo un poco tarde, nos quedamos dormidos!*

A su lado, yo me sonrojo recordando las recientes sensaciones. Charmein sonríe y dice: —No sé preocupen, ya sabemos de esos retrasos.

Nos sentamos a tomar una copa de vino y empezamos a platicar. Al principio me siento en un interrogatorio; quieren saber todo de mí y hacen muchas preguntas a las que me siento obligada a contestar. Con los minutos la conversación se va tornando densa, platicando sobre política y ciencia, sobre el proyecto al que invitan a trabajar a Ernesto, los pros y los contras de aceptarlo. Pro: un sueldo mejor pagado; contra: un trabajo que proporciona más crecimiento y gratificación personal.

Pasan de unos temas a otros y yo observo cómo Ernesto, con su playera sencilla, sus viejas *birsquistak* y con el cabello largo y ondulado, se siente realizado, totalmente en su zona de confort. Brilla tanto que me veo a mí misma opacada. Me siento llena de conceptos capitalistas que ya no funcionan mientras él tiene ese interior apasionado, vivo, lleno de ideas vanguardistas que ni yo conozco. Se siente a gusto, no para de hablar y mueve sus dedos de una manera peculiar analizando temas que le interesan, como los procesos químicos en la fermentación del biodiésel, cómo han solucionado los problemas que enfrentaban por la falta de presupuesto o la inteligencia de los pescadores que, con poco, hacen mucho. Su interés está enfocado en crear un mundo más sustentable, más ecológico, y yo me siento una extraña ahí, observando brillar sus ojos verdes.

Mi cerebro se pierde en sí mismo. Sentir a Ernesto a mi lado me hace olvidar lo que nos había sucedido, la angustia del asesinato se disipa y las pesadillas no se aparecen por las noches.

Ahora estamos ahí, en ese hermoso lugar, con una decoración exquisita y armónica. El mar se ve a lo lejos y yo tengo una copa de merlot que disfruto chiquiteando con el recuerdo de los besos que recién hemos disfrutado. Me siento ajena a sus pláticas y, aunque deseo formar parte en la conversación, no puedo, porque no sé nada al respecto.

Yo cuido mis comentarios y doy otro trago a la copa de vino. No me puedo considerar como alguien altruista. Sí, me gusta ayudar a otras personas a mejorar, pero, a diferencia de él, para mí el dinero es importante para salir adelante. Un mayor sueldo y una mejor universidad cuenta más que cualquier idea soñadora. Yo soy una empresaria y me gusta ganar dinero, disfrutarlo y compartirlo. Al igual que beber esa cara copa de vino; es lo que mejor sé hacer.

He heredado el talento de mi padre, la habilidad para encontrar el negocio en la más nimia circunstancia y hacerlo florecer. En el momento en que encontré el hilo negro a través de mi papel como *influencer*, había podido descubrir en mí esa capacidad de crear algo; descubrir nichos de cualquier oportunidad. Al principio mi padre me ayudó, mi madre y su red promocionaron mis servicios, pero con mi gestión, después pude acrecentar mi negocio por mi cuenta.

Por todo esto, yo no entiendo por qué él no acepta un trabajo que significa un crecimiento económico, personal y, sobre todo, de estatus. Columbia tiene mejores instalaciones y presupuestos, eso significa desarrollo profesional.

Estoy enrollada en mis meditaciones cuando, después de mucho tiempo sin emitir ningún comentario, Charmein se dirige a mí y me pregunta: —¿Y tú qué piensas al respecto, María?

Lo pienso unos minutos y después suelto mi comentario sin meditarlo mucho: —Yo pienso que no deberías dejar pasar esa oportunidad. —*No sé... Tengo que evaluarlo bien... ¿Por qué opinas eso?*—Es una oportunidad grandiosa, un mejor ingreso, estatus... De eso se trata la vida, de ir mejorando. Para eso trabajamos. —*Tienes un punto; no obstante, a mí me gusta trabajar en la Universidad en México, ayudar a mi comunidad y devolver al país algo de lo que he recibido.*—Es verdad y es un poco idealista, ¿no crees? —*No me importa serlo. Si todos fuéramos más idealistas, este sería un mundo mejor.*—No podemos ser tan ilusos, el dinero es el que mueve al mundo... Sin él, tu proyecto no sería viable y no podrías tomar esta copa de vino en este hotel. Necesitas fondos para todos esos proyectos que quieres realizar y, la verdad, Columbia te ofrece un futuro prometedor. Tienes que ver también por ti, la vida no es solo trabajar por ayudar a otros, además si tú mejoras, tu entorno también lo hará... Algún día tendrás una familia, una esposa, y ellos necesitarán que tengas mayores ingresos, un equilibrio. Las familias cuestan mucho, pregúntaselo a Santiago, que se la pasa quejándose de las cuentas. —*No sé por qué estamos discutiendo mi futuro profesional; es una decisión personal y yo tomaré la mejor. Tú puedes hacer con tu vida lo que quieras y como lo quieras, de lo mío no tienes opinión...*

Lo dice de una manera arrogante, enojado y alzando la voz. El tiempo se detiene y no escucho nada más que un grito sordo que me recuerda a cuando era adolescente y me silenciaban.

La música parece pausarse, el ambiente distendido y alegre se esfuma. Mi cerebro está vacío y solo veo sus ojos, que ahora parecen dos rocas de hielo. Siento claramente que yo no soy parte de esa camaradería. Ellos pueden opinar y yo no, no soy lo suficientemente capaz.

Charmein y Eliot se quedan en silencio después del asalto que presencian y yo callo, como muchas otras veces lo había hecho cuando era más joven e insegura. La diferencia es que, ahora, la persona que me deja sin habla es alguien a quien amo. Y eso me duele.

—Discúlpame, no quiero ofenderte, la próxima vez seré más discreta al hablar.

Tomo mi pequeña bolsa y me dispongo a irme, pero antes de salir, añado:

—Vengo en un momento, voy al tocador.

Me levanto como lanzada por un resorte. Siento que el corazón se cae hasta mis pies. Nunca había imaginado a Ernesto hablándome de esa manera. Él suele ser sarcástico, crítico, mas su temperamento templado y suave siempre gana la batalla, nunca sale de sus casillas, las explosiones son mías. Me siento alterada y totalmente descolocada.

Camino unos pasos y me escondo detrás de una columna, donde recargo mi espalda respirando profundamente para contener el enojo, las ganas de llorar y la sensación de huir de ese lugar, de esa gente que me es ajena. Las lágrimas se agolpan mientras, con mis manos temblorosas, trato de abanicar la tristeza que me inunda. Resbalo mi cuerpo a lo largo del pilar, sin fuerzas. Las lágrimas rompen la barrera de contención de mis párpados.

—¿Qué hago aquí? ¡Es un fracaso! ¿Cómo hemos pasado de estar compartiendo besos a discutir?

Suspiro. Siento la brisa del mar sobre la cara, el viento me vuela el cabello y el vestido. Respiro, inhalando profundamente como lo he hecho tantas veces en el *mindfulness*. Tengo que

pensar; está claro que no puedo permanecer ahí. Quizás todavía estoy a tiempo para ir a Tulum y tomar un autobús para ir a Playa, con mi gente.

Abro los ojos cuando siento un abrazo fuerte y un suave susurro en mi oído:

—*Perdóname, no quería gritarte... No estuvo bien hablarte así, ¡soy un estúpido!*

Sus brazos me transmiten un calor reconfortante y su cuello es un lugar especial para esconder mi dolor. No supe cuántos instantes pasan, solo sé que se siente bien estar ahí, con sus brazos rodeándome. El corazón va volviendo poco a poco a su lugar y las lágrimas se convierten en sollozos que, a su vez, se transforman en suaves y pausados hipidos. A lo lejos, el grupo musical canta la canción de Lewis Capaldi, *Before you go*, con un profundo sentimiento. Yo siento que algo se ha roto entre nosotros.

—*¿Qué puedo hacer para borrar tu tristeza, la desilusión en tus ojos?*

Niego con la cabeza, queriendo alejar los fantasmas que se interponen. Sé que eso significa un parteaguas en nuestra relación.

—Pensaba regresar a Playa. —*¿Todavía quieres hacerlo?*

Separa con sus manos mi rostro escondido entre su cuello y me encuentro, entonces, con su calidez. El brillo ha vuelto, y también su amable ternura.

—*No sé qué me pasó, de pronto me siento inseguro. No quiero hacerlo. Prometo no volver a causar lágrimas en tus ojos. Eres lo más importante, pero me es difícil pensar en pareja.*

Lo dice despacio y con sus pulgares seca la humedad restante. Dejo de pensar, solo busco su boca tratando de que, con ese beso, desaparezca la tristeza y la desilusión que me ha inundado por unos minutos. Él está desesperado asaltando mi boca, como si en cada aliento pudiera transmitirme sus disculpas.

No decimos nada más, volvimos y cenamos con sonrisas frágiles y charlas dispersas. Por la noche me hace el amor suave y pausadamente.

Cuando nos cubre el silencio, dudamos si nuestro amor se va escapando poco a poco, como arena entre las manos, y nuestra relación tiene una fecha de caducidad.

Amanecemos enredados, no queremos dejarnos ir. Cuando abro los ojos, él ya está despierto. Me acaricia suavemente el rostro y besa mi frente:

—*No quiero volver a perderte, nunca más me voy a separar de ti.*

Nos despedimos de Charmein y de Eliot, tenemos que tomar el vuelo por la tarde para regresar a la Ciudad de México. No volvemos a tocar el tema, yo trato de proteger mi corazón y él, sus ideas. Me deja en la puerta de mi casa con un suave abrazo, es una ofrenda de paz. El taxi lo espera.

Los dos estamos cansados y no queremos hablar.

LEWIS CAPALDI - *Before you go*



CAPÍTULO 20

Después de la escapada romántica, el trabajo se juntó y no había tenido tiempo para hacer un balance en torno a nuestro viaje. Para mí, todo es más fácil si ubico los pros y los contras. No es algo numérico, más bien es poner en papel las ideas y así, aclararlas. Al llegar la abrumadora vida de Mia, mi vida se ha transformado, de nuevo, en un torbellino.

Mi día a día de la oficina es un caos: contestar seguidores, postear, ver las cuentas del spa, la tienda, atender proveedores, eventos y, por si fuera poco, planear el viaje a la Fashion Week en Nueva York. Tengo que elegir entre los diferentes *outfits* que usaría cada día y para la agenda he decidido utilizar solo modelos mexicanos, desde un RaquelaO hasta las chicas de Pinkinolia. Agendar citas con los diseñadores es difícil de coordinar, todos estamos a *full* de trabajo, por lo que, a veces, quedamos por la noche o a la hora del almuerzo, cosa que complica mis encuentros con Ernesto.

Mi corazón lo extraña, pero hay algo en ese balance que hace que lo tenga un poco alejado. Deseo echarlo de menos para que todas esas dudas, razonables o no a causa de nuestras diferencias, se borren y dejen de importarme.

Mi mundo es el mundo de Paris Hilton y yo soy la chica material. Él es como un Dimitri Murátov, el Premio Nobel de la Paz.

Espero que la distancia y el viaje a Nueva York me aclaren la melancolía que bulle en mi interior y me desconcentra.

—*Mia, te está buscando Ernesto Nieto en la entrada, ¿lo dejo pasar?* —me dice la chica de recepción.

—¡Claro, que pase!

Me levanto para recibirlo y nos encontramos en el pasillo. Él me mira con una especie de consternación, los demás murmuran silenciosos al respecto. Todos saben quién es Ernesto porque, aunque yo no se lo he presentado, siguen la página y las últimas publicaciones de Mia son con él.

—*¿Por qué todos me ven de esa manera?* —Ven, vamos al privado.

Al entrar nos abrazamos suavemente y me parece un poco frío. Percibo su angustia por el rumbo que está tomando nuestra relación y lo beso tratando de infundirle una confianza que ni yo tengo. Poco a poco, sus músculos tensos van soltándose.

—¡Qué sorpresa que estés aquí! ¡Me encanta! —*¿Lo dices de verdad? Porque tengo esta sensación de que me estás evitando. Llevamos una semana aquí y no te he visto.*

Tomo su rostro entre las manos y pongo mi frente recargada en la suya. Cierro los ojos sin querer abrirlos, temo que la duda se refleje en mi mirada.

—Lo siento, no es eso, es que he tenido mucho trabajo. La Fashion Week es la semana próxima en Nueva York y yo he estado coordinando agendas con los diseñadores para los vestuarios y las actividades que presentaremos en redes. Además, me pidieron de televisión unas pequeñas cápsulas informativas. Total, que estoy como loca. —*Te entiendo, solo quiero*

comprobar que todo entre nosotros está bien. Si estás complicada, cuando tengas un tiempo me llamas y organizamos algo.

Tocan a la puerta y Diana entra intempestivamente.

—*Mia, llamó el estilista, confirma su asistencia a Nueva York.* —¡Perfecto! Nadie conoce mi cabello como él. ¿Ya te confirmaron el atuendo para la gala? —*No, estoy en eso, en cuanto me confirmen te aviso. Los boletos y las reservaciones ya están listas, no hubo lugar en el Plaza, conseguimos en el St. Regis.* —¡Excelente, Diana! Eres la mejor.

Nos quedamos solos otra vez y se acerca de nuevo en un segundo intento. Coqueto, me toma de la cintura:

—*¿En el St. Regis?* —Es parte de la mercadotecnia, los clientes pagan. Si vinieras conmigo, lo podríamos disfrutar juntos. —*No me has invitado.* —Nunca has mostrado interés, pensé que estos eventos frívolos y materialistas no van contigo y... Yo soy como Madonna, una chica material.

Se acerca y me quita un lápiz que tengo en la cabeza. El cabello se desparrama sobre los hombros y él empieza a jugar con él.

—*Los eventos no, claro que no me gustan. Los odio, pero tú sí me gustas.* —Susurra en mi oído, su aliento tibio me pone nerviosa. Después, se separa añadiendo—: *Y si vas... podría evaluar ser tu pareja.*

Se acerca a mi boca y la mordisquea suavemente. Me besa con cuidado, los dos sabemos que nuestra relación pasa por una frágil situación. Inesperadamente, sopla detrás del oído, algo que yo adoro, y mi cuerpo se eriza sin pedir permiso. Nieto se separa y me reta:

—*Me voy, te dejo trabajar. Si puedes escaparte, sabes dónde encontrarme; me encantaría volver a soplarte detrás del oído. ¡Te quiero! ¿Lo sabes? Pásame la agenda de la Fashion Week cuando ya esté definida, para estar al pendiente de tus movimientos a la distancia.* —¡Sí, claro! En cuanto la tenga, te la comparto.

Esa noche, agotada y hambrienta, llego a su casa de improviso. Son las once de la noche, pero yo necesito sentir su aliento en mi oído y el trabajo no me va a arrebatar ese placer.

Los días siguientes transcurren deprisa, tengo citas todo el día hasta muy tarde, estoy a *full* de trabajo. Una noche que salgo un poco más temprano, cenamos juntos y me quedo dormida en el sofá mientras vemos una película. Ernesto esa noche duerme en casa y, después de desayunar, los dos volvemos a nuestras rutinas diarias.

El día del vuelo estoy nerviosa. He repasado papeles y equipaje varias veces por la noche y todo está ok. El equipo está listo: Diana, mi incondicional; Joel, encargado de redes; Julio, el estilista, y yo. Después de hacer el registro, cuando nos disponemos a pasar a la sala de abordaje, una sensación inquieta me invade. Me paro en seco y les digo:

—¡Pasen! Diana, dame un minuto. Ahora los alcanzo, quiero hacer una llamada.

Me hago a un lado de ellos y los otros pasajeros pasan por la línea de entrada. Busco un número en la agenda del celular y marco temblorosa.

Unos labios postrados en mi cuello me hacen saltar, alejándome bruscamente, y un timbre de celular conocido empieza a sonar a mi lado:

—¡Ernesto!

Giro mi cuerpo y sus brazos me acogen. La angustia desaparece cuando me sorprende con un beso.

—¡Estás aquí!

—*Voy contigo, quiero probar esa cama del St. Regis. También tengo una entrevista en*

Columbia.

Lo miro sonriente, no quiero jalar de más la cuerda.

—¡WTF²²! ¿Ya te registraste? —Sí, *lo hago desde casa.* —¿No llevas equipaje? —*No, solo esto.*

Me lo dice mostrándome una *back pack* que lleva al hombro. Nos tomamos de la mano y pasamos a la sala de espera.

—Me da gusto que estés abierto a tus oportunidades. —*Espero que este viaje pueda compensarte el pasado.*

Lo amo más de lo que ya lo hago. Me siento feliz y estoy convencida de que la propuesta de Columbia es buena para él.

Tengo un poco de temor, no sé si voy a conseguir alternar mis tiempos con él, porque Mia tiene muchos compromisos de trabajo. [#NYCfashionW] [#LOVE]

—Deberías de sacar una cuenta para etiquetarte, bb. —*No lo creo, Mia.*

MADONNA - *Material girl*



²² ¡Qué cojones! / ¡Qué sorpresa!

CAPÍTULO 21

Desde que aterrizo en el aeropuerto JFK en Nueva York, el caos empieza. Hay multitud de viajeros moviéndose rápidamente por los pasillos, luchando por llegar antes a una fila interminable en donde el personal de inmigración hace preguntas y te permite o prohíbe la entrada a Estados Unidos.

Después de la tediosa espera y la inquisitiva entrevista del personal de migración, salgo a la sala de entrega de equipaje, que es un bodegón con muchas hileras de bandas que mueven, sin parar, miles de maletas distintas: coloridas, serias, formales, duras, sin rueditas y bolsos de viajeros que contienen pertenencias inimaginables de otras partes del mundo. Representamos una multitud ecléctica que llega de los lugares más recónditos y somos bienvenidos al acelerar de la ciudad más cosmopolita del mundo, con sus taxis amarillos y su tráfico insufrible.

El equipo sale con nuestras maletas gigantes y por las cuales hemos pagado exceso de equipaje. Ernesto nos espera observando el móvil; él solo carga la pequeña bolsa que había metido a cabina. Yo me pregunto qué podría tener en ese pequeño equipaje. ¿Unos *jeans*, dos camisas y un par de *boxers*?

Salimos y Ernesto ya ha contratado dos taxis, porque el equipaje no cabe en uno solo. En el primer taxi vamos Ernesto y yo, los demás en el segundo, todos camino a nuestro destino: el hotel St. Regis de Nueva York.

Foto [#welcome@NY].

Al subir al coche, saco la bolsa de viaje y, de ahí, un espejo. Tengo que maquillarme, recoger mi cabello en un moño suelto medio despeinado y cambiar mi *outfit*; necesito hacer una *story* de mi entrada al hotel.

—¿Qué haces? —Discúlpame, es que me tengo que arreglar para la historia de la entrada al hotel y hacer un pequeño video para agradecer a los patrocinadores. La chamarra es de la última colección de una joven diseñadora mexicana y la tengo que postear, son los que pagaron nuestra *suite*.

Le guiño el ojo y empiezo a trabajar en lo mío mientras pasamos por las calles de la ciudad llena de tráfico, coches y ruido. Miro a Ernesto de reojo cuando el taxista se incorpora a la Borden Avenue. Mientras tanto, él se pierde en el recorrido. Más adelante, tomamos la Madison Street. Su mano reposa relajada en mi pierna y, después de unos minutos, se acerca a mi oído:

—No necesitas hacerte mucho. Eres preciosa. Lo sabes, ¿no? —Tengo que lucir perfecta, es lo que buscan mis seguidores: una persona impecable y feliz paseando por una ciudad de ensueño en una vida de cuento. Es mi trabajo. Lo sabes, ¿no?

Él solo asiente.

Al llegar al St. Regis, nos recibe el *bellboy*. Yo camino jalando una pequeña maleta Rimba, que también promocionamos. Diana permanece atrás grabando mientras que Joel y Julio le ayudan con el equipaje. Aprovecho para hacer una entrada un tanto aparatosa, triunfal, sonriendo de manera teatral. Veo de reojo cómo Ernesto se mueve incómodo, como satélite, sin saber qué hacer, dónde ponerse o qué paso seguir.

Así es mi vida: subir historias de experiencias que pocas personas pueden pagar para que otras lo vivan y lo deseen a través de nosotros, simple mercadotecnia instantánea. Ese es mi trabajo y, aunque a veces me ha cuestionado la ética moral dentro de las representaciones que a diario posteo y su efecto en los otros, de eso vivo. De hecho, vivimos muchos. Es nuestro negocio.

Después de pasar por la imponente recepción de techos pintados a mano y pisos de mármol lustrosos, nos asignan una habitación en el piso seis. Al llegar, veo que destila elegancia clásica, enmarcada por un azul rey en las cortinas que resaltan la sencillez de los colores crudos en el resto del mobiliario.

¡Es divina!

—¡Uff, me encanta! Es como si me transportara a otro mundo, contrasta totalmente con Casa Malca, ¿no crees? Me gusta más el estilo rebelde de allá, pero estos hoteles elegantes me hacen sentir verdaderamente una persona especial.

Me tiro en la cama y tomo una foto para la página [#lovethisbed@stregisny]. Estiro mi cuerpo como un gato en ese suave edredón blanco de mil hilos y acerco mi nariz. Huele a una fragancia fresca, a limpio. Al pasar mi mano se siente delicado; me gusta tocar las cosas que me gustan y en ese momento el algodón egipcio se siente como magia en mis manos.

—*No sé, a mí estos hoteles tan decorados me hacen sentir un poco incómodo, prefiero algo más informal... Siento que voy a deber hasta la vida si rompo algo por descuido. El personal te inspecciona, te revisan hasta la marca de los calzones y creen distinguir el monto de mi cuenta bancaria solo por mi manera de vestir. De seguro no les gustan mis Lewis y mis Mike. A ti te tratan mejor por el glamour que sueles manejar, yo me siento totalmente fuera de lugar.*

Lo miro caprichosamente. Deseo besarlo y tenerlo junto a mí. Me quito los zapatos y arrojo la chaqueta al sillón.

—Ven.

Lo digo con voz ronca, jalándolo de la chamarra. Se acerca y mis manos desprenden su playera. Mis labios se acercan peligrosamente a los suyos; sé que pronto tendré que irme y deseo besarlo más que nada. Aunque somos extremadamente opuestos, esa conexión física existe y nos deja fuera de todo pensamiento racional, en una danza exótica que armoniza con las manos curiosas que quieren redescubrir, comunicarse por medio de caricias.

Ring, ring, ring, ring, repiquetea el teléfono insistente.

—*No contestes, ignóralo.*

Me susurra roncamente, soplándome al oído.

—No puedo hacerlo.

Me separo rompiendo la magia para contestar el teléfono.

—¿Sí?

—*Mia, tenemos la cita con el de Relaciones Públicas de Mike Core en media hora, en su boutique de la Madison, muy cerca de aquí. Es para la cápsula televisiva. Nos tenemos que ir ya, si no, no vamos a llegar a tiempo. Tienes que ponerte la playera y los tenis con la marca que nos mandaron la semana pasada.*

—Sí, está bien, dame cinco minutos. Me tengo que ir, amor.

Nieto me mira decepcionado.

—*No te preocupes, quedé para ver, en un rato, a un amigo que trabaja en Columbia, me va a aconsejar antes de ir a la entrevista. Nos vemos más tarde.*

Se levanta y pasa al baño. Mientras, yo saco la playera y los tenis para ponérmelos.

La magia se esfuma y queda un ambiente tenso.

Paso al baño cuando él sale, necesito refrescarme un poco y darme un último retoque.

—¡Lo siento! Es trabajo. ¡Te amo! Voy a tratar de terminar pronto para cenar juntos.

Bajo al *lobby* rápidamente y cuando vamos en el taxi busco esa canción de Dolly Parton, *Workin 9 to 5*. Así van a ser mis próximos días y espero que Ernesto lo entienda.

Llego a las doce en punto. Después de Mike Core, hacemos un recorrido por las *boutiques*, por los lugares *trendy* y ceno con Mami Glammy, otra *instagramer* mexicana que está aquí por la Fashion Week. Cuando llego para disfrutar de mi hermosa habitación en el hotel St. Regis, me encuentro con Ernesto roncando plácidamente en esa cama con sábanas de algodón egipcio y lo está haciendo solo, abrazando una almohada. Quise ser esa almohada.

A las 8:00 de la mañana abro los ojos, aún cansados del ajetreo del día anterior. Me despierta el ruido de la puerta; es el servicio a cuartos con una mesa con el desayuno.

—*No sabía qué querías pedir... Me tengo que ir pronto y, como pensé que no te iba a dar tiempo para bajar a desayunar juntos, pedí, café, bollería y fruta.* —¡Me encanta la idea! Paso al cuarto de baño, cuando salga, comemos.

Al salir, lo veo en el sillón orejero leyendo unos mensajes en el celular. Me acerco y me siento en sus piernas. Me siento coqueta con ese camión de seda que traigo puesto, quiero retomar lo que ayer dejamos inconcluso. Acerco mi rostro a él. Huele a limpio, a gel de baño con olor a hierbas. Lo beso al tiempo que le quito el teléfono de las manos y los lentes para ahondar en el beso, pero me lo impide tomándome de la muñeca.

—*Me tengo que ir, preciosa. Mi cita es a las nueve. Comamos algo rápido, ¿no?*

La Antártida se interpone entre nosotros.

Hasta ahora, la promesa de probar juntos esa cama del St. Regis no ha sucedido.

DOLLY PARTON - 9 to 5



CAPÍTULO 22

Me duele dejarla, no tengo cabeza para nada más. Ayer la espera había sido larga y tuve la esperanza de que volviera a tiempo para cenar juntos hasta que envió una foto con dos *instagramers* más. Definitivamente, no pensaba volver al hotel, el plan se había cancelado. Pero ahora tengo que concentrarme en mi cita con el encargado de la Escuela de Clima de Columbia.

El departamento busca liderazgo y soluciones para hacer un mundo más verde y ecológicamente responsable. Es una gran oportunidad para mí, Mia tiene razón. Tendría más presupuesto para promover y solventar proyectos de investigación con soluciones sustentables... Podía negociar una colaboración con mi Universidad en México y, de ahí, saltar a MIT o a Caltech, que son instituciones más científicas.

Decido tomar el metro. Si estoy pensando en mudarme a esa ciudad de locos, tengo que empezar por conocerlo, es básico. Tomo la línea azul rey, la E, en la estación de la quinta avenida y la 53 St. hacia el *downtown* y a Brooklyn.

Es temprano para mi cita, aun así, lo agradezco porque el metro se encuentra abarrotado. No llevo nada en la mano y voy solo, lo que me facilita el acomodo en una pequeña esquina. Estoy de pie, la gente entra y sale en cada estación y la diversidad de razas me sitúa en la realidad cotidiana de Nueva York. Ahí nadie puede sentirse diferente, todos lo somos.

Cuando los viajeros se mueven, tengo la oportunidad de sentarme en un espacio desocupado. Espero dos paradas más para bajarme en la 50 St. y camino unos minutos para tomar la línea roja, que me lleva hasta la calle 116 St., la estación de Columbia. Es relativamente fácil. La noche anterior, mientras esperaba a Mia, había estudiado el recorrido y eso me facilitó la llegada.

Es contrastante el abarrotado mundo de los subsuelos con la jungla de los rascacielos te deja sin palabras, anonadado.

Sin embargo, al llegar al campus y caminar por el *college walk*, la ansiedad desaparece. Ahí hay un dinamismo diferente que te atrapa al entrar por las hermosas rejas que delimitan el campus. El ambiente es otro.

Al finalizar la caminata por el pasillo custodiado de árboles ancestrales, observo una multitud de jóvenes caminando, sentados o charlando en los *low steeps* de los grandes edificios que forman parte de ese gran *hall*. Y me siento feliz.

Me quedo de ver enfrente de la Butler Library. Como he llegado temprano, aprovecho para hacerle una visita. El edificio por fuera es magnificante y yo, que me siento orgulloso del acervo de mi universidad, al ver esta biblioteca y sus seis pisos llenos de libros me quedo sin palabras. Desde que das el primer paso, el arte y la historia te engullen; sus murales y sus grandes candelabros iluminan el *hall* principal lleno de jóvenes estudiando. Y esta solo es una de las seis bibliotecas con las que el campus cuenta.

La universidad se encuentra dentro de la ciudad, es parte de ella y está flanqueada por Broawday Avenue y por Amsterdam Avenue.

Minutos más tarde me encuentro con el doctor McDowell, encargado del proyecto. Me recibe cordialmente y me da un *tour* por las instalaciones para después llevarme a su oficina. A través

de la charla puedo darme cuenta de que tienen suficiente información sobre mí y sobre el proyecto de biogás. Están entusiasmados por los resultados y a favor de ese toque social hacia donde lo habíamos enfocado: ayudar a la comunidad y ser parte de la mejora del medio entorno.

Es fácil charlar con él, tenemos muchos intereses en común y me doy cuenta, al final de la entrevista, que me gustaría trabajar ahí por lo que, después de presentarme a otras personas del departamento, quedamos en tomar *lunch*²³.

Cuando salimos en dirección al restaurante, recibo una llamada de Mia.

—Hola, amor. ¿Cómo te fue en la entrevista? —*Excelente, estoy emocionado. El laboratorio que tienen es de punta y el equipo de trabajo me ha recibido de lo mejor. El doctor McDowell y yo hicimos clic al instante, creo que podemos forjar una fuerte amistad, acepte o no el trabajo. Tenemos muchas cosas en común, de hecho, ahora vamos a comer juntos. ¿Tú qué tal?* —Yo bien, vamos a entrar a la siguiente pasarela. Me acaban de invitar a una gala y quiero que vengas conmigo. —*No tengo qué ponerme, Mia.* —Tú no te preocupes por nada, yo te consigo todo. Ándale, acompáñame, porfis. —*Bueno, está bien... Te dejo porque me están llamando.*

Cuando regreso al hotel, el cuarto es un caos. Hay vestidos tirados por todos lados y el equipo de Mia trabaja en el maquillaje y peinado. Tengo una hora para estar listo, por lo que tomo lo que me pasa Diana y me meto al baño. Al salir, toda la algarabía que había al principio se ha esfumado. Ante mí está una Mia que parece una modelo de cualquier pasarela dispuesta a hacer una entrada triunfal, peinada a la perfección, maquillada de manera que su piel tiene un brillo diferente y resaltan sus grandes ojos. Siempre está arreglada y es bonita, pero, en esa ocasión, está arrebatadoramente sexy.

—*¡Estás hermosa!* —¿De verdad te gusta?

Me acerco y la abrazo suavemente, temo arrugar su vestido. Su olor a perfume invade mi olfato y me emociona solo tenerla así, entre mis brazos, y pasar mi nariz por su piel perfumada. Mi mano viaja lentamente por su piel suave y bronceada. Quiero despintar sus labios, arrancarle el vestido dorado ajustado a sus curvas perfectas y que todos sepan que esa es María, no Mia, y que me pertenece por completo.

Me separo, no quiero que vea lo trastornado que estoy. Tengo que bajar la temperatura de mi cuerpo, de lo contrario su maquillaje, vestido y peinado corren peligro. Tenemos días deseando estar solos y postergándolo.

—*No quiero arruinar tu look.* —¿Te gusta el vestido? Es de L. Saravia, una diseñadora mexicana. —*Se te ve muy bien.*

Lo digo pasando mi mano por su cadera.

—Tú también te ves bien.

Me jala del cuello de la camisa.

—Te voy a anudar la corbata. —*¿Sabes cómo hacerlo? ¿Y es necesario que me vista así? No es mi estilo.* —Lo sé, fue lo que pudimos encontrar, los diseñadores que trabajan con nosotros son bastante estafalarios.

Me anuda la corbata, sus labios se deslizan sobre los míos sin tocarse; es como si solo se tentaran. Siento su aliento tibio, que me provoca una descarga eléctrica, y una idea se estaciona en mi mente. La amo.

Odio lo que me está haciendo hacer: el circo del atuendo de gala con telas brillantes y el hotel elegante que me repele por tanta ostentación y parafernalia. Pero no puedo esconder que a ella la amo con toda su esencia, sin tapujos ni accesorios, con todo lo que significa Mia en mi vida: su

ternura, su pasión, su ingenio, la manera de plantear la vida racional y hasta su risa contagiosa. Todo eso me tiene vuelto loco.

Al llegar al Cipriani de Wallstreet, quedo impresionado. Es un lugar exageradamente lujoso y, aunque no tengo idea de qué evento será, está claro que es por todo lo alto.

—Es la gala de la AMFAR, The American Foundation for AIDS Research, y juntan dinero para financiar estudios del sida. Yo normalmente no asisto a este tipo de lugares, son demasiado costosos para mis patrocinadores, pero una compañera *influencer* francesa se tuvo que regresar y me cedió sus dos boletos.

Nos bajamos del taxi entre limosinas, Ferraris, Rolls-Royces. Es un mundo opuesto al que vive mi pequeño pueblo pesquero de Quintana Roo, es más, ese es un mundo alterno al de muchas personas en el planeta y de la misma ciudad de Nueva York, que en este momento se debaten entre la pobreza y la desesperanza.

Yo me acomodo los lentes y pego mis brazos tensos a los lados de mis hombros; me siento completamente ajeno. Al ver a la prensa nacional y latinoamericana, Mia se acerca sonriente para que le tomen fotos y me jala de la mano a un rincón en donde nos entrevistan. Los *flashazos* brillan por todas las direcciones y mis ojos arden incómodos por tanta luz, odio el ruido.

A ella le hacen preguntas acerca de moda y de la página, y ella actúa como si fuera otra persona, lo siento cuando me abraza y me besa, coqueta. Cuando le preguntan por mí, dice que soy un investigador que trabaja en la Universidad de Columbia, posando para que tomaran más fotos de nosotros.

Yo me siento expuesto. Esa es mi relación, mi vida y, aparte de eso, es en una realidad distorsionada, todavía no he aceptado el puesto en Columbia, solo ha sido una entrevista, ella lo está dando por un hecho. Empiezo a sudar y dejo de escuchar lo que dice, en mi cabeza solo un sentimiento da vueltas, nadando entre la furia y la supervivencia. Mi interior me ruega que huya de ahí, de ella y los adornos que cubren su fingida vida como *instagramer*. Estoy furioso.

Tengo a todas las cámaras observándonos y mi cuerpo se tensa. En ese momento, mi frialdad se puede oler y mi mirada de enojo se dirige a todos lados menos a los ojos de Mia, que me busca con complicidad. Yo no soy su cómplice, soy su juguete y me siento utilizado.

Tras la entrevista y las fotos, una señorita nos acompaña a los lugares asignados. Al sentarse, Mia saluda con su hermosa sonrisa a los otros comensales y yo no puedo estar más incómodo. A su lado, un hombre moreno, mulato, le coquetea sin importarle ni la rubia que lo acompaña ni mi presencia. Según proclama, es dueño de una tienda de lujo brasileña. Mia sabe curvar sus labios, como si hubiera nacido para hacer eso, conoce el efecto que produce en los demás y mis celos e ira se incrementan como lava ardiente.

Me levanto de la mesa disculpándome y detengo mi paso a medio camino entre el baño y la salida. Espero a que mi enojo se vaya esfumando. De lejos, veo cómo el hombre le toca el hombro y la pierna.

Al ver que no regreso, Mia va en mi búsqueda y me encuentra junto al baño, decidiendo qué hacer.

—¿Qué pasa, Ernesto? —¿Qué pasa? —Sí, te estoy preguntando qué te pasa. —*No puedo creer que finjas no darte cuenta... El hombre de tu lado te está toqueteando toda y te dejas, mientes de mi profesión porque te sientes avergonzada, actúas, actúas y vuelves a actuar, y toda esta representación de mierda me tiene estúpidamente cansado. ¿Qué quieres? ¿Que me comporte como un macho alfa y le rompa la cara al estúpido que está a tu lado? Yo no soy así. Si quieres que me ponga a pelearme con él por ti, te equivocaste de hombre. Me voy, no me*

*gusta que me vistan como si fuera un Ken*²⁴. Estoy cansado y muy enojado. ¿Te vienes conmigo o te quedas con él? —No me puedes dejar, siempre había soñado con venir a este evento y no te puedes ir así, sin más. Espera un momento a que sirvan la cena y nos vamos juntos.

No la escucho, salgo y tomo un taxi.

El taxista escucha en la radio a Dua Lipa con *Break my heart*, mientras canta como si fuera la misma cantante. La letra de la canción habla sobre que ella es siempre la primera en huir y me pregunto si yo soy así, porque en ese momento, huyo igual que ella.

No quiero estar ni un minuto más en Nueva York ni en la vida de Mia, la *influencer*... Odio la canción y el ruido que produce, así que me bajo en un bar irlandés que se encuentra abierto. Busco acompañar la decepción y pido un whisky para pasar el mal trago.

El tiempo vuela mientras me siento miserable ahogando mis penas. Regresaré a México cuanto antes y cambiaré mi vuelo; necesito a toda costa huir de aquí para ordenar las ideas.

Llego al hotel tambaleándome. Me he quitado esa corbata estúpida de terciopelo, nada más falta que recoja el equipaje. Cuando entro en la habitación, ella está sentada en el sillón con el rímel corrido, ha llorado. Yo he tomado y todavía estoy borracho, pero no quiero hablar. Me tiro en la cama. La cabeza me da vueltas y no sé más.

Cuando despierto, horas más tarde, la observo en el mismo lugar. No se ha movido.

—*Me voy en el próximo vuelo a México. Si me quedo, solo complicaremos las cosas, nos vamos a lastimar.*

No dice nada, solo asiente y se mete al baño.

Yo me cambio y me voy al aeropuerto. No me importa esperar a que salga el próximo vuelo. Ahí, con tantos demonios en la cabeza, tendré tiempo para meditar. Ya descansaría cuando llegara a casa. Después de todo, no tengo la obligación de presentarme en la Universidad porque no me esperan hasta dos días después.

DUA LUPA - *Break my heart*



²³ Comida.

²⁴ Novio de Barbie.

CAPÍTULO 23

Regresar a mi mesa y fingir que no pasa nada es una tarea titánica.

Uso toda mi experiencia como actriz, esa que perfeccioné en la secundaria cuando fingía con Juliana y sus amigas, cuando sufría porque mis padres me ignoraban o, simplemente, cuando los chicos no se fijaban en mí y preferían a las chicas talla cuatro. Ahora yo soy talla cuatro y los hombres me buscan. Soy una mujer exitosa y no puedo volver a sentirme como una adolescente.

Soy Mia, visto de L. Saravia y estoy en una gala de la Fashion Week con gente guapa y exitosa, no me voy a permitir sentirme triste y miserable. Ernesto Nieto no jodería mi noche, por lo que regreso con esa sonrisa hermosa que pongo en mis historias, aun cuando la cabeza está a punto de explotar.

El empresario brasileño que ha coqueteado conmigo toda la noche me pregunta por mi acompañante y se alegra en el momento que le digo que ha tenido una emergencia. Ignora a la rubia que lo acompaña y se dedica a mí.

—Me tengo que ir, Joao, es tarde y mañana tengo unos eventos temprano. —*Déjame acompañarte a tu hotel, o ven al mío a tomar una copa.* —No, no creo que sea lo correcto, tu acompañante se sentirá decepcionada. —*No me importa.* —A mí sí.

Cuando salgo del lugar, me siento liberada. Voy en el taxi enojada con Ernesto por dejarme sola con ese hombre para el que las mujeres representan solo un adorno. Pienso en él, en su educación y en su trato amable, siempre tan inteligente y dulce. Lo amo, pero no voy a dejar que maneje mi vida, mis comentarios, ni lo que publico en mis redes.

Arranco los aretes que aprietan dolorosamente los lóbulos de las orejas, me masajeo los pies doloridos y retiro algunas horquillas del cabello que se encajan en el cuero cabelludo.

En la parte posterior del taxi, me siento en una burbuja. Reposo mis hombros y cierro los ojos, para descansar un poco... Ese hombre me va a escuchar cuando llegue al hotel.

Al llegar a la habitación está totalmente oscura y pienso que estará durmiendo, por lo que entro sigilosamente a prender la luz del baño. Con la luz tenue, al voltear a la cama para verle, la encuentro perfectamente tendida. Busco sus cosas y siguen ahí. Todo el éxito de hace unos minutos se derrumba desgarrándome por dentro, yo no quiero pelear lo amo, pero él necesita aceptarme, como un todo, soy un todo ¿O no? Me siento en el sillón y comienzo a llorar, filtrando la tristeza por los ojos.

Lo ha estropeado. Ernesto Nieto es un egoísta, ¿dónde estará a estas horas de la noche? Me tiene con angustia, ¿y si le sucedió algo?, no contesta mis llamadas.

Un llanto desesperado alcanza mis ojos, pero no debo llorar. Mia no lo hace, porque se le hinchan y enrojecen los párpados y, además, salen bolsas debajo de los ojos y eso no se ve bien en cámara. Pero desde que estoy con él, llorar se ha vuelto una costumbre, igual que secar mis ojos con pañuelos desechables para enfrentar sus desplantes.

Me arranco el vestido que me incomoda, me pongo un kimono de seda y me siento en el sillón a meditar. ¿Por qué se ha trastocado mi vida de esa manera? Soy feliz sin él. ¿Realmente lo soy? ¿Lo necesito?

Vuelve en la madrugada completamente borracho, me ignora y se tira en la cama. Desde el sillón se escuchan sus ronquidos profundos, su respiración destila whisky. Llega el olor a mis fosas nasales, asqueándome todavía más. Estoy furiosa, decepcionada; no le importo nada.

Horas más tarde despierta y me dice que se va. Me siento completamente dolida, hecha una piltrafa y con el rímel corrido. Orgullosa, lo evito y me meto al baño sin decir ni pío. De mi boca no sale ni una disculpa, de la de él, tampoco; solo nos miramos llenos de recriminación.

Al salir, me encuentro el traje que le he conseguido colocado sobre la cama. Corro al armario y lo encuentro vacío.

Se ha ido, me ha dejado sola en Nueva York.

Entre tanta pelea y tanto trabajo no hemos podido probar la cama de ese hermoso lugar, que ahora es para mí como un simple motel de carretera. Busco algo de música en el teléfono, selecciono a Ashe con *Me without you*, y con toda la energía comienzo a cantar con fuerza, porque así me siento, enojada.

No lo necesito para nada.

Después, me tiro en la cama, respiro unos minutos y sin darme cuenta me quedo dormida.

Más tarde por la mañana me despierta Diana. La jaqueca provoca que el dolor en el pecho se haga más crudo y siento un vacío incontenible, una desesperada falta de aire. Mis ojos hinchados con el rímel corrido, la soledad lo cubre todo. Al verme destrozada, pregunta:

—¿Qué sucedió anoche?

No puedo contener mi desconsuelo. Soy experta en eso, pero ahora, en ese cuarto vacío y con mi amiga de frente, solo contesto:

—¡No sabía que el amor puede doler tanto! ¡Me siento rota, Diana, rota! No quiero levantarme y sé que tengo que hacerlo para la entrevista... Tendré que sonreír, fingir que no estoy dolida y furiosa, maquillar mis ojos que arden por tanto llanto, esconderme detrás del maquillaje.

En una hora empieza la entrevista con el diseñador mexicano Richard Dry, que está presentando su línea nueva basada en el arte huichol mexicano. Tenemos que trabajar rápido, necesito mucho maquillaje para cubrir la desolación. La ropa tendrá que ser colorida y voy a tratar de girar la charla en torno a él, con pocos comentarios míos.

Mi vida está tan desquebrajada que, entre menos hable, será mejor.

—¿Quieres platicarlo conmigo? —Anoche, en la gala, se enojó porque di unas declaraciones que no le parecieron y después por un brasileño dueño de un almacén de ropa de lujo, que me estaba coqueteando. —*A ver, sincérate... ¿Qué pasó realmente?* —Bueno, pues dije que era investigador de Columbia, y lo va a ser pronto... ¿Sabes que le están ofreciendo un trabajo ahí? Es muy listo, solo un poco modesto. —¿*Ya aceptó?* —Bueno, no lo ha hecho, pronto lo hará. El embrollo es que siente que me avergüenza y no sabe cómo es esto de las redes... Sonaba más *chic* decir que trabajaba en Columbia y por eso lo hice. —*No quiero ponerle limón a la herida, pero cuando te sientas en tu papel de Mia instagramer, tomas un postureo²⁵ y, si eso implica a otros, no debiste haber dicho nada de él.* —Ya, ni me digas, ¡pero lo hecho, hecho está! Además, me dejó tirada en la gala a expensas del Joao. —¿*Quién es Joao?* —El brasileño que me estaba toqueteando. —¿*No era que solo te coqueteaba?* —Bueno, no... Era un poco mano suelta, aunque lo tenía bien controlado. —*A ver... Ernesto estaba viendo cómo te toqueteaba el Joao.* —Bueno, sí, pero yo lo ignoraba. Él hablaba mucho, le gustaba posar su mano en mi hombro o en mi pierna. —*Mia, no estoy de parte de nadie... Pero creo que tiene razón para enojarse.* —¿Lo justificas? ¿Dejarme sola en la gala? Además, se regresó a México y solo antes de irse me recriminó que él no era mi muñeco. —*No sé cómo sea tu relación. Mi marido, con una situación*

similar, me pide el divorcio. Piensa en eso y, si él es una persona importante, te aconsejo... que veas una forma de disculparte.

La Fashion Week termina, los días que siguen son bastante ajetreados y no me da tiempo de reflexionar en nada. El maquillaje es mágico, borra la tristeza.

De regreso en el avión, siento una angustia en mi pecho. Extraño a Ernesto, estoy enojada porque me ha dejado sola y se ha ido sin siquiera permitirme hablarlo con él, pero podría ser que Diana tenga razón. Estoy confusa entre mi orgullo y esa manera que tiene de hacerme sentir una niña otra vez, el amor que siento por él y la maraña de emociones. No sé qué hacer por lo que, al llegar a casa, lo primero que hago es llamar a mi hermano. Él siempre tiene soluciones.

—¡Hola, Santiago! —¡Hola, Mia! ¿Qué te pasa? —¿Cómo sabes que me pasa algo? —*Nunca me hablas al celular y es sospechoso que lo hagas.* —¿Tan obvia soy? —*Sí, lo eres. ¿Qué sucedió? Simplemente suéltalo.* —Discutí con Ernesto y salió huyendo por la noche de Nueva York. No quiso ni esperar a la mañana, salió sin despedirse.

Después de hablarlo con mi hermano, llegamos a la conclusión de que Ernesto tenía la razón de haberse ido esa noche. Cuando le cuento la situación, me grita: —*Lo dejaste como un pelele, yo no te contestaría ni al teléfono.*

Así que decido no hablarle, mejor voy a la universidad a visitarlo. Necesito una excusa.

En Nueva York, he hablado con algunas compañeras del proyecto en el que trabaja Ernesto, el del biogás y les gustó la idea de apoyar, la idea de salvar al planeta es perfecta para aumentar la popularidad con los *millenials* y han decidido formar parte. Así que tendré mucho trabajo la próxima semana para estructurarlo y agendar fechas posibles, para después planteárselo como una ofrenda de paz. Seguro que, cuando vea todo el dinero recaudado, me perdonará y volveremos a estar juntos; es una solución maravillosa. Estar ocupada me ayudará a no comerme los sesos.

Al llegar a la oficina, paso por el lugar donde se encuentra el equipo.

—Chicos, ¿pueden venir? Tengo algo nuevo entre manos... Mia se va a volver un poco altruista y va a cambiar la imagen fría y consumista de las *instagramers* de moda. Vamos a planear un evento para recaudar fondos en pro del proyecto de investigación del biogás de la Universidad de México y necesitamos contactar a todas nuestras compañeras *influencers* para que donen alguno de sus artículos con más *likes* y los vamos a rifar en un bingo. Ahí se va a exponer el maravilloso trabajo que están haciendo en la comunidad de Javier Rojo Gómez, en Quintana Roo. Diana, necesitamos un listado de las que podrían participar; Joel, te voy a mandar la información del proyecto para que empieces con las redes; y yo voy a dirigirme a los directivos de la Universidad para que nos den el permiso y nos presten el espacio.

ASHE - *Me without you*



25 Actitud impostada cuando hay cámaras cercanas.

CAPÍTULO 24

Nos toma solo un par de semanas consolidar el evento porque somos muy buenos organizando y hemos conseguido buen apoyo de *influencers* y patrocinadores para recaudar una buena suma de fondos. Es una oportunidad, para muchos, de convivir con esas personas que admiran y permitirles el acceso a alguno de los premios que son singulares, como bolsas de marca, zapatos de diseñador, vestidos de noche, bisutería fina... Casi cuatrocientos artículos se convertirán en un premio. Pero también es una oportunidad para que el mundo conozca iniciativas maravillosas como la de Ernesto, que cambian el mundo y lo mejoran.

¡Estoy muy emocionada!

El evento tendrá lugar en el auditorio de la universidad y se montarán cien mesas para diez personas. Los boletos rondan los dos mil pesos con sus fichas y se van a jugar varias rondas de bingo. Y, aunque Ernesto no contesta mis llamadas y cuando lo busco en casa nunca abre la puerta, estoy segura de que estará ahí porque tiene que hablar del proyecto, presentarlo, promoverlo y enamorar a los posibles patrocinadores con sus ojos verdes o con la pasión que transmite al hablar de ello. Yo, por mi parte, voy a ser la maestra de ceremonias y tendré la oportunidad de cederle la palabra, quizás hasta podré darle un abrazo.

Camino por el salón supervisando todo cuando me encuentro con Diana:

—¿Oye, lo has visto llegar? —*No, no ha llegado... Vi a la persona de Promoción Cultural y a la encargada del Área de Ciencias. Puedes preguntarle, mira, es ella. ¿Sabes cómo se llama?* — Adriana, sí, la conozco.

Me acomodo el pelo detrás de la oreja y camino fingiendo toda esa falsa seguridad que no tengo, más bien me siento como una quinceañera. Ernesto me hace sentir insegura y el no verlo, además de insegura, me hace sentir furiosa.

—¡Hola, Adriana! ¿Cómo has estado? —*¡Hola, Mia!*

Me sonrío, abrazándome con cariño.

—*¡Muy bien! Y ver todo esto que has hecho... ¡Eres un genio en eso del marketing! Nunca vamos a poder agradecerte todo tu trabajo y tu esfuerzo altruista.*

Sonrío. No es su agradecimiento el que quiero, es el de él, y no le veo.

—¡De nada! Es un trabajo en equipo, la verdad. Cuando les platiqué a mis colegas la gran labor que hacen, no hubo duda; todos quisimos formar parte. Es una hermosa labor y debería de ser más conocida. —*Sí, es cierto... Pocas veces el trabajo en ciencias es divulgado y es urgente seguir investigando y trabajar para salvar el medio ambiente.* —Por cierto, no he visto a Ernesto... ¿Ya llegó?

Se queda callada evaluando sus palabras. Después, me regala una mirada que no puedo descifrar, entre vergüenza y lástima.

—*No va a venir. ¿No te lo comentó? A él, como buen investigador, no le gustan las presentaciones públicas... Por eso estoy aquí con la persona de Promoción Cultural. Nosotros estaremos por parte de la Universidad y del proyecto.* —No tienes que justificarlo, gracias por estar aquí.

La noche de bingo transcurre rápidamente. El tiempo pasa, la concurrencia se pone más animada y yo cada vez me siento más triste y melancólica. Los meseros pasan portando charolas con copas de vino y bebidas y en las mesas hay platones centrales con bocadillos diminutos de salmón, jamón serrano, salamis, quesos, uvas...

Todos disfrutan de una buena noche mientras yo acompaño a los jugadores y, postrada como reina, leo los números del bingo:

—B7, I29, O63, N40...

Y así consecutivamente, con una elegante sonrisa que muestra mis dientes perfectos, brillo en mis labios y en mis ojos; una careta de felicidad [@bingoporlaciencia] [happyhappy] [#thanksforhelp][#luckwinmyValen]. Así, en las redes, miles de mensajes, fotos, siempre sonriente.

Mia es una mujer exitosa, envidiada; yo soy Mia Legazpi y he juntado a mucha gente para donar y trabajar altruistamente por un proyecto benéfico en el que estoy convencida. No me voy a sentir mal porque, después de todo, con Ernesto o sin él, la noche ha sido un éxito.

Al terminar, salgo de ahí caminando lentamente, sonriendo y despidiéndome de todos esos que me creen una triunfadora. Al subirme, ya con la puerta cerrada y el coche encendido, en soledad, descanso mi cabeza un momento en el volante.

Una canción de Heart, ese grupo de música de los ochenta que mi mamá adoraba, aparece sorpresivamente en la radio. Escucho la canción de *Alone* con su letra roquera, la voz desgarradora de la cantante y su lírica. Es como si la canción me hablara. Todo esto perfora mi corazón.

Sola. Me he quedado sola y no hay vuelta atrás.

Un llanto desesperado acude sin invitación, sin tregua, sin parar, sin poder detenerse. Mi cuerpo jadea. Soy una gran actriz, pero en la soledad asumo el abandono y me considero estúpida. Lo he dejado ir y, ahora que ya no está conmigo, vivo un duelo, una pérdida. En mi intimidad puedo ser sincera. Duele mucho sentirme ignorada, nada vale la pena sin él. Estoy vacía y sola, igual a como lo había estado cuándo él se fue la primera vez de mi vida.

Estoy así mucho tiempo, tanto que pierdo la noción, pero el estacionamiento se vacía. Siento pena por estar llorando solitaria, pero también miedo y vergüenza de mí misma. Quiero desfogar el dolor, expulsar la pena del cuerpo. Después, levanto la cara, me limpio la nariz y manejo a casa.

Mañana va a ser otro día y no me puedo dejar vencer por la tristeza.

Él no me va a hacer llorar ni una lágrima más; ya he llorado demasiado.

HEART - *Alone*



CAPÍTULO 25

Reconstruirme toma días y lágrimas, consientes e inconscientes, que brotan en la intimidad. Recorro a unas sesiones de spa en casa, unas cuantas cenas familiares y a varias copas de vino rosado con amigas, acompañadas de tristes confesiones que alivian la pesadumbre en la que se sume mi espíritu energético.

Lo he hecho, lo he dejado, aun a mi pesar, y esa tristeza que todavía se instala en el pecho empieza a fluir como si fuera un río. Y yo solo me dejo llevar por la corriente.

Mia no es una obligación en la vida de nadie, yo soy un regalo y mi autoestima hace malabares invadiéndome de la imposibilidad de postear. A veces logra sacar la cabeza como un pequeño conejo asustado, respira y lo da por un hecho: si ya no me quiere en su vida, no voy a rogarle.

Es domingo y he quedado en ir a Casa Paloma para dar un curso intensivo de masajes reductivos. Diana es la encargada de planear los cursos y de traer a las chicas para que los impartan, no obstante, siempre me dice que le gusta que esté presente, porque tengo palabras que siempre las motivan a seguir adelante.

—*Es importante que las chicas te vean aquí, les transmites tu energía* —me dice Diana tomándome de los hombros.

—No sé si la energía que cargo ayudará, estoy de pilas bajas.

Al entrar al lugar saluda a las chicas mientras Diana prende la computadora para conectarla al televisor, ya prendido y así, proyectar una presentación que hemos grabado con antelación.

Estoy esperando nuestro turno cuando un video, capta mi atención, dando vueltas una y otra vez sin parar: es una chica que muestra cómo hacer un saludo para indicar que está siendo abusada por alguien. Mi mente se detiene.

Las imágenes retroceden en el tiempo y lo puedo ver claro: es el saludo que me dio la esposa del directivo de la Universidad en la boda de Cuernavaca. Era una llamada de auxilio. Recuerdo su cara asustada y, después, las palabras de Adriana donde nos contó que se había resbalado en la bañera. No lo vi.

Ciega y ensimismada en mi historia de amor, con la mano de Ernesto acariciándome lentamente, con la dulzura de sus palabras en mi oído y con la necesidad de amarnos, no hice nada. ¡He estado tan ciega! Me pidió ayuda y la dejé sola; sola con un hombre violento.

Las piezas del rompecabezas empiezan a tomar forma en mi cabeza... La golpeó y después mintió diciendo que se había caído en la bañera. ¡Cabrón!

—Diana, me tengo que ir, te pido por favor que termines —le digo cuando, después del saludo, en la misma televisión sale un video de Vivir Quintana de la canción *Canción sin miedo*. En él, un conjunto de mujeres cantan exigiendo justicia, solidaridad femenina y sororidad.

Es mi obligación moral ayudarla, ¿quién más lo sabría?

Salgo desesperada a tomar el coche y llamo por el manos libres a la amiga de Ernesto.

—¡Hola, Adriana, soy Mia! Oye, ¿de casualidad no tendrás el teléfono de la esposa de señor Fernández? —¡Hola, Mia! ¿El de Martha? —Sí, creo que se llama Martha... Coincidimos con ella en la boda de Cuernavaca, fue la que se golpeó en la bañera. ¿Recuerdas? —¡Ah, claro! Esa

mujer es un amor. Si quieres, te paso su contacto por WhatsApp. —Eres una hermosa, mil thankiuis. —Por cierto, ¿has visto a Ernesto? ¿Te marcó? Quería agradecerte personalmente. —No. No me marcó... pero no importa ya. ¡Está cancelado! Todo está bien. ¡Yo estoy bien! —Deberían hablar, nunca lo había visto sonreír tanto como cuando estuvieron juntos... Y tengo años de conocerlo. —Discúlpame, Adriana, él y yo no tenemos ya nada de que hablar. Te agradezco muchísimo el teléfono, nos vemos luego, ¿vale?

Llego a casa marcando el número de Martha. Si es una mujer violentada, necesita salir de su casa ahora mismo.

—¡Martha, hola! Soy Mia, ¿me recuerdas? Te conocí en una boda en Cuernavaca, yo iba con Ernesto Nieto. —*Ah, sí, claro.* —¿Estás con él? Solo di sí o no. —Sí. —¿Puedes salir conmigo a tomar un café? —*No lo sé.* —¿Cuándo nos podemos ver? —*No creo, mañana tengo que ir al súper. En la ida y vuelta no me tardo mucho, porque está cerca de casa. Después, en ordenar y desempacar la compra, tardo muchísimo. Definitivamente, no creo poder.* —No te preocupes, lleva tu lista y yo investigo dónde vives, el supermercado cercano y te busco ahí. Voy a llevar a alguien para que haga la compra mientras tú y yo hablamos. Ya sé lo que te pasa. Y no te voy a dejar sola, nunca más estarás sola. —*Siento no poder acompañarlas, gracias por la invitación.*

Es fácil investigar el lugar en el que viven, las secretarias sueltan toda la información. También investigo tiendas cercanas y solo hay una. Llevo a la chica de recepción de mi empresa para que le haga la compra en el súper al mismo tiempo que yo la llevo a un café.

Al verla, nos sentamos, tomo su mano y, con mis ojos clavados en ella, hablo:

—Ya sé lo que te pasa, discúlpame si no lo detecté con el saludo en el mismo momento. Te golpeó en la boda, por eso dijo que te habías caído... Me siento culpable por eso. Ahora estoy aquí y es tu decisión si quieres volver a casa o si te quieres venir conmigo. No necesitas nada y yo te voy a ayudar.

Martha me mira, dudosa, y solo empieza a llorar.

—*¡No puedo escapar! Sabrá dónde encontrarme, siempre lo sabe... Me va a quitar al niño y eso no lo puedo soportar, moriría de pena. Mi familia no tiene dinero para ayudarme. Él tiene contactos y todos le creen, siempre lo han hecho; lo he visto una y otra vez.* —Por eso no te tienes que preocupar, yo tengo más contactos que él. Y sé de alguien que te puede ayudar con todo lo legal: orden de restricción, custodia del niño... Y todo sin cobrarte porque él lo hace así, de manera altruista y solo por ayudar. ¡Tienes que dejarlo! —*¡Tú no entiendes! Nadie me va a creer, él es alguien reconocido y yo no tengo ningún testigo. ¿Quién me va a apoyar?* —¡No puedes tener miedo! Las personas violentas no mejoran y casi siempre terminan en muerte: la tuya. Además, después lo va a hacer con tu hijo, que no lo merece... Nadie lo merece. Yo lo sé, trabajo en Casa Paloma, donde apoyan a las mujeres con problemas de violencia, como tú. Ellas te pueden ayudar. —*¡No puedo! Gracias por querer hacerlo.*

Contesta nerviosa, mirando para todos lados temiendo que se aparezca ese monstruo con cara de marido que la persigue. Sus manos se han soltado de las mías y con el pulgar y el índice pellizca, hasta enrojecer, el mismo vértice de la otra mano, deteniéndola inconscientemente para que aceptara mi propuesta.

—*Has hecho más que las amigas y los familiares. Por ahora no puedo hacer nada, pero estoy ahorrando. Quisiera huir contigo, pero no tengo dinero ni trabajo. ¿Cómo pagaría el abogado? ¿Cómo nos mantendríamos?* —Ya te lo digo, yo te ayudaría. —*¿Y por qué habrías de hacerlo? No me conoces.* —Porque creo en los derechos de la mujer y estoy en contra de la violencia contra cualquier ser vivo.

Martha se va, no puedo detenerla. Recoge el súper y vuelve a su jaula mientras yo regreso a casa más decepcionada que nunca.

Dos días después, recibo una llamada. Lloro por el teléfono.

—*¡Ayúdame, por favor! Estoy dando vueltas en el coche con el niño, no sé a dónde ir. Le dije que iba a dejarlo al preescolar. ¡No puedo volver con él! ¡No puedo regresar a esa casa! Me niego. Tienes razón, ayer casi lo golpea por ensuciar su traje nuevo.*

—Te paso mi ubicación, ven a mi casa. También voy a llamar a mi amigo Cruz, el abogado del que te platicué.

Verla parada en el umbral, llorosa, temblando y con el bebé en brazos, me llega hasta la médula. Me doy cuenta de que todos sufrimos de alguna manera y mi corazón roto no tiene comparación con esa alma y cuerpo magullado por la vida. No trae nada, solo un gran moretón en su mejilla y en el ojo. Al tomarla del brazo, se mueve con una mueca de dolor en su rostro:

—Te golpeó, ¿verdad? —Sí.

No llora más, descubre su abdomen cubierto de hematomas de distintos colores. En ese momento, entiendo su valor. Yo lloro por mucho menos que eso, es como si a ella las lágrimas ya se le hubieran secado. Una rama de un árbol que ya no tiene hoja alguna y solo espera a quebrarse al encuentro de un ventarrón. No podemos considerarnos valientes hasta que damos el primer paso para tirarnos al vacío y ella ha tomado la decisión más difícil de su vida.

—¿Te duele? —*Ya no me duele nada, ni los golpes, ni los insultos... Solo me preocupa mi hijo.* —¿Cómo se llama? —*Rafael, como el arcángel.* —¿Cuánto tiempo llevas con él? ¿Cuánto tiempo llevas aguantando esto? —*Mucho, ya no sé ni cuanto, he perdido la conciencia del tiempo... Casi todo lo hago automáticamente.* —¿Quieres hablarle a alguien? —*Solo a mi madre. No puede ayudar, pero creo que le gustaría saber que estamos bien.* —Si quieres, ve al cuarto para que puedas tener algo de privacidad; yo me quedo con el niño, ahora veo cómo nos entretenemos. Aquí se van a quedar hasta que veamos qué podemos solucionar.

Asiente y va a llamar a su madre. Lo hace bajito, para no incomodar, mientras yo juego con Rafael. Es un niño vivaz y me pregunto si percibe algo del sufrimiento de su madre. Él sonríe con inocencia, se oculta detrás de un cojín jugando al escondite y devora las galletas con sus manos diminutas.

El timbre suena y Cruz aparece en el marco de la puerta. Sin dudarlo, lo abrazo. Cruz hace eso en las personas, infunde seguridad.

—Necesitamos tu ayuda. Tenemos que poner una orden de restricción. —*¡Hola, Mia! Cálmate, explícame qué pasa. Como primer paso, tenemos que poner una denuncia, después lo demás.* ¡Hola, hombretón! ¿Y tú cómo te llamas? —Se llama Rafael, no habla mucho.

En ese momento aparece Martha, llorosa.

—Mira, Martha, él es Cruz, el abogado del que te hablé.

Cruz entra y le tiende la mano. Después, se vuelve hacia mí: —*¿Nos darías unos minutos solos?*

Tras unos momentos, añadió: —*¿Te puedes quedar con el niño? La llevo a la Fiscalía y la traigo de regreso. Tardaremos solo un par de horas, no obstante, no es lugar para llevar a un bebé.* —Sí, cuenta con eso, aquí los espero. ¡Y muchas gracias, Cruz! —*¡De nada! Ya sabes que estos casos me los tomo personales, es lo que me llevó a ser abogado. Lo vamos a meter a la cárcel.*

VIVIR QUINTANA - *Canción sin miedo*



CAPÍTULO 26

Hay momentos en que el día se transforma: empieza tomando vuelo despacio, lento, y la espiral se acelera esfumándose hasta volver a empezar. Así, un cúmulo de días se convierte en una temporada.

Así pasan las horas con Martha y Rafa en mi casa. Ellos son una constante que alegra mis días: han llegado y ese sentimiento egoísta y derrotista que sentía por tener fuera de mi vida a Ernesto se ha transformado por uno de complicidad, amistad y hermandad. Y no puede ser de otra manera. Las mujeres nos tenemos que apoyar, no solo por compasión, también por cuestión de solidaridad de género.

El respeto es un sentimiento universal y yo lo experimento como parte de mi ideología, en la puerta que no azotas al cerrar o en el árbol que tratas con cariño. Mi abuela siempre me decía: «No hagas nada que no quieras que te hagan». Pienso en eso y no puedo evitar la imagen de Ernesto.

Su enojo toma sentido: a mí no me hubiera gustado que la rubia tocara sus piernas, su hombro o su cuello, y tampoco me hubiera gustado que mintiera a sus amigos diciendo una verdad distorsionada acerca de mí. Pero... ¿por qué me ha parecido tan fácil pensar que él lo iba a aceptar sin rechistar? ¡He sido una estúpida!

Tomo entonces como estandarte ayudar a Martha y la llevo a Casa Paloma, donde la reciben con cariño. Ahí, la psicóloga la acompaña y, junto a los grupos de apoyo, medita su caso. Las otras, a su vez, comparten sus experiencias y lo hacen sin juicios ni consejos, y tampoco pronuncian palabras condescendientes, solo la apoyan con la empatía del silencio y del aplauso al final. Se siente mejor que miles de abrazos de compasión que se había acostumbrado a recibir.

Así, despacio, al fin puede ver que no está sola, que siempre hay un camino.

Cruz la ayuda a poner la orden de restricción, la demanda de divorcio y la denuncia por violencia doméstica. Un doctor del Ministerio la examina y confirma las marcas en su cuerpo a causa de los golpes que le ha propinado su marido, algunos todavía con su color marrón intenso mientras que otros viajan entre el morado, verde y amarillo.

Una noche jugamos carreras de carritos y el timbre suena. Al abrir la puerta, veo al señor Fernández aparecer con prepotencia tras el umbral: ha descubierto mi dirección.

Nos amenaza con su sola presencia y la violencia que su cuerpo despide.

—Quiero verla. Sé que está aquí.

Yo lo detengo con todo el orgullo y la fortaleza que tengo en mi interior. Dicen que la valentía se demuestra cuando nos encontramos en peligro y ese es uno de esos momentos. Martha se muestra frente a él y, al verle, duda. Todas las charlas en Casa Paloma, los consejos del terapeuta, mis palabras y las de Cruz se desvanecen como agua entre las manos y se esconde detrás de mí.

—Sal de aquí y vuelve a casa, cariño. Sabes que te amo, perdona si te lastimé, todo lo que hago es por tu bien... Yo solo te corrijo cuando te equivocas, pero mi amor es inquebrantable y es lo que te mantiene adelante. Sin mí no eres nada, somos una familia. Te perdono tu huida,

todo volverá a ser igual. Dejemos a un lado lo que ha pasado, todas las familias tienen desavenencias, yo te cuido como nadie lo hará nunca.

Él verbaliza órdenes, cuestiona sus actos y la exhorta a olvidar. Titubea, lo puedo ver en su rostro temeroso.

—El vínculo del matrimonio es para toda la vida, recuérdalo. Soy tu marido, los necesito y Rafael necesita a su padre, no lo olvides.

Es la primera vez que la veo llorar durante el proceso, es como si de repente la realidad la bañara con un balde de agua fría y la hiciera consiente de su situación. Ella logra recomponerse, retrocede y le dice: —*Vete, no hay nada que hacer.*

Martha desaparece dejándome sola. Sin dudarlo, me interpongo entre la puerta y ese cuerpo grande y trabajado. Él, empujando, introduce su brazo y me jala.

En la lucha, un objeto brillante sale de la manga de su camisa, empuja la puerta. Mis ojos se congelan tratando de retratar la imagen. Él me mira y puedo descubrir su mirada perturbada y enferma. La violencia generada por la furia en su cabeza se exhala en cada respiro, la maldad ha aparecido como por arte de magia en su semblante frío.

Tira de mí, arrojándome, sin hacer fuerza alguna, contra la pared, como si mi cuerpo fuera una pluma. Siento que mi cabeza se estrella en la dureza del cemento mientras su antebrazo, debajo de mi cuello, me impide respirar.

La pulsera y sus picos se encajan en mi cuello cortando la carne y el aire, mientras los pulmones luchan por aspirar alguna miseria de oxígeno. Poco a poco, mi cuerpo desfallece y mis brazos, inertes, dejan de luchar. Así, me dejo ir.

Cuando estoy por cerrar los párpados cansados, se aparecen por el elevador dos guardias de seguridad, que lo separan de mí y se lo llevan entre jalones.

Me resbalo asustada al piso, las lágrimas descienden de igual forma que el aire entra en mi interior, de manera exponencial y violenta. No puedo hablar, no puedo pensar, solo puedo recrear en mi mente las dos veces que ese hombre me ha tenido a su merced.

Fernández es el asesino de la universidad.

Minutos más tarde, con la ayuda del personal de seguridad, vuelvo a entrar en casa. Cierro la puerta con cerrojo y busco a Martha, que se encuentra abrazando a su hijo, escondida en el fondo del vestidor. La mujer llora descarnadamente y en sus ojos hay temor. Yo también tengo miedo, mucho. Me acerco y me siento junto a ella, abrazándome a mí misma.

—Tú lo sabías, ¿verdad? Sabías que es el asesino de la muchacha de la universidad. —*Nunca tuve la certeza, siempre cargué con la duda.* —Yo no tengo duda, fue él y me ha intentado matar de nuevo. Tenemos que hablar con Cruz.

Son las 9:00 pm cuando suena el repiqueteo del celular de Cruz.

—*Hola, Mia.* —¡Fernández es el asesino de la universidad! Acaba de venir y me atacó... Creo que Martha sabe algo, sin embargo, no quiere hablar porque está muy nerviosa. No sé si llamar a la Policía, no puedo pensar. ¡Tengo mucho miedo! No quiero avisar a mis papás porque se van a asustar, pero no es seguro estar aquí, ya sabe dónde estamos. Y aunque no creo que se atreva a volver, puede mandar a alguien... Es un maniático, un golpeador asesino. ¡El muy cabrón! ¡Fui una estúpida por no verlo! —*¡Mia, cálmate! No entiendo muy bien qué pasa, voy para allá. No abras la puerta a nadie.* —No, estamos encerradas en el vestidor. —*Te marco cuando llegue.*

Pongo una silla para enganchar la manija de la puerta. Si va a volver, le dificultaremos el trabajo de encontrarnos. Sentadas juntas, abrazo a Martha. Ella ya solo solloza, el niño se ha dormido en sus brazos.

Me doy cuenta del daño psicológico que hace la violencia. Martha parece ida, su mente se ha perdido en un lugar lejano y me transmite su miedo. Yo también tiemblo. El horror de ver el instinto asesino de un ser humano se repite como una imagen constante en mi mente turbada por la ansiedad y mi cabeza se sumerge en una nebulosa que me hace pensar múltiples escenarios, todos terribles. Las voces de la chica asesinada pidiendo ayuda vuelven como retratos una y otra vez.

—*Va a volver por nosotras. Lo sabes, ¿verdad? Siento haberte metido en esto, él siempre vuelve. ¡Es más fuerte! ¡Y yo no puedo hacer nada!* —No va a volver. No lo vamos a dejar.

Se lo digo reconfortándola, evitando pensar que, en el fondo de mi alma, solo hay un vacío lleno de pánico e inseguridad. Recuerdo la letra de esa canción de Miley Cyrus y Mark Ronson: *Nothing breaks like a heart*. Nuestros frágiles corazones están rotos, aun así, siguen latiendo y, mientras palpitan fuerte, vive en nosotras la esperanza.

Minutos más tarde, el teléfono suena:

—*¡Estoy afuera, ábreme!*

Abro todos los cerrojos y lo único que puedo hacer es tirarme en sus brazos y llorar.

—Él fue el asesino, ¡estoy segura! Y trató de hacerlo por segunda vez. Pude ver su odio a través de la mirada a la hora de apretar mi cuello. Martha no pudo hacer nada, se escondió con Rafael en el vestidor... Y él ponía su brazo tratando de ahogarme, el aire no lograba llegar a mis pulmones... —*¡Calma, Mia! Ya estoy aquí.*

Lo dice con un abrazo, pasando su mano por mi cabeza para tranquilizarme.

—*Tu padre, Santiago y las personas de seguridad de la empresa llegan en un minuto.* —¡No quiero asustarlos! No quiero que pasen por esto, no otra vez. —*No hay otro camino, Mia, tienen que estar informados y tenemos que hacerlo juntos, son tu familia. Llamé a la Policía y viene en camino. Vamos a meter una denuncia por intento de asesinato y quiero que se lleven las grabaciones como prueba, necesito que los de seguridad hagan una copia para quedarnos con ella. Además, tienen que mudarse porque estar aquí no es seguro... En casa de tus padres estarán mejor.*

El abrazo de mi papá es mágico y hace desaparecer cualquier recuerdo negativo, instalándose en mí la quietud y la fuerza de su amor. Cruz tiene razón, necesito más que nunca a mi familia.

Un poco más tarde llega el inspector junto con el ministerio público, nos toman una declaración y nos dejan ir; Cruz se hará cargo de todo.

Al entrar al auto de mi padre, una sensación de seguridad me embarga. Soy afortunada por tener alguien que vela por mí, que me apoya. Martha, al contrario, está sola con su hijo, es una presa fácil. Mi padre me estrecha la mano y su calor es como un abrazo en el alma.

—*No temas, hija, nada te va a pasar... Yo te protejo.*

Comprendo que las familias tienen errores, a veces cargan heridas, pero si se aman y se protegen, se vuelven como acero: inquebrantables.

MARK RONSON & MILEY CYRUS -
Nothing breaks like a heart



CAPÍTULO 27

La vida se vuelve perezosa sin Mia. Los días pasan uno tras otro, solo como parte de una rutina a la que me atengo para no caer en el abismo. Cuando trato de pensar las cosas con perspectiva, dudo: llegan a mí como una tormenta los cuestionamientos y mi alma, embargada y ahogada en orgullo, pesa. Me escondo de ella y no le abro la puerta porque dudo enfrentarme.

Ella ha reunido fondos para el proyecto del biogás y yo no he tenido el valor o la educación para agradecerse. Como un cobarde, me oculto en el trabajo del laboratorio o detrás de las faldas de Adriana.

Los números me bailan en la computadora, me duele la cabeza y me siento frustrado. Desde la noche de ayer, una fuerte ansiedad se ha instalado en mi pecho con la imagen de Mia rondándome tercamente, como un manojo de estambre en la cabeza.

Estoy metido en mis pensamientos cuando el sonido de la puerta me alerta y la cabeza de Adriana aparece:

—¿Podemos hablar? Es urgente. —*Claro, pasa.* —¿Supiste lo que pasó con Fernández? —*No.* —No sé qué tan certera es la información, no dejan de ser chismes, al fin y al cabo, pero en las oficinas de dirección se comenta que la esposa lo dejó porque la golpeaba. —*¿Y viniste a decirme eso? Porque, la verdad, la vida de él no me importa lo más mínimo.* —No, no... Yo sé que no te gustan los chismes, lo que pasa es que Mia está involucrada en el embrollo... Hace unos días me llamó para preguntarme el nombre de Martha y parece que la está ayudando. —*¿Y qué?* —Lo vino a buscar una patrulla y no lo encontraron, está huido. Al parecer, tiene una denuncia por tentativa de homicidio. —*¡No jodas! ¿Trató de matar a Martha?* —*¡No! Trató de matar a Mia.*

La cabeza se queda en blanco y los niveles de azúcar disminuyen en mi cuerpo súbitamente. Me sujeto en el escritorio para guardar el equilibrio y la imagen de Mia empieza a agolparse empecinadamente en mis recuerdos: su sonrisa con esa boca mullida, su desparpajo al hablar y exponer sus ideas, su alegría, su brillo al plantarse en algún lugar, sus ojos a través de los lentes y sus manos mágicas que, con un masaje, pueden deshacer cualquier nudo en el cuerpo. Quedo en una especie de hibernación, mi cerebro está suspendido, apagado y, por las venas, la sangre hiela.

—¡Ernesto! ¡Ernesto! ¡Ernesto!

El temor me invade. Adriana habla y no la escucho, solo hay un desierto vacío en mi mente.

Instintivamente busco en mi pantalón las llaves para ir a buscarla y desaparezco sin despedirme. Camino como fantasma, apresurado, mis manos temblorosas marcan su número telefónico.

—El número que ha marcado se encuentra fuera de servicio.

Manejo a su casa y el guardia de seguridad me dice que no está, que salió con su padre la noche anterior. Sin pensar en la excusa que daré, me dirijo a casa de sus padres, que viven en el mismo lugar al que había ido tantas veces a jugar cuando éramos niños.

Al llegar, una persona de seguridad que franquea la puerta me informa que tampoco está ahí, que ha salido con su padre. La confusión me invade, no sé dónde más buscar... Ella no contesta

el celular y la desesperación sube por mi pecho como si estuviera lleno de hormigas carcomiéndolo todo. Marco a su hermano:

—*Santiago, soy Ernesto, quiero saber cómo está Mia, no logro localizarla. Necesito hablar con ella.* —¡Hola, Ernesto! ¿Ya te enteraste? —*¡Sí! Acabo de hacerlo.* —Está bien, no te preocupes. No contesta ninguna llamada, la tienen incomunicada por un rato, Cruz la ha acompañado en todo momento y no quiere que dé declaraciones a la prensa. Mi padre está con ella, por la mañana tenían cita en el Ministerio Público para dar la declaración y, después, iba a ir a firmar unos papeles a la oficina... Va a ausentarse un par de semanas, pero creo que puedes buscarla ahí porque están de camino, me acaban de avisar.

Un sentimiento de desolación sube por mi garganta. Cruz ha estado ahí, su padre, su hermano... Y yo, no. La he dejado sola cuándo ella más me necesita, inmerso en el egoísmo de mis sentimientos.

—*¡Gracias, Santiago, te lo agradezco!* —Ernesto... Normalmente no me meto en los asuntos de mi hermana y sé que tiene mucha culpa en su ruptura, pero solo te pido una cosa: no lo vayas a arruinar, no la quiero ver llorar otra vez, es lo que menos necesita en este momento. Esta es la última oportunidad que tendrás, de eso me encargo yo. —*¡No lo voy a hacer! Solo estoy preocupado por ella... Necesito hablarle y asegurarme de que está bien.*

El edificio donde se ubican las oficinas de Mia es una mole de seis pisos cubierta de vidrio espejado. Llego apresurado y, al dirigirme a la recepción, me informan que todavía no está allí.

Cargado de ansiedad, vuelvo a esconderme en el coche. No he recurrido al estacionamiento subterráneo porque no puedo soportar la oscuridad, mi interior se debate ahogándose en un mar agitado de angustia que no logra discernir.

¡Mierda!

Nunca he sido bueno para descifrar mis emociones, siempre las he escondido tras el laboratorio o en el trabajo porque odio sentirme descolocado, prefiero estar entre matraces, pipetas, morteros, con mis estadísticas y con las sustancias químicas que no me hacen sentir terriblemente inseguro. En este momento, ni eso puedo hacer. Me sería imposible concentrarme.

Esperar. ¿Cómo puede uno esperar cuando los sentimientos están en pugna, con la sangre en erupción, estallando por dentro las vísceras?

—¡Ahhhhh!

Grito con la fuerza de la impotencia al viento al tiempo que golpeo el volante del coche y escucho distraído la canción de Adele en la radio, *Easy on me*. ¿Podría perdonarme? ¿Podría aceptarme de nuevo? ¿Llegaríamos a convivir con nuestras diferencias, con esos defectos que agrandábamos con el ego, o ganaría lo demás, los detalles, las carcajadas que me provocaba, el recorrido dócil de sus manos en el día a día?

Ahora, con la simple idea de pensarla lastimada, todo cobra sentido... Son los pequeños actos diarios de amor los que pesan más que las diferencias, las encubren y las minimizan hasta hacerlas desaparecer.

He actuado como un niño inmaduro y lo soy. Sus palabras rebosan de razón: siempre he sido malo para las relaciones humanas. Solo espero que me tenga paciencia. Recuerdo sus ojos e instantáneamente pienso en los de la chica muerta, abiertos de par en par. No puedo imaginar los de Mia sin vida, me duele solo pensarlo.

¡Siento temor! Esa desesperación es algo raro en mí. Mi temperamento tiende a la calma, pero el temor... cambia la ecuación. En este momento, tiemblo de impotencia.

Hace tiempo que no fumo y ahora lo necesito. Prendo un cigarrillo, inhalo dejando el humo un

momento en mis pulmones para, después, soltarlo suavemente, al igual que la angustia.

Soy malo esperando. En mi mundo egoísta, ensimismado, me he mentido pensando que no necesito a nadie. Al fin y al cabo, mis padres me han dejado solo y no quiero necesitarla a ella o caeré en el riesgo de perderla también. ¿Cómo me explico entonces esta inquietud?

Me invade el frío hasta lo más profundo del tuétano, los escalofríos me estremecen. Necesito abrazarla. Su calor, su fuego, solo eso me calmaría.

Soy tan estúpido...

Las razones que han validado mi decisión de alejarme ahora se esfuman sin sentido, transformándose en nimiedades y dejándome solo una terrible sensación de miedo.

Por segunda vez en mi vida, el terror me invade... La primera fue cuando mis padres se separaron... La incertidumbre que crea un hogar desquebrajado produce en mí la misma sensación que ahora: la profundidad de un precipicio, en el cual caía en soledad. Presuntuoso fue pensar que no me importaba, que no la necesitaba, cuando siempre lo he hecho porque mi vida está vacía sin ella.

¡Soy un idiota! He discutido y la he dejado tirada en Nueva York, ¡y todo por temor! Ese sentimiento no es real, es solo una alucinación causada por mi inseguridad. En cambio, lo que siento ahora sí lo es, el cortisol recorriendo desbocado mi cuerpo, provocando palpitaciones desorbitadas.

Mi falta de seguridad aflora al salir de mi zona de confort. Verla guapa y exitosa me hace sentir insignificante porque no encajo en sus eventos, eso es una realidad, pero ella tampoco lo hace en los míos. Somos como el agua y el aceite. Sin embargo, es María la que desde niños me ha vuelto loco de ternura; una diosa que brilla tanto que me deslumbra, igual que lo hace con todos.

Mi mente reacciona al ver cómo se para un coche negro frente al edificio del lado contrario de la calle y me pongo alerta. De él baja Mia, ¡tengo que actuar rápido! Apago el cigarrillo y bajo del coche.

El tráfico está pesado y no puedo cruzar. Grito desde el otro lado de la acera y ella no escucha, sigue subiendo. Vuelvo a gritar más fuerte. Los carros me impiden el cruce, pero quiero aventarme entre el atasco para poder alcanzarla, abrazarla.

Todo pasa en un instante. Ella se voltea con su cabello bailando sobre los hombros y sus ojos brillan. Lo hace de tal manera que me recuerda a sus publicaciones y, en ese momento, el mundo se detiene cuando mueve su cabeza en un movimiento lento, como de anuncio de shampoo.

Nuestros ojos se conectan. Nuestras miradas, siempre se han entendido sin necesidad de palabras. Ella está sorprendida y el temor me asalta de golpe. Cierro los ojos unos segundos meditando qué hacer, acomodo mis lentes y, cuando los abro, se aparece su sonrisa mágica, abierta, que me invade. Me estremezco borrando todos los malentendidos y sonrío también. Ella regresa para acercarse a mí.

De su lado de la calle no hay coches, puede cruzar fácilmente mientras yo espero que pase el último para abalanzarme sobre ella y atrapar sus labios hasta quitarle el aliento.

Un coche estacionado sale sorpresivamente de su lugar acelerando su paso y grito, grito sin parar. Mia corre al ver con asombro el auto y yo jalo sus ropas, desgarrándolas. El coche logra pegarle en la cadera antes de proyectarla contra otro estacionado, donde golpea su cabeza, justo ante mis ojos.

Nos miramos antes de que tome su cuerpo entre mis brazos.

Después, mi mirada furiosa se congela frente al conductor del coche que huye y puedo

reconocerlo.

Es Fernández.

—*¡Una ambulancia, por favor!*

ADELE - *Easy on me*



CAPÍTULO 28

Mi vida, que se había vuelto lenta sin ella, de repente se acelera. No puedo ni contar los minutos ni los eventos que prosiguen, solo sé que la ambulancia llega para llevarla al hospital y yo la acompaño, tomando su mano para tratar de acallar sus quejas. Le ponen un tranquilizante que la duerme y, al llegar al hospital, corremos por un pasillo que me parece interminable con médicos siguiendo nuestro paso, midiendo el pulso en sus suaves muñecas, tentando su abdomen, en el que he reposado mi cabeza tantas veces, e inyectando sustancias en sus frágiles venas azules. Las enfermeras corren a nuestro lado y siento a alguien que me jala por los hombros, separándome de la camilla para cruzarla por un umbral.

Las puertas abatibles se mueven cuando la camilla ya ha desaparecido. Todavía puedo sentir la tibieza del roce de su mano deslizarse por la mía y en mi mente el tiempo vuelve a ser lento, el ritmo de los minutos es terriblemente cruel. Las voces que momentos antes he acallado ahora reviven, agudas y punzantes. Yo no quiero oír nada, solo anhelo volver a abrazarla.

El olor del antiséptico me causa un mareo y veo entrar a la familia de Mia, apresurada a correr a mi lado. En ese momento, todo se vuelve vertiginoso y palidezco a causa de un vahído.

Me hundo entre los llantos de la madre, el enojo del padre, las preguntas de su hermano y mi necesidad de huir de ahí. Yo amo el silencio y ese ajetreo me vuelve loco, pero sé, desde mi interior, que mi lugar está ahí, con esas personas, y que, si amo a María, debo empezar a tratar. Sin embargo, no logro entender nada, mi cerebro no hila dos pensamientos... Estoy perdido y mi vista vaga entre la mancha del piso y el trino del pájaro, ignorándolo todo. La madre estrecha mi hombro y le dice a su marido y a su hijo:

—¡Paren ya! ¡No puede contestar! Santiago, busca alguna enfermera en información.

Yo aprieto su mano instintivamente.

—*Necesito tomar el aire.*

Salgo y me siento en una pequeña jardinera. La cabeza me da vueltas y el mareo se instala en mi garganta. Necesito oxígeno porque no soy capaz de jalarlo, lo hago fuerte y erráticamente.

Cierro mis ojos, espantando a las imágenes que logran colarse y reprimiendo la desolación. Ella me necesita más que nunca, ¡no puedo fallarle otra vez! Respiro, respiro, respiro... Pronto mis inhalaciones se hacen más lentas y el aire comienza su flujo continuo. Entro en una especie de calma y siento la sangre volver a la cabeza.

Tomo el teléfono y, sin pensarlo, marco:

—¿Mamá? —¡Ernesto, hijo! ¿Qué pasa? —*Mia está en el hospital, acaban de atropellarla.*

Mi madre ha sido la causante de esa calma que se gesta en mí; su modo de hablar, pausado y suave, me tranquiliza.

—No te adelantes a los hechos, Ernesto, siempre lo haces. Espera hasta tener todos los elementos a la mano, hijo. Y confía en Dios. Ella estará bien, es joven. ¿Quieres que vaya para allá? —*No, ya somos bastantes aquí. Te mantengo informada. Ya estoy más calmado. No sé cómo lo logras, siempre me tranquilizas con solo oír tu voz. Nunca te lo he agradecido.* —¡Te quiero, hijo! —*Igualmente.*

Escucho el agua de la fuente correr. A lo lejos hay una chica de unos quince años que canta con los audífonos puestos *Hold on*, de Chord Overstreet. Reconozco con tristeza la canción que escuchan mis estudiantes y siento mis ojos humedecerse.

¡Aguanta, amor, aguanta! ¡Te necesito!

Miro el cielo: está azul brillante, no hay nubes. Nunca he sido espiritual, dejé de creer en la adolescencia, pero en medio de ese silencio me da por orar por ella.

—¡Dios, por favor, que esté bien!

Después, tomo aire por última vez y entro. María necesita de mí, no puedo desmoronarme. Hago un gran esfuerzo por no huir de sus familiares y, lentamente, camino hacia ellos.

—Disculpen, estaba un poco alterado.

Santiago aprieta mi brazo. Su madre me pone al día para que esté enterado: —¡No te preocupes! Acaba de salir el médico. ¡Está estable! Le hicieron pruebas, no tiene ninguna hemorragia interna y pronto la van a pasar a una habitación. Estamos esperando a que salga el traumatólogo que está con ella. —¡Gracias!

Voy por un café y, al regresar, Cruz, Santiago y el señor Legazpi hablan con el inspector a cargo de la investigación. Me acerco sigilosamente mientras hablan del accidente e interrumpo la conversación.

—Era Fernández. Yo lo vi.

—Tiene orden de aprehensión por violencia familiar y tentativa de homicidio —dijo Cruz.

—Lo vamos a detener, no se preocupen... Ya han girado notificaciones al aeropuerto, la central de autobuses y casetas de salida a las autopistas, toda la policía está buscándolo —añadió el encargado del Ministerio Público—. Necesito interrogarlo, usted fue testigo ocular.

—Sí, claro.

Voy a sentarme a unas bancas vacías que se sitúan en la sala de espera para hablar con él. Minutos más tarde, recibo una llamada de Santiago: el traumatólogo ha salido. María ha sufrido golpes, magulladuras y tiene la tibia fracturada, todo esto gracias a que la había jalado y el golpe se había amortiguado solo en un costado, pero en la cabeza tiene un descalabro. Le dieron antiinflamatorios y un ansiolítico para tranquilizarla.

—En cuanto despierte, podrá salir del hospital —me dice Santiago.

En ese momento siento cómo mi alma se libera. Sus padres, después de abrazarse, deciden que se iría con ellos y yo, como no formo parte del clan, me abstuve de opinar.

Una hora más tarde, despierta. Ya están todos los trámites administrativos listos y todos nos adentramos en el cuarto para llevarla a casa. A la hora de encontrarme con los ojos de María y de toda su familia, escucho con sorpresa que dice, con una seguridad admirable y que no admite cuestionamientos: —No, me voy a ir a casa de Ernesto... Tenemos que hablar, él me va a ayudar a recuperarme. Además, nadie más que nosotros sabrá que me encuentro ahí. Estaré escondida y no voy a salir para nada, no me pondré en peligro.

No la contradicen y yo asiento con una sonrisa incipiente. En ese momento, sé que estoy enamorado de ella más que nunca. Me doy cuenta de que no existe un amor o una persona perfecta, simplemente somos seres que nos amamos y tenemos que esforzarnos para que todo encaje, como en un engranaje.

Yo voy a hacer todo de mi parte para que lo nuestro funcione.

CHORD OVERSTREET - *Hold on*



CAPÍTULO 29

Minutos después de que entramos en el carro, antes de arrancar, le pregunto de manera directa:

—¿No te molestó que me autoinvitara a tu casa? Pensé que necesitamos hablar, todo está en suspenso desde Nueva York y en casa de mis padres no íbamos a tener privacidad para hacerlo con calma. Son adorables y metiches... Además, mi padre suele ser autoritario.

Él me mira. En sus ojos se esconden palabras y emociones que sé que le cuesta expresar. Percibo miedo, amor, disculpas... pero no tengo certeza de ninguno, pues, así como yo desembucho sin temeridad, él habla a cuentagotas. Se quita el cinturón de seguridad y, girándose hacia mí, posa sus manos en mi rostro. Su frente se apoya suavemente en la mía:

—*No, me enamoré más de ti.*

Después, baja sus labios para encontrarse con los míos en un beso suave, lento, que mimaba con pericia mi boca. Anhelo aspirar su amor, ese que entre suspiros me pide disculpas. Es un beso tierno, distinto a tantos otros que me ha dado, y es tan mágico que borra la ausencia, los silencios y las recriminaciones dejando el compromiso que, en ese momento, se sella entre nosotros. Después, toma mi mano y nos dirigimos a un nuevo reto: la convivencia. Yo conecto algo de música desde mi *playlist*, suena Tomy Torres con Jeese & Joy con *Imparable*.

Callo el resto del camino, tengo dolor en el cuerpo, un leve mareo por la morfina y miedo a la incertidumbre. Soy consciente de que junto a él me siento indomable, imparable y no importa lo que me pueda suceder; con él a mi lado, lo puedo enfrentar todo.

Al llegar, una oleada de arrepentimiento me invade y me siento invasora en una casa que no es mía. Los efectos del medicamento se empiezan a desvanecer y me duele todo el cuerpo; lo único que deseo es dormir y, en ese momento, dudo sobre mi decisión.

Me siento con ayuda de Ernesto en la cama, agacho mi cabeza tratando de jalar aire y lloro. Respiro dolor, miedo, incomodidad... La ropa me molesta, deseo arrancarla y no tengo fuerzas para hacerlo ni para pedirlo, no está mamá que se anticipa a todo. Solamente deseo llorar; la quiero cuidándome. Además, invadida de esos sentimientos que he contenido durante todo ese tiempo.

Ernesto se sienta a mi lado y me acerca a su pecho susurrándome mientras acaricia mi cabello una y otra vez: —*¡Todo va a estar bien! Yo te voy a cuidar, amor. Lo peor ya pasó.* —Quiero quitarme la ropa, todo me duele. —*Yo te ayudo, para eso estoy aquí.*

Trae un camisón que tiene en una pequeña maleta que mi madre ha llevado al hospital y, después, jala suavemente los pantalones de chándal que tengo puestos. La sudadera que se abre por enfrente deja ver mis senos enfundados en el sostén que aprieta mi carne y que es lo que más me incomoda. La retira despacio, haciendo pasar uno por uno los brazos.

—El *brasier* también, es lo que más me molesta.

Pasa su mano por mi espalda lentamente hasta introducir sus dedos hábiles para desabrochar los corchetes, no sin antes acariciarme tortuosamente la espalda. Se para frente a mí y me mira, yo me siento vulnerable. El camisón que ha traído para mí pasa suavemente por mi cabeza deslizándose, el dorso de su mano surca mi costado y me toma por la cintura, jalándome para

recostarme en la cama que ha deshecho previamente. Después, simplemente va a por un tazón de sopa de bolsita.

Es como si me hubiera hecho el amor con sus atenciones. Siento profundo agradecimiento por sus manos tiernas, ese interés que esconde detrás de pequeños actos y su necesidad por hacerme sentir bien, amada. En ese momento sé que no importa lo distintas que son nuestras personalidades o nuestros mundos, si podemos enfrentar situaciones extremas como el dolor y el miedo, podemos ante cualquier cosa.

Vivir en su casa es aprender a reconocer un territorio extranjero; pisar el piso de madera pulido del salón, que se vuelve resbaloso con calcetines. Caminar con mis muletas por entre los muebles a veces es complicado, por lo cual Ernesto suele cargarme en sus brazos y me mueve de la cama al sillón para reposar mi pierna enyesada y mis costillas golpeadas. Me gusta percibir su olor en las sábanas al poner mi rostro en la almohada, escuchar el sonido del refrigerador, que, en las noches silenciosas, hace un pequeño zumbido, el intenso olor del eucalipto que se filtra a través de la ventana cuando llueve, los minutos que tarda el agua caliente en salir o el tostador perezoso que tiene en la cocina. Todo es nuevo, hasta la marca del aceite de oliva o el jabón de baño, sin embargo, poco a poco nuestros cuerpos se van adaptando a la convivencia, al espacio en común.

Santiago y Alía han llevado algunas de mis pertenencias a casa de Ernesto y él ha limpiado unos cajones y un pedazo de closet para guardarlos. Eso significa, para mí, que tengo un lugar importante en su vida.

Hablamos de todo y pasamos el tiempo que tiene libre juntos. Mientras él trabaja, yo me quedo en casa. Y, además de eso, él va y viene entre las clases en la universidad y para resolver los pendientes, que se han multiplicado exponencialmente por mi presencia ahí.

Siempre llega ajetreado a cocinarme y, aunque suelen gustarle pocas cosas, porque es más bien roñoso, los platillos que prepara son afrodisiacos.

Poco a poco, mi cuerpo va sanando. Ya no duelen las costillas ni el esguince del brazo al moverme, pero todavía tengo la pierna enyesada, por lo que viajo en brazos de Ernesto desde el salón hasta la habitación y viceversa, donde suelo trabajar por internet.

Son horas interminables de enamoramiento, porque en nuestra pequeña intimidad solo vivimos él y yo. Algunas veces tenemos la visita de Cruz, que nos trae las novedades del caso, al chófer de mi madre, que nos manda comida, o la visita de mi hermano y mi cuñada, que son los embajadores de la familia. Eso sí, hablo a diario con mis padres y con la mamá de Ernesto, que preguntan por mi salud.

Me siento feliz durmiendo entre sus brazos, me enrosco como un gusano a su torso y busco su boca, que me da vida. Después de días durmiendo juntos, siento una necesidad de él.

Una noche, me adhiero a su cuerpo y le paso mis labios por el oído, mejilla, boca, cuello, recorriendo también el pecho. Lo hago lentamente, porque todavía no tengo total movilidad y el yeso es un impedimento. Él me detiene: —*¡No me hagas esto! No te quiero lastimar.* —*¡No me vas a lastimar!* Mi cuerpo está desesperado por ti, ¿no lo notas?

Recorre su mano por mi cadera, la junto a su cuerpo y me hace el amor con una lenta desesperación contenida, rompiendo al fin esa espera que se ha quedado en pausa en Nueva York, retomando nuestra vida juntos y ese nuevo inicio que los dos queremos tener en común; ese amor que ahora se percibe como imparable.

TOMMY TORRES y JESSY & JOY - *Imparable*



CAPÍTULO 30

Con ella a mi lado suelo ver la vida diferente: soy más activo, menos rutinario y más positivo. Me arrasa en un torbellino de ideas y los días se vuelven cometas entre las visitas al Ministerio, las citas con el abogado y las clases en la universidad, que no las puedo dejar a un lado. Por suerte, con la ayuda de Adriana me puedo saltar alguna para acompañarla a las visitas al médico, pero mi agenda escolar sigue igual. Además, se suma todo lo demás: el súper, la casa... Mi vida se ha vuelto un caos.

Pero, entre tanta complicación, me siento extremadamente feliz.

Recibimos ayuda, sí, y he aprendido a aceptarla. Debo dejar mi papel de solitario y, aunque a veces extraño la quietud para leer, el acelere diario me hace sentir vivo, con un sentido de pertenencia por el cual puedo luchar contra el mundo.

Un día, recibimos una llamada de Cruz. Aunque han detenido a Fernández en el aeropuerto tratando de salir para Estados Unidos, hay pocos atenuantes para mantenerlo tras las rejas. Para el juez, que es amigo del abogado contrario, las pruebas del asesinato no han sido contundentes, las cámaras de seguridad del edificio no lo han grabado *in fraganti* y el personal de guardia no ha puesto inmediatamente la denuncia correspondiente. Yo soy el único que ha visto el atropellamiento y me encuentro emocionalmente relacionado con ella, por lo que no puedo presentarme como testigo, así que se desestima mi declaración.

El caso se desquebraja.

Cruz aparece en mi oficina un día por la mañana.

—¡Hola, Ernesto! Te tengo malas noticias y quiero que las escuches tú primero para que veas cómo se las comunicas a Mia. Ha estado bastante temerosa con el asunto. —Sí, ya sé, *no se quiere quedar sola. Cierra todas las chapas y activa la alarma cuando salgo, en todo momento está prendido el Zoom con los compañeros del trabajo, no sé si por trabajo o por precaución. A sus padres les llama cada hora y aunque no me lo dice, sé que tiene miedo, por las noches se despierta asustada.* —Quieren cancelar los cargos por intento de homicidio del juicio. —*¡No puede ser! ¡¿La tiene que matar para que lo encierren?!*

Respondo muy enojado mientras doy vueltas nervioso, como león en una jaula.

—Te entiendo, a mí también me da impotencia toda esta injusticia. Y lo peor es que tampoco hay pruebas contundentes para relacionarlo con el asesinato de la universidad... —*Pero... ¿Cómo se relaciona eso con el asesinato de la universidad?* —¿No te lo dijo Mia? —*¿Qué me iba a decir?* —Mia reconoció una pulsera que tenía puesta, dice que es la misma que llevaba el asesino. —*¿Una de picos?* —Sí, algo así. No me he puesto a investigar bien, solo me ha dicho que es una pulsera negra con algo plateado. —*Yo encontré una especie de pico plateado en el estacionamiento cuando fue el primer asesinato. Luis, mi asistente, decía que podría ser parte de una pulsera o un cinto, de esos que usan los chicos punks o góticos.*

Saco del cajón una bolsa plástica con cierre, mostrándosela.

—*No sé si sea de utilidad, puedes dárselo al detective... La verdad, con todo esto, lo había olvidado.*

Lo toma con cautela y lo guarda dentro de su maletín.

—Hablo con él y te aviso.

Yo muevo mi cabeza con descontento.

—*Podría ser algo o podría ser nada. Oye, ¿y qué se sabe de la chica muerta?* —Era una becaria, estudiaba contabilidad. —*¿Y no saben si Fernández la conocía? ¿Tienes una foto?* —No, pero te la puedo conseguir. Con que sea digital te vale, ¿verdad? —*Sí, y deja que investigaré un poco; tengo varios amigos que tienen relación con Fernández.* —Por ahora está encerrado y, si no encontramos algo condenatorio pronto, definitivamente lo único que vamos a conseguir es una orden de restricción para las dos y una pensión para Martha, porque fácilmente puede salir bajo fianza con los cargos que lo están imputando actualmente. El fiscal ha hecho buen equipo con el investigador y le pidió al juez tiempo... No sé si lo conseguirá, necesitamos más pruebas. Sería de gran ayuda que Martha atestiguara en contra del marido en el caso de asesinato... No va a ser fácil pero, si lo hace, eso también ayudaría. —*Debe hacerlo... Voy a recoger a María para ir allá. Necesitamos su declaración.* —Tiene miedo, así pasa cuando son violentadas, les cuesta reconstruirse y el declarar es un gran paso. Creo que Mia puede convencerla. Me tengo que ir, los dos tenemos trabajo pendiente. Si quieres, por la tarde hablamos al respecto. —*Estamos en contacto, Cruz... y muchas gracias. Sé que no he sido muy amable contigo.* —No te preocupes, yo también quiero a Mia.

No ha pasado ni media hora cuando recibo la fotografía de la chica asesinada. Si la Policía es lenta, nosotros tendremos que hacer el trabajo.

Voy al edificio de dirección con la foto en el celular y me encuentro a varios colegas que, al verla, no saben bien si la conocen o no. Los becarios pasan ahí por periodos cortos, a veces meses, por lo que muchos no recuerdan todas las caras.

Al salir, me encuentro a Adriana.

—¡Hola, Ernesto! Qué sospechosa novedad que estés fuera de tu cubil. —*Trato de ubicar dónde trabajaba la becaria asesinada.* —Oye... ¿Eso no es trabajo de la Policía? —*Debería de serlo, pero así ayudo un poco al abogado de Mia. De pura casualidad, tú qué siempre estás informada, ¿la conocerás?* —A ver, enséñamela.

Se queda unos segundos analizando la foto y después me dice: —No, lo siento.

Nunca voy a poder ubicarla y, si lo hago, va a llevarme más trabajo del que pensaba. Igualmente, tendré que buscar al encargado de los becarios.

—*Bueno, gracias, me tengo que ir... Voy a continuar con la investigación.*

Me estoy alejando cuando la oigo gritarme:

—Oye, ¿por qué no buscas a Consuelo? Es la secretaria del rector y ella sí tiene una memoria privilegiada, conoce a todo el mundo que cruza por esa puerta. —*Gracias, Adriana. Te mereces una pasta Alfredo.* —¡Bien sabes cómo mantenerme contenta! Cuando acabe este embrollo, tendremos que festejar. ¡Yo llevo postre y vino!

Y sí, Consuelo lo sabe todo.

Cuando me acerco a preguntarle, me contesta: —*Claro que la conozco, ingeniero, es la becaria del semestre pasado del contador Fernández, el director administrativo, ya sabe, ese que está buscando la policía. Cuando resultó muerta me asusté tanto... Yo la conocía y era una chica muy linda, aunque creo que estaba involucrada con el contador. Por supuesto, nunca le dije nada a mi jefe porque eso no me incumbía y, además, no tenía la certeza, pero después sentí pena y culpa. Ese hombre siempre me dio mala espina y, la verdad, pues ya ve, no me*

equivocé... La trataba mal, se sobrepasa con ella y a veces tenía moretones en los brazos y en las muñecas. La de este semestre no aguantó nada, a la semana salió volando de aquí.

Estar bien conectado es algo importante en la vida y Adriana siempre lo está. Le agradezco a Dios tenerla como amiga.

—¡Gracias, Consuelo!

Lo primero que hago es marcar a Cruz:

—*La chica es la becaria del semestre pasado de Fernández, la de este ciclo renunció. Y parece que tenían algo. La secretaria del rector dice que la vio llegar golpeada; él se propasó con ella. Creo que con esa información puedes conseguir que el fiscal te dé permiso para investigar el asunto, y estoy casi seguro de que la secretaria del rector puede fungir de testigo.*

—Sí, ¡muy bien! Voy al Ministerio. —Yo voy a buscar a Mia para hablar con Martha. —¡Buen trabajo, Ernesto!

Después, me dirijo al estacionamiento, ese en el que habíamos encontrado a la chica asesinada. De camino están unas alumnas cantando una canción y me quedo viéndolas mientras alguien más toca el piano. La letra es suave, repite constantemente *I love to love*, y me recuerda a Mia.

—¿Quién canta? —Surf Mesa y Madisson Beer. Se llama *Carried away* y en la voz de la cantante suena muy bien. —*Es cierto.*

Me voy pensando en la canción. Al fin me siento feliz amando a Mia.

SURF MESA & MADISON BEER - *Carried away*



CAPÍTULO 31

Ernesto me sorprende llegando a la 1:00 pm, estoy en una junta por Zoom²⁶ con mi equipo trabajando a distancia. Saludo amablemente y me hace señas. Desde que lo veo llegar, descubro en su mirada que algo le inquieta, por lo que le digo a Diana y a los demás que terminen los pendientes en la oficina y mañana retomamos.

Cuando cierro la computadora, se pone de cuclillas frente a mí, que estoy sentada en el sillón.

—*Hay problemas con el juicio, el juez a cargo ha desestimado las pruebas, necesitamos conseguir más, porque, si no, lo van a dejar salir.*

La sangre se va de mis venas y de pronto me siento muy frágil y mis manos empiezan a sudar, inundada de palpitaciones hasta la sien. Me quedo sin habla y solo puedo articular: —Me ha intentado matar tres veces, ¿y no tienen pruebas suficientes? Necesito una copa.

Ernesto se para y me sirve un caballito de tequila. Lo tomo de jalón. El miedo se está apoderando de todo mi cuerpo y quiero huir; huir de ahí, huir de todo.

—Nos tenemos que ir.

Él me abraza con un susurro suave.

—*Yo aquí estoy, no tengas miedo.* —¿Cómo me estás diciendo esa estupidez? Es un asesino, ha matado gente y no se diga de Martha, que la tiene atemorizada. —*Calma, amor... Tienes que tranquilizarte.* —No me hables así, no soy tonta y no soy una niña. ¡Vámonos! ¡Dejemos todo! Podemos irnos fuera del país o, es más, a Playa, a la casa de Santiago y Alía. —*No, amor. Si nos vamos, nada habrá valido la pena. Tenemos que recopilar pruebas y convencer a Martha de que testifique en su contra.* —Ya no me importa nada. ¡Quiero irme!

Lloraba mucho. No podía contenerme. Tenía el miedo incrustado en el alma. No creía en la justicia ni en las leyes. Habían logrado acabar conmigo.

Ernesto me abraza. Acaricia mi espalda con una mano y, con la otra, peina mi pelo con suavidad. Yo siento su protección ahí, acompañándome en momentos en que el desierto de la esperanza se hace presente. Somos un equipo, él está a mi lado.

Trato de enfocar en lo que he descubierto: ahora tengo una pareja, no un simple novio.

—*No podemos irnos, tenemos que enfrentarlo juntos. Tú me lo has enseñado la valentía; yo estoy aquí contigo y por ti. Lo podremos hacer. No te voy a dejar rendirte.*

Me separo un poco de su abrazo reconfortante y lo tomo de la mano mientras lo miro con sorpresa.

—*No estás sola, somos dos.*

Me trago el miedo. No puedo cargarlo de esa manera el resto de mi vida y tenerlo hace que valga la pena cualquier enseñanza o mal momento.

—¿Qué quieren que haga? Porque me imagino que ya lo tienes hablado con Cruz. —*Necesitamos convencer a Martha para que testifique.*

Ese día hace calor, el clima ha estado frío y ahora sobran los suéteres. Al llegar a casa de mis padres, mi madre pide que me traigan limonada. Ernesto me acompaña, tiene mi mano agarrada y sudaba, ya no sé si es por el calor o los nervios.

Mi padre ha conseguido un pequeño departamento para Martha y Santiago le ha dado un trabajo de medio tiempo muy bien pagado mientras el niño está en el colegio. La semana próxima se mudarán.

Al verme, mi madre se acerca.

—*Estoy muy orgullosa de ti y pienso que algo tuve que ver yo al criar a esta chica tan valiente en la que te has convertido.* —Soy lo que soy gracias a ustedes. ¿Cómo ves a Martha y al niño? —*Bueno, hay días que llora menos, pero sigue con miedo... Hasta que no lo encarcelen de por vida, no va a estar tranquila.* —Espero convencerla a que testifique, de lo contrario nunca tendrá auto de formal prisión y siempre viviremos con miedo. La puedo entender, yo todavía sufro las pesadillas, y eso que cuento con un ejército de personas apoyándome. —*Ella tampoco está sola, siempre hay alguien, y no denunciar la violencia es un error, nos volvemos cómplices al permitirlo.* —Lo sé, pero cuando alguien tan cercano te lastima, te merma la confianza. Voy a hablar con ella. Deséame suerte, necesitamos su declaración. ¿Está en el cuarto de invitados? —*Sí, hace rato estuve ahí, pero no me permite acercarme.* —¿Y el niño dónde está? —*Con las chicas, en la cocina.*

Toco la puerta suavemente, se escucha la canción de Matt Simons, *Catch & Release*. Puedo entender cómo se siente identificada con las letras porque unos días atrás yo he estado igual, cayendo en un abismo del cual no sabía si podría levantarme. Y de eso se trata la vida, de enfrentar nuestros caminos y defender nuestras razones, porque en cada destino hay una brújula detrás que te impulsa.

Después de un momento, me abre. Tiene los ojos llorosos.

—¡Hola! ¿Cómo estás? —*Bien, pasa. Estoy empacando las pocas cosas que tenemos; el fin de semana me mudo al departamento. Cruz consiguió un permiso del juez, me van a acompañar a recoger mis cosas y las del niño. Él todavía está en la cárcel, su familia está muy enojada. Instalaron gente en casa para que no pueda sacar nada. ¡No sé qué hacer! ¡No sé si hago lo correcto! He recibido varias llamadas de su familia y de su abogado amenazándome... Ahora tu familia me apoya, pero cuando me mude estaremos solos. Estoy aterrorizada.* —Sé lo difícil que es, soy la única que lo entiende, lo he vivido y quisiera huir, pero no debemos rendirnos ahora. Ha intentado matarme tres veces. Estoy así por él y, si permitimos la violencia, va a seguir. Él y su familia son agresivos, no puedes dejar que tu hijo viva lo mismo que tú. Y lo va a hacer, lo va a golpear... Si sale de la cárcel, te lo va a quitar. —*Es fácil decirlo; tienes un padre poderoso, una madre que te quiere, solvencia económica... y tienes a Ernesto, que haría todo por ti. Yo... ¿Qué tengo yo? Solo a mi hijo, al que no sé si podré alimentar mañana. No tengo un techo, no tengo nada.* —¡En eso estás equivocada! Te tienes a ti misma, un trabajo bien pagado, un abogado y, pronto, un techo propio. Debes empezar por ahí, por creer en ti... Todo llega y siempre hay alguien en el camino que ayuda. Necesitas estar abierta a eso y no caer en ese bucle negativo y de víctima, esa es la peor herencia que le puedes dar a Rafael, él es tu brújula y tu razón. Te tocó vivir eso, no se puede cambiar, pero... ¿Qué vas a hacer al respecto? Para cambiar las circunstancias hay que actuar y salir adelante. Además, ahora estás aquí y tienes la ayuda de mi familia y la de Cruz, que es un excelente abogado y toma los casos de violencia contra la mujer con el alma y no le importa. Recuerda que no va a cobrar ni un peso... ¿Te ha contado su historia?! ¿La de Alía? Es más, ¿la mía? Tú la ves perfecta porque se quedan con la imagen que publico en las redes, pero la verdad es que todos tenemos pequeños infiernos y una maleta que cargamos. Yo también he tenido tropezones y he aceptado ayuda para salir adelante. Fui insegura, rellenita y de niña sufrí acoso... En esa época, nunca pensé tener la empresa que tengo.

Y si piensas que fue solo por mi padre, estás equivocada. Sí, él me ayudó al principio, pero el resto lo trabajé yo.

Nos quedamos en silencio mientras Martha llora. Yo quiero abrazarla, me da lástima su indefensión, pero sé que, si lo hago, no la ayudo. Tiene que enfrentarse al problema y no sacarle la vuelta.

—Yo pensé en huir, tengo miedo, mucho miedo... Ya van tres veces que siento sus manos en mi cuello tratando de matarme. Ernesto me dice que tengo que enfrentarlo y eso es lo que voy a hacer. No voy a dejar que ese canalla esté libre. Declara en su contra, por ustedes, por mí. —*Lo siento, no puedo hacerlo. No voy a arriesgar a mi hijo, es comprometido declarar... ¡Déjalo estar! Sé que me has ayudado mucho, tú y tu familia, y se lo agradezco, pero no, definitivamente no lo voy a hacer.*

Me deja hablando sola. Se ha cerrado en seco. Después, se va a la cocina.

Está claro que es algo que tengo que hacer sola, porque no puedo contar con ella.

MATT SIMONS - *Catch & Realease*



²⁶ Programa de software para videochat.

CAPÍTULO 32

Duermo mal, puedo sentir sus manos impidiendo el paso del oxígeno y me despierto sobresaltada y con el corazón agitado. Después, siento a mi lado el cuerpo tibio de Ernesto, su respiración acompasada y lenta y su brazo que, sin despertar completamente, me atrae hasta su paz. Así, retomo de nuevo el sueño.

Por la mañana, cuando abro los ojos, me encuentro sola; su lugar en la cama está vacío. Me ha dejado una nota en el buró con un termo de café y un pan dulce. Sonrío, esos pequeños detalles alimentan el alma y se vuelve poderosa. Por un instante, vuelvo a ser fuerte y el pánico desaparece.

Bebo del termo mientras los mensajes de WhatsApp de mi padre llegan. Posteriormente hablo con mi mamá y, con eso, la idea de fortaleza se encarna en mi alma y se alimenta a lo largo del día cuando recibo otros mensajes o llamadas de gente querida. El temor que he sentido por la noche se esfuma, hasta sentir que casi se extingue.

Martha no tiene nada de eso, se siente vacía y sola. Los hombres violentos van aislando a sus mujeres dejándolas huérfanas. Yo lo puedo comprender, no obstante, no cambia el hecho de que, si no se transforma, volverá a lo mismo. Tiene que llenarse a sí misma de fortaleza y de amor propio. En su vida hay alguien por quien luchar, y en su decisión está la oportunidad, porque así es el círculo de la violencia: sigue hasta que la víctima hace un alto o muere. Yo lo sé, lo he visto miles de veces en Casa Paloma.

El teléfono suena. Es Cruz.

—¡Hola, Mia! ¿Estás vestida? —No. ¿Por qué? —*El juez le acaba de dar la autorización a Martha para ir por sus cosas. Un oficial nos va a acompañar y podremos husmear un poco a ver si encontramos la pulsera. Acabo de entregar el pico que encontró Ernesto a la Fiscalía y van a llevarlo con el juez, a ver si lo autorizan como prueba. Si encontramos la otra parte, podría ser inculpatoria.* —¿Y Martha está de acuerdo que los acompañe? El día de ayer estuvo reticente. —*Sí, está de acuerdo, pero todavía no acepta declarar lo que sabe. Es muy duro volver a enfrentar al abusador. Se siente sola, no confía en nadie... Yo, poco a poco, he ido ganando su confianza, pero todavía no habla de todo lo que hay detrás. También le preocupa su hijo, solo quiere el divorcio. Si no declara, no creo que pueda mantenerlo muy lejos de él y es posible que le quiten la custodia del niño. Ellos tienen más solvencia económica que ella y, aquí, con palancas se resuelven muchas cosas. Por lo pronto, vístete. Necesito que seas rápida, la secretaria del juez nos va a dar una hora antes de avisar al otro abogado. Te veo fuera de su casa, te mando la ubicación en un momento.* —¡Eres el mejor! Te veo ahí.

Nos encontramos fuera de la casa en la colonia del Valle. Es grande, con ventanales, y también tiene una cochera para tres coches. El policía que ha mandado el juez va detrás de nosotros: Martha, Cruz y yo.

Al entrar me doy cuenta de por qué ha huido Martha... La casa todavía muestra señales de violencia: un vaso roto junto a un juguete de niño, los trastes sucios en el fregadero, un jarrón

hecho añicos en el suelo, los cajones abiertos, cosas tiradas por el suelo. Veo cómo Martha se estremece, sus ojos se ponen vidriosos y la respiración se percibe agitada.

—Ven, vamos a hacerlo rápido. ¿Dónde está tu habitación?

La acompaño haciendo malabares con el bastón que me sirve de apoyo, nos dirigimos al cuarto. Ella busca un par de maletas y yo empiezo a husmear. Cuando entra en el vestidor, yo me pongo a abrir los cajones del buró y, cuando se volvía a meter, buscaba en otro sitio, en la cómoda. No veo nada anormal.

Cuando Martha sale del vestidor, me mira con seriedad al ver que estoy buscando algo.

—*Lo que buscas está aquí.*

En el clóset hay unas puertas escondidas, detrás de la ropa, que se abren a través de un mecanismo. Al hacerlo, encontramos látigos, pulseras con picos, trajes de cuero, esposas, arneses, cuerdas, plumas y múltiples artefactos para realizar actos sadomasoquistas. Esculco con cuidado y usando guantes de látex mientras hago fotos de todo. Estoy buscando la pulsera. Al mismo tiempo, Martha y Cruz están tomando la ropa del niño.

En ese instante, siento una mano jalándome violentamente, veo a un hombre alto, Martha lo observa con miedo.

—*¿Qué haces tú aquí? ¡Llévesela! Ella no tiene permiso de meter sus narices.*

Le dice enérgicamente al policía que lo acompaña a un lado.

El policía me jala y me lleva fuera de la habitación. Yo me tambaleo, es difícil conservar el equilibrio porque hace solo un poco de tiempo me quitaron la férula y mi pierna está débil. El hombre grita y discute con otro hombre de traje. Cuando Martha y Cruz salen, se acerca de nuevo:

—*No sé cómo mi hermano se pudo casar contigo, eres como un alacrán... ¡Trajiste a estas personas, que quieren inculparlo en cosas que no son ciertas! Váyanse.*

Cruz toma la palabra: —*¡Ya nos vamos! ¡No tiene por qué ofender a la señora! Y no se les ocurra volver a tocar a la señorita Legazpi, porque lo demando por agresión.*

Lo dice despacio y amablemente, con esa empatía que siempre lo ha caracterizado. Después, continúa hablando: —*Y les recuerdo que ustedes tampoco pueden estar aquí, la casa está incautada hasta que termine el juicio.*

El policía que nos acompaña asiente y todos salimos. Ellos cierran la casa y ponen los sellos. El hermano de Fernández le sigue gritando a Martha: —*¡Te vamos a quitar al niño! Eres una mala madre, una alcohólica que no tiene ni donde caerse muerta. ¿Cómo piensas darle de comer? Mi hermano te encontró en la calle, eres una pobre miserable y malagradecida.*

La tomo del brazo mientras ella, congelada, solo lo escucha gritar.

—*¡Vámonos, no hagas caso!*

Consigo llevármela mientras mira todo con los ojos llorosos. Su cuerpo se va encorvando poco a poco hasta volverse casi invisible. Se esfuma, desapareciendo entre los gritos. La abrazo y le digo:

—No estás sola, nunca más lo vas a estar, no hagas caso a lo que dice.

Martha solamente balbucea repitiendo las palabras antes dichas: —*¡Pobre miserable! ¡Pobre miserable! ¡Pobre miserable!*

Tras decirlo, estalla un llanto desgarrador, como si fuera un animal herido, imparable, incontenible.

Ya en el carro, Cruz me pregunta:

—*¿Pudiste encontrar algo que lo pueda inculpar?* —No, lo siento, no encontré la pulsera y

con las fotos solo podemos confirmar que es un degenerado, pero nada que lo relacione como el asesino. —*No tenemos nada para poder dejarlo en la cárcel, lo van a soltar mañana.* —¡No!

Las esperanzas de Martha y las mías de dejar a ese hombre tras las rejas se han esfumado.

El amor duele de manera fuerte, estruendosa. A Martha, esa mujer que ahora considero mi amiga, le ha costado mucho dejar a ese hombre. Verla triste, con el espíritu apagado y sin esperanza, me hace recordar la canción que a veces cantábamos mi madre y yo: *Love hurts*, de Nazareth.

Ahora el dolor es más crudo y no sé si ella tendrá la capacidad de resurgir.

NAZARETH - *Love hurts*



CAPÍTULO 33

Cuando llego a casa, Ernesto ya está ahí, cocinaba la cena. Me acerco a él y sabe de inmediato que algo sucede.

—¿Qué pasó? —No encontramos nada, mañana lo dejarán salir. —*No importa amor, todo va a estar bien.* —No, no lo va a estar. Tengo miedo, mucho miedo... en las noches siento sus manos en mi cuello, ahogándome. No puede ser que la justicia sea así de frágil. Yo cuento con un buen abogado, que hace todo por mí, y, aun con eso, saldrá de la cárcel. ¿Qué pasa con los individuos que no se pueden defender? ¿Con los inocentes, ya sean niños, hombres o mujeres? No debe haber violencia de ningún tipo, contra nadie, ni contra los animales.

Lloro de impotencia, él me abraza y yo me acurruco. Estoy ahí, entre los brazos de alguien que me ama y aun así me siento furiosa, llena de ira. ¿Cómo se sentiría Martha en casa de unos extraños, con un hijo que no sabía si podría mantener, con aprensión de que se lo quitasen y sin un peso en la bolsa?

—Necesito hacer algo, que la gente se entere... No podemos dejarlo pasar ni que quede impune. Soy famosa, sé que no es lo que tiendo a publicar, pero puedo hacer que la gente se entere, que en las redes se vuelva viral el caso. —*Si haces algo público va a ir tras de ti y es despiadado... Lo sabes, ¿verdad? A mí no me importa que se pueda salir de las manos, me inquietas tú.* —Lo sé, los violentos no pueden seguir así... No me importa si tengo que esconderme debajo de las piedras o si tengo que huir, de todos modos lo voy a tener que hacer si está libre. Voy a llenar las redes de información acerca del caso... Eso es lo que hago, para eso soy buena.

Así, pongo una foto de su rostro [#haintentadomatarme] [#noalaviolencia] [#sieresvíctimacontáctame].

Mi historia se hace viral. Yo soy buena para eso y lo sé. Recibo *likes*, mensajes de apoyo y también mensajes de *haters* y machistas. Sin embargo, todo el alboroto que se propaga no ayuda en el caso.

Al poco tiempo, Cruz recibe una demanda millonaria por difamación. Él está dispuesto acabar conmigo, si bien no físicamente, porque la opinión pública tiene un ojo puesto en nuestro conflicto. Fernández piensa terminar con mi negocio, mi imagen y embarrarme de un embrollo al que Mia, la *influencer*, quizás no va a poder sobrevivir.

Son las tres de la tarde, han pasado seis días desde que he subido la historia y el teléfono no para de sonar. Yo estoy impaciente, quieren entrevistas y Cruz me tiene prohibido hacerlas.

La demanda contra mí puede terminar con mi negocio, mi papá está enojado, Cruz está complicadísimo y Santiago, hasta el tope de trabajo. Yo necesito escapar, en la cabeza martillea un dolor que invade el lado derecho, insistente, cubriéndola como guante. Mi desesperación se hace intensa, las pulsaciones galopantes me hacen sentir ahogo y falta de aire.

Salgo a toda prisa del departamento. Todos me piden explicaciones que no puedo dar porque no sé qué decir. Me he metido en un problema gordo y me siento indefensa... Martha se niega a declarar en contra de su marido y nosotros no tenemos nada, ni la pulsera, ni ningún argumento

para dejar adentro a ese criminal. Es un asesino listo para salir impune y va a venir sobre mí, lo sé.

Me subo al carro haciendo malabares, confundida, no es seguro que maneje con mi lesión pero aun así lo hago, quiero volver a sentir el maravilloso tesoro de la libertad, y doy vueltas por la ciudad sin saber a dónde ir. Ernesto no saldrá de clase hasta dentro de poco y, en ese momento, yo manejo nerviosa, sin tener un plan o una idea clara. Otra vez me siento así, como cuando era adolescente, con el destino en manos de otras personas.

Después de dar varias vueltas, entro en el estacionamiento de la universidad, Ernesto está por salir del trabajo. Camino despacio, todavía me ayudo del bastón. Esos pasillos que me traen malos recuerdos y siento escalofríos.

El vientecillo sigue frío y el lugar está medio vacío, las hojas de los árboles vuelan cayendo lentamente en el piso igual de tétrico que el día del asesinato; casi todos los estudiantes se han ido porque son las últimas semanas del semestre y pronto terminarán los finales.

Me acerco al edificio donde se encuentra la oficina de Ernesto, camino con una dificultad que me agota, la tristeza me embarga y veo el pasillo más largo de lo que lo recordaba, está solitario. Me detengo cansada y, por el vidrio, la imagen de Mónica enredada en su cuello, besándolo, se aparece como una pesadilla entre mis ojos.

Mi mundo se derrumba.

No tengo nada.

No puedo confiar ni en él.

Salgo lo más rápido que puedo con la ayuda del bastón.

Los ojos de Ernesto, sorprendidos, me ven huir. Su cuerpo se escapa violentamente del abrazo y acelera su paso para poder alcanzarme. Yo escapo y corro huyendo de él, con una fuerza que no sé de dónde surge, me alejo de todo. No quiero verle, me odio a mí misma por creerle.

Súbitamente alguien me jala una mano y la silueta de un hombre vestido de negro se asoma borrosa. Puedo ver algo: una pulsera de picos, que me recuerda a la más espantosa de las pesadillas.

En ese instante, mi mundo se acaba.

Tomo el bastón y lo agito dando golpes al agresor, quien me rasga la blusa tratando de detenerme. Yo lucho en su contra y logro golpearlo en la cara, veo cómo sangra su frente. Aprovecho que se lleva la mano al rostro para escapar rápidamente de su agarre.

Ernesto me sigue, pero yo no quiero nada, no oigo nada, soy sorda, solo quiero correr de todos y del desastre que se ha vuelto mi existencia al reencontrarme con él. Quizás Juliana siempre tuvo razón: Ernesto Nieto no es bueno para mí. Mi vida se ha convertido, de un día para otro, en una pesadilla. Y no sé si podré despertar.

Me subo al auto para alejarme de ahí y pongo los seguros. Veo la cara de Ernesto pegada a la ventanilla, rogándome que hable con él. Acelero a casa de mis padres, mi guarida segura. No sé lo que voy a hacer, pero sí estoy segura de que no volveré a su departamento.

Mis sensaciones están distorsionadas, no percibo mucho del mundo a mi alrededor. Un carro con una chica bailarina se coloca a mi lado en el semáforo. Yo limpio mis lágrimas y la observo bailar mientras escucho una canción de Fobia, *Pesadilla*.

Así me siento yo, en medio de una.



CAPÍTULO 34

Llego con los ojos llorosos, cansada, deprimida y con una maraña de emociones que luchan entre sí. Estoy hecha un lío. Al entrar en el salón, mis padres se encuentran viendo la televisión. Se paran como accionados por un gatillo al verme llorosa, con la blusa desgarrada, mi mano temblorosa que reposa sobre el bastón se vuelve líquida y mis piernas que antes me sostenían parecen de hule suave, me atacan con cuestionamientos y preguntas que no logro entender. Toca mi cuerpo y mi blusa desgarrada. Solo hay una idea fija en mi cabeza.

He llegado a casa. Estoy segura.

Me siento mareada, el piso se agita de un lado al otro y el techo parece desparramarse en mi cabeza como un velo. Veo a mi padre acercarse para detenerme el brazo y no sé más.

Todo se torna negro.

Minutos más tarde, despierto con el olor a alcohol en la nariz: —¡Ya no puedo! —gimoteo somnolienta.

Me llevan a mi cuarto y mi madre me da un calmante. Está acompañada de Martha, quien me mira con culpa mientras abraza a su hijo.

Me duermo en un sueño profundo y horas más tarde abro mis ojos con lentitud.

No me levanto, quiero descansar más, así que dejo mi cabeza tumbada en el almohadón y observo mis cosas de niña: la colección de piedras que habíamos juntado Ernesto y yo, la invitación a mi primera fiesta de quince, el álbum de fotos viejas donde Juliana y yo salíamos con el grupo de amigos... Son los recuerdos de mi vida como María. Todo lo que he hecho después es como Mia, y ella es otra persona: exitosa e *influencer*. Y un cabrón va a terminar con todo mi trabajo.

Mi madre entra en el cuarto y me ve llorando: —*Ernesto ha venido, quiere hablar contigo.* — No puedo verlo, no hoy... Ha sido el peor día de mi vida y él no ha ayudado. No quiero ver a nadie, solo quiero esconder mi cabeza entre las almohadas y estar sola. ¡No puedo más, mamá! —*Reposa el dolor y las emociones. Mañana pensarás que hacer, pero no te vas a caer ahora, nos tienes a nosotros para protegerte. Déjame consentirte y, si no quieres hablar con él, la charla tendrá que esperar, también la explicación de porque traías la blusa rasgada.*

Me abraza y lo siento como un cobijo en mi corazón. Después, sale y despide a Ernesto. Yo tengo sueño, mucho, estoy fatigada y me dejo ir. Ya mañana tomaré la decisión que sea, descansada y después de ordenar los pensamientos.

Con los audífonos puestos escucho a Noah Kahan y Joy Oladokun, *Someone like you*. Siento cómo, poco a poco, el sueño me invade. Al final, dejo de luchar contra mis párpados y no sé más.

Al día siguiente me aparezco en el comedor. Mi familia está reunida: mis padres, mi hermano, mi cuñada, Martha y el niño. Yo estoy maltrecha, ni en mis peores borracheras he tenido ese aspecto. Mi madre se levanta y me abraza. Después, me siento a un lado de Alía, que toma mi mano con cariño. La verdad es que no quiero estar frente a Martha, porque siento que ella también es culpable de todo lo que sucede: su miedo me ha hecho víctima también.

El silencio se vuelve sepulcral. Mi madre ofrece café y jugo cuando Martha habla:

—Voy a declarar, ya hablé con Cruz. No sé si ayudará en algo, al menos retrasará su salida de la cárcel.

Mi padre asiente dirigiéndose a ella.

—Gracias, Martha. —*No tienen por qué darlas, gracias a ustedes estoy aquí. Son los únicos que me han apoyado en los últimos diez años y no estaría bien que no lo hiciera. He sido egoísta escondiéndome tras mis miedos... Tienes razón, lo tengo que enfrentar, si no, nunca nos va a dejar, a ninguno de los tres. No estoy segura si mi declaración ayude mucho. Ya vienen por mí para ir a la Fiscalía.*

Se levanta y nos deja solamente a la familia en la mesa. Yo tomo la taza de café humeante y me la llevo a los labios. Aspiro su olor, esperando que me llene de fuerza. Todos me ven con miles de preguntas que no se atreven a pronunciar y a las cuales ni yo tengo respuesta.

—Vi a Ernesto besando a su abogada. —*¡Estúpido! Le dije que no le iba a dar otra oportunidad.* —Bueno, Santiago... Te lo agradezco, pero en ti no está el poder de darle otra oportunidad... La que tomó la decisión fui yo y, aunque haya sido un error, tendremos que vivir con ello. Además, ahora no quiero hablar de él, después pensaré en recoger mis cosas cuando esté en la universidad. Más bien quisiera que nos centremos en lo importante: necesito ayuda y no sé por dónde empezar. Estoy atorada y abrumada de más. Tengo que enfrentar una demanda millonaria, estoy involucrada en un juicio por violencia doméstica y asesinato... Tengo miedo hasta los huesos. —*No lo voy a permitir, hasta aquí ha llegado y aquí termina. Ya es hora de que ese cabrón deje de molestarte. Voy a contratar al mejor despacho de abogados para que apoye a Cruz. Y tú, por lo pronto, te vienes a la casa a vivir. No puedes quedarte sola, es muy peligroso. Ellos no tienen el poder ni las conexiones que tenemos nosotros: en el momento que salga de la cárcel, te vas un tiempo al extranjero con tu madre, no te vamos a arriesgar. Pero dime, ¿quién fue el que te rasgó la blusa?, ¿fue Ernesto?* —No, papá, no sé quién fue, solo salí huyendo... Tengo muy borrosa la escena. —No te preocupes más por nada, tienes que recuperarte. Tu hermano y yo tomaremos las riendas de ahora en adelante.

Sienta bien dejar el mando del barco en manos de mi familia. Mi madre me acompaña al cuarto para tomar un baño y enfrentar la vida. Hacerlo es una buena manera de empezar todo. Tengo que volver a ser Mía, plantarme en sus zapatos y no esconderme como ratoncillo feo y deprimido.

Me arreglo lo mejor posible, como suelo hacerlo para alguna publicación. Desde que he puesto la historia en las publicaciones, los *haters* aumentan y eso me tiene nerviosa; hay controversia al respecto.

Maquillo mi rostro, me visto como si estuviera feliz y me dispongo a enfrentar, en la oficina, la reacción que ha causado la historia. Y, después, trataré de escaparme a casa de Ernesto para recoger mis cosas. Mi padre ha acordado mandarme a alguien de su confianza para acompañarme en todo momento.

Estoy poniéndome los zapatos cuando me alerta un ruido en la puerta. Es mi madre que, mortificada, me habla: —*Te busca una mujer y está esperando en la sala... No pude negarme.* —¿Sabes quién es? —*Me dice que es del departamento jurídico de la universidad. Si quieres, te acompaño con ella.* —No, mamá, gracias. Es algo que tengo que hacer sola.

Verla ahí, tan perfecta, me baja el ánimo. Me alegro de haberme esforzado en estar presentable, esconder mis ojeras y la tristeza tras varias capas de maquillaje. Al llegar, me planto frente a ella:

—Buenos días, Mónica. —*Hola, María. Antes que nada, sé que no te alegra tenerme frente a*

ti. Y, si somos sinceras, no eres mi persona preferida tampoco, pero... por Ernesto siempre he sentido una debilidad personal. Si por mí fuera, no estaría aquí. Sé que él lo está pasando mal y no puedo negarlo, es mi culpa. No puedo dejar pasar más tiempo y como tú no quieres escucharlo... Solo quiero dejar claro un hecho: yo fui la que me lancé en sus brazos y él no tuvo nada que ver, ni siquiera me correspondió. Lo disfruté, no lo voy a negar, y, bueno, pues desgraciadamente su interés sentimental no está encaminado a mí. Y como todavía no me veo en la necesidad de rogarle a ningún hombre, pensé que sería bueno sincerarme contigo.

Yo la miro. Mónica es una mujer guapa que siempre me ha causado desconfianza y, además, los abogados cuentan con unas cartas bajo la mesa que te tiran cuando estás distraída. Lo malo es que yo no sé cuál es su juego. Podría tener algo con él o no, no obstante, no me gusta nada la situación.

—¿Te mandó él? —No, no me mandó. A mí no me manda nadie, querida. Tiene miedo por ti, le importa tu seguridad y por eso nos citamos. La universidad ha decidido colaborar con el caso contra Fernández y yo me aproveché de eso para acercarme a él. Me ha rechazado varias veces y eso no me gusta nada. Normalmente ningún hombre me rechaza.

Se mueve con la elegancia de un gato, saca de su bolso de marca un mechero y un cigarrillo, me mira pidiendo permiso y lo prende.

—Es cosa de autoestima, ¿sabes? Además, te quiero informar que estamos investigando con ayuda de los estudiantes. La persona que te rasgó la blusa ayer dice que es testigo ocular de la noche del crimen y ha aceptado testificar que vio a Fernández con la chica becaria el día del asesinato. Gracias a tu post se enteró de todo, por eso te siguió anoche.

Asiento sorprendida. ¿El chico estaba para ayudarme y no para hacerme daño?

—La secretaria de dirección y la antigua becaria de Fernández también darán su testimonio y he estado hablando con algunos conocidos en la cárcel para ver las pertenencias que tenía al momento del arresto. Ahora mismo estamos buscando la pulsera y algo hemos encontrado. Me envió unas fotos y me gustaría que las vieras para ver si es la misma.

Me acerca la imagen en el celular y la veo: es la misma pulsera que buscamos. Tiene el hoyo pequeño en donde faltaba un adorno, ese mismo adorno que había encontrado Ernesto y que el investigador tiene en sus manos.

—¡Es la misma! —Eso creímos, ya se la enviaron al juez como evidencia.

Me quedo pensativa, midiendo mis palabras.

—¿Y tú por qué lo haces? ¿Cuál es tu motivación? —¡Sororité! Solidaridad femenina, vaya. No es justo que un cabrón abusivo, asesino y golpeador de mujeres esté en la calle como si nada, y si en mis manos está refundirlo, voy a hacer todo lo que pueda para que no vuelva a ver la luz del día. No es por ti, princesa... es solo por defender en lo que creo, en mi escala de valores, en la justicia. Además, a Martha y a Ernesto sí los aprecio bastante. Me voy. Todavía tengo cita con el juez para decirle que formo parte de la defensa, la Universidad necesita que este asunto se aclare lo antes posible para poder desligarse y que deje de salir en las noticias.

Se va sin despedirse, me tiro en el sillón a reposar la pierna y siento alivio de lo sucedido. Pero lo primero es lo primero: tengo que pedir perdón.

Le mando un mensaje a Ernesto: [Nos vemos en la casa después de que salgas de la universidad, tenemos que hablar] [Sí, te veo ahí. Te amo, nunca tengas duda de eso] [Lo sé, yo también te quiero].

NOAH KAHAN & JOY OLAKUN - *Someone like you*



CAPÍTULO 35

El giro que toma el caso con las evidencias presentadas es colosal. Mi declaración, más la del chico universitario, la de la secretaria de la universidad, la de la antigua becaria que lo acusó de acoso sexual y la de Martha, su esposa, cambian el punto de vista del juez. Eso, sumado a la evidencia de la pulsera, que es contundente, hace que el juez se sienta en el ojo del huracán y, para no ser auditado, opta por renunciar al puesto. El nuevo juez decide aceptar toda la información que se tiene del caso y la presión pública de las redes, de la Universidad y de los canales de noticias hacen que el asunto se resuelva rápidamente. Casa Paloma brinda la ayuda psicológica que necesita a Martha, que también entra a trabajar con mi hermano en la empresa de mi padre y se muda al departamento. Al final, han desbloqueado las cuentas de su marido y el juez ha decidido que es parte de la pensión alimenticia de su hijo y, con eso, puede empezar una nueva vida. Ahora cuenta con el apoyo de una nueva familia y esa somos nosotros, nuestra tribu. Ella y Alía tienen cosas en común y se hacen buenas amigas.

Ernesto y yo, después de tantos conflictos, nos encerramos. Pasamos todo el tiempo que podemos juntos y solo nos separamos para ir a trabajar. Dejo mi departamento y me voy a vivir al suyo, que es más acogedor y yo ya estoy acostumbrada. Él me hace sentir en mi casa, es nuestro hogar. Estoy segura de que quiero vivir con él y él está seguro de que quiere vivir conmigo, así que siempre tenemos que hacer concesiones para llegar a un punto medio, pues somos bastante diferentes. Al final, acepta el puesto en Columbia y tendremos que esperar hasta que empiece el año escolar para mudarnos.

Por mi parte, he decidido dejar atrás a Mia, la *influencer* de moda, y he dado un giro a mis negocios diseñando una línea de ropa más ecológica, con un toque de comercio justo: pagar un mejor precio a los productores de ese algodón orgánico, que empezaré a comprar en el norte del país para mis diseños. Las prendas deben ser atemporales para no caer en lo desechable y la moda consumista.

También he cerrado las áreas de negocio que me son menos rentables y he enfocado mi vida más a la promoción de una nueva conciencia más amigable y sostenible. La página ha dejado de postear moda, ahora postea a esas marcas que admiro, porque se detienen a pensar en el medio ambiente. También me he metido en la tarea de promover la bicicleta, lo que me ha llevado a varios accidentes, y he puesto en práctica la caminata y el *mindfulness*.

Trabajo en los eventos de promoción de Casa Paloma y en eventos para reciclar ropa mientras posteo clips de todo tipo de reutilizamiento. Quiero que se detenga el cambio climático porque, en fin, algún día quiero tener hijos y que ellos puedan disfrutar, igual que yo, de las bondades de la naturaleza. Así es María Legazpi, o Mia, la *influencer*. O mejor dicho, la nueva versión de Mia, la que ahora soy. Al final soy un camaleón al que le gusta transformarse, porque en la vida no hay más que adaptarse o morir de aburrimiento.

Un día, mientras miro a Ernesto, se me viene a la cabeza una canción. Le paso una copa de vino y le pregunto: —Amor, ¿has escuchado esta canción? —¿Cuál? —La de *Destino o casualidad*, de Ha*Ash y Melendi. —No creo que no. —Te la voy a poner, escucha, porque me

recuerda a nosotros, a nuestra historia. No sé si fue algo predestinado o la casualidad de reencontrarnos ese día en la universidad después de tanto... Es como si todo estuviera en un plan divino.

Sus ojos verdes me miran como siempre lo hacen, comunicándose en el silencio.

—Yo también te amo.

Se lo digo acercándome a su boca y manoseando su cuerpo. Él hace lo mismo, pero de una manera tan sexy que me hace olvidar lo que hemos pasado y que, por fin, superamos.

MELENDI & HA*ASH - *Destino o casualidad*



CAPÍTULO 36

La salsa tres quesos para el *fetuccini* ya está, también el salmón al horno. Mia ha hecho una ensalada colorida y una *panna cotta*.

Han pasado meses desde que le dieron acto de formal prisión a Fernández. Y después de nuestra última reconciliación todo entró en una especie de calma, aprendimos a vivir juntos, tiene su complejidad, a veces quiero matarla, es desordenada y gritona, pero cuando no está en casa la extraño tanto que me doy cuenta de que no podría vivir sin ella, por lo que tomo un respiro y dejo pasar las cosas que me disgustan. No quiero esperar más, cuando estás seguro de algo, no tiene sentido hacerlo.

Todos lo saben, así la sorpresa solo es para ella. Quiero que sea un momento sumamente íntimo con nuestras personas más queridas: Santiago, Alía, Cruz, Diana, Adriana, Octavio (su marido) y Martha. Después de la cena, mis suegros han organizado una fiesta a lo grande. Mis padres también están invitados al compromiso y van a ir con sus respectivas parejas, así que espero que no entren en conflicto, como siempre hacen.

Me he arreglado diferente, quiero agradarla y a ella le gusta vestirme como si fuera un muñeco. Aunque yo lo odio, este es su día y quiero hacerla feliz.

He comprado una botella de champaña, la tengo enfriando escondida en el cuarto de lavado. La mesa está puesta, Mia la ha decorado con flores porque había rentado loza, vasos y mantelería. Por la mañana, un ejército de personas llegó e instaló todo. Las cosas de su departamento permanecen empacadas en el desván y, como siempre, quiere sorprender. A ella le importan esas pequeñeces, a mí, no.

Al principio me había dicho que quería comprar comida y no la dejé, porque yo quiero agradecer también a aquellos que forman parte de nuestro estrecho círculo cercano, en el cual yo me siento cómodo. Nunca me han gustado las multitudes y sé que al casarnos, tendré que adaptarme, pero este momento es solo de nosotros; ya festejaríamos al modo de Mia en la fiesta de sus padres.

El timbre empieza a sonar y voy a abrir la puerta. Son Adriana y Octavio. Al verme, Adriana no contiene el comentario indiscreto:

—¡Guau! Mia te está transformando en un galán de televisión.

Octavio interviene rápidamente: —¡*Calla, Adriana! Me voy a poner celoso.* —Lo más maravilloso es que no sé cómo lo hace para convencerte de vestirme metrosexual... Antes siempre estabas en casa con tus chanclas, tus *jeans* y tus playeras deslavadas.

Mia se acerca. Está vestida de lo más sexy, siempre logra dejarnos con la boca abierta. El vestido se adhiere a sus caderas de una manera que no te queda más que admirar sus hermosas curvas contoneándose. Me pongo nervioso y acomodo mis lentes.

—*No puedo creer que sigas poniéndote nervioso al verla!* —¡Hola, Mia! Estás guapísima.

Odio que sean tan imprudentes. María se acerca y me abraza, deslizando sus labios del lóbulo de mi oído a la comisura de mis labios.

—¿Es cierto? ¿Te pones nervioso conmigo, Nieto?

Solo niego con la cabeza, bastante abrumado.

—*¡Por favor, no me enojen! Hoy estoy muy contento.*

Adriana no puede evitar hablar: —A ver, Mia, dime... ¿Cómo hiciste para convencerlo de vestirse así?

Santiago y Alía aparecen en el portal en ese momento y no dejan pasar la ocasión para comentar al respecto.

Santiago es el primero: —*Ella siempre logra lo que quiere. Claro que ya veo por qué lo dices, Adriana... Al final lo vistió a su gusto, ¡lo mismo quiere hacer con todos en casa! Por supuesto, el único que le hace caso es mi hijo Lucas.*

—Si lo hubieran visto en los años de universidad... Creo que te bañabas dos veces a la semana —insiste Adriana.

—*¡Ya, ya! Pasen y déjenme en paz. Es un día importante para mí y me voy a vestir como le gusta a Mia, ¡basta con eso!* —¡Eso me gusta, Nieto! Siempre vas a hacer lo que yo quiero.

Alía ve que me siento un poco incómodo, frunzo el ceño, por lo que dice sin más:

—Mia también ha cambiado... La has influenciado tanto que todavía no puedo creer que modificara su página de moda para dedicarse a la *slow fashion*.

—*¿Y eso qué es?* —preguntó Octavio.

—Es moda ecológica. Vengan a sentarse y dejen que les cuente de mi nuevo proyecto.

Pasamos y yo me dedico a servir bebidas mientras Mia habla de ese torbellino de ideas que empiezan a bullir en su mente emprendedora.

Para las diez de la noche hemos cenado y está el ambiente festivo. Mia es la reina de la plática, yo me paro con la excusa de retirar los platos sucios y aprovecho para servir la champaña. Mientras lo hago, Mia se para y dice sorpresivamente:

—Bueno, pues les quiero dar una noticia. ¡Les quiero presentar a mi próximo bebé!

La copa que estoy llenando rebosa mientras la sangre se evapora de mi cuerpo. Me detengo, recargando mis manos en la mesa, cierro los ojos. La cabeza me da vueltas mientras resuelvo la ecuación. En ese momento, dejo de escuchar, solo el vacío de mi cabeza existe. ¿Cómo es posible que esté embarazada y yo sin saberlo? ¿No somos una pareja? ¿No tiene que compartir conmigo primero las noticias tan íntimas?

Después de la duda, me embarga la furia. La sangre vuelve y se abulta en mis sienes, palpitante.

Voy a ser papá. ¿Qué te prepara para una noticia como esa? Tendremos que apresurar la boda, no deseo tener un hijo fuera del matrimonio y no por cuestiones moralistas, sino porque quiero que mi hijo tenga lo que yo no tuve: un padre y una madre juntos.

La avalancha de ideas bullentes en mi cabeza es tan grande que dejo de escuchar a María y a los comensales, que empiezan a reír contentos.

—¿Ernesto, no has escuchado nada? —Creo que cuando dijiste la palabra «bebé», se desconectó.

Es Adriana la que hablaba riéndose. María es la siguiente en tomar la palabra: —Amor, ¿qué te pasó? —*María, no puedes darme una noticia así en medio de una multitud y esperar que no me quede pasmado.* —¿Qué? ¿Decirte que quiero apoyar el proyecto de lectura de una mujer en Monterrey? ¿Eso es lo que no quieres que diga a una multitud de siete personas? —*¿De qué hablas?* —De mi nuevo bebé, del proyecto que voy a apoyar. Una promotora de la lectura en Monterrey se ha propuesto un reto ambicioso: llevar a los niños de las escuelas públicas a tomar

talleres de comprensión lectora. Voy a ser voluntaria y la voy a apoyar en el manejo de redes para que tenga más difusión su proyecto, vamos a juntar dinero.

Mi cara pálida empieza a tomar un color grana de vergüenza, acomodo mis lentes y vuelvo a sentirme un idiota.

—*No estás embarazada.* —Claro que no estoy embarazada, eso te lo diría primero siempre a ti. Así es Mia, nos saca de la rutina en un dos por tres.

—A ver, chicos, saquen sus billeteras, necesitamos juntar dinero. —*No traigo efectivo, Mia.* —No te preocupes, saca la tarjeta dorada, ya compré mi clip. —*Eres muy persuasiva, hermana. Está claro que los negocios son tu fuerte.*

Todos ríen, y yo solo pienso en que se me ha frustrado mi declaración. Enojado, pongo la charola en la mesa frente a ella, que cobra a diestra y siniestra con esa maquinilla moderna.

—*Mia, deja eso, necesito que me pongas atención. ¡Por Dios!*

Lo digo en un tono autoritario que normalmente no uso. Ella deja la maquinilla y los otros comensales guardan silencio uno a uno, mirándome a mí. Pongo mis manos en sus hombros desnudos por el vestido y la siento estremecerse. Ella voltea el rostro de una manera hipnótica.

Todos callan en suspenso y yo no puedo más que perderme en sus ojos brillantes.

—Amor, ¿qué pasa?

La ayudo a pararse mientras la abrazo y beso suavemente los labios al momento que le tiendo una copa espumosa de champaña.

—*Quiero hacer un brindis.* —¿Por mi proyecto? —*¡Cállate de una vez, por favor! Déjame hablar.*

Todos miran la copa interesados, ella solo me mira a mí.

—*Estos últimos meses han sido una locura, primero reencontrarnos y, después del colapso, darnos cuenta de que no podemos vivir el uno sin el otro. O, bueno, yo no puedo vivir sin ti. Imaginarte en peligro me hace darme cuenta de lo frágil que es la vida y de que no quiero vivir ni un instante sin ti. Quiero que brindemos por estar siempre juntos.*

Saco mi mano del bolsillo con un anillo. La caja la he dejado en la habitación y es solo el anillo. No es pomposo, quizás a ella le gustan más grandes... Es solitario, igual que yo, y engarzado en oro blanco, pero para mí es perfecto, igual que ella.

—¡No, no! ¡No lo puedo creer!

Me quedo en blanco mientras todos guardan silencio.

—*¿No te quieres casar?* —No, claro que me quiero casar. Yo estoy segura, siempre lo he estado. No puedo creer que me propongas casarnos tan pronto, hace meses me dejaste tirada en Nueva York porque no me aguantabas, no ha pasado ni un año de eso.

Las carcajadas inundan el salón.

—Diana, por favor, graba el momento... Lo tengo que subir a mis redes. —No. —¿No? —No, si quieres subes la fiesta de compromiso que nos está esperando en casa de tus papás. Este momento es solo para nosotros. —¡Sí, amor! Sí, me caso contigo.

Todos aplauden y yo me preguntó cómo voy a hacer para vivir todos los minutos que me restan de vida con Mia, la *instagramer*.

Octavio aprovecha para poner en la bocina música, la canción de Zoé empieza a tocar con su estribillo de: *love, love, love...*



EPÍLOGO

Aterrizar en el departamento después de diez días de luna de miel es un goce. Disfrutamos de una luna de miel pequeña, pues tenemos compromisos: él con la Universidad y yo con mis clientes. Estoy por cerrar la cuenta de Mia *instagramer* para enfocarme más a la línea de ropa *slow fashion* que estamos por sacar.

El tiempo se nos ha pasado volando, como sucede cuando eres feliz, y lo hemos disfrutado como enanos. El simple hecho de pasar el tiempo solos, sin compromisos, trabajo o interrupciones me ha confirmado lo que desde niña he intuitido: Ernesto es el hombre que quiero junto a mí para el resto de la vida, me complementa, me equilibra de más de mil maneras.

Después de meter todas las maletas, nos disponemos a cerrar la puerta cuando se gira hacia mí.

—*¡Detente! Tengo que cargarte en brazos, ya sabes que es la tradición. Si quieres grábalo para subir una historia...* —*¡No! Este momento es solo mío.*

Me toma sobre sus brazos de pajarito, porque la verdad es que mi marido es un hombre delgado, y me carga.

—*¡Estás fuerte!*

Me siento liviana como una pluma. Mi rostro está cerca de su cuello, que tiene la barba un poco crecida, y su olor lo invade todo. ¡Amo su olor! Lo beso suavemente en el cuello mientras cruza el umbral. Él se detiene y desliza mi cuerpo para, con su espalda, cerrar la puerta.

Me restriego en él, que invade mi boca de una manera desesperada. Nos desprendemos de las ropas y nos dirigimos a la habitación. Ahí pone la canción de Kurt en la bocina: «Vengo del futuro para decirte que estamos juntos... Y que lo nuestro ha valido cada esfuerzo...». Empezamos a bailar juntos esa melodía, ¡lo amo!

Hacer el amor con Ernesto es sumergirme en una ola de pasión que se incrementa con las caricias reprimidas que a lo largo del día voy guardando solo para él. Esa cúspide, surcando el placer de su mano entrelazada y comunicar con el cuerpo lo que en palabras ya no basta, es impresionante. Despertar a su lado es algo maravilloso que da un sentido de pertenencia a mi vida. Ya no me siento perdida, he encontrado mi lugar. Y estar ahí a su lado, oliendo ese aroma característico de casa, esa que ahora es nuestra, sentir en el colchón de la cama, la forma amoldada de tu cuerpo y deslizar la mano por la suavidad de las sábanas, que ahora huelen a nosotros, me inunda de un sentimiento de perpetua felicidad.

Ernesto abre sus ojos en dos rendijas. Yo lo acaricio, mis manos pasan de su rostro a su cabello suave.

—*¿Qué piensas?* —Que me gusta estar en casa, junto a ti.

Sonríe, adormilado todavía.

—*A mí que lo sientas tuyo. Tenía miedo de que no fuera así.*

El departamento de Ernesto se ha vuelto de nosotros. Yo he vendido el mío y estamos ahorrando el dinero para cuando nos instalemos en Nueva York. Por ahora, mientras termina el curso, viviremos ahí.

Después de unos minutos, se vuelve a acurrucar a mi lado a la vez que sube mi camisón por la cintura.

—*Todavía es temprano, podemos jugar un poco más antes de ir a trabajar, señora Nieto.* — No me digas así porque tendré que lastimarte. ¡Recuérdalo, para ti soy María Legazpi! Me gusta que me llames así, Nieto.

Se lo digo mientras le muerdo el labio.

—*Perfecto, María Legazpi. ¿Estás lista para la siguiente partida?* —Estoy lista para ti.

En eso, el timbre de la casa empieza a sonar insistentemente.

—¡Deberíamos abrir! —*¡No lo hagas! Quiero seguir jugando.* —No, puede ser algo importante.

Me levanto y me pongo una bata. Él se pone unos *jeans* y viene detrás de mí.

A la hora de abrir la puerta me encuentro con Juliana hecha un desastre. Parece que ha pasado una mala noche, porque trae la ropa arrugada, el rímel un poco corrido y nada de maquillaje, algo que es muy raro en ella.

—*Mia, necesito ayuda.* —¿Cómo supiste que estaba aquí? —*Por las redes, subes casi todo.* — ¿Y tu luna de miel de un año? ¿Ya te aburriste? Pensé que te habías mudado a Europa. —*Me escapé. No puedo aguantar más.*

Su cara se humedece de pronto. Esa Juliana líder que he conocido desaparece y me encuentro con un pajarillo maltratado. La observo con cautela. Ernesto ha regresado con una camisa puesta, se para frente a ella y solo dice:

—*Pasa, cuéntanos qué pasó.*

Cada minuto que pasa lo amo más. Juliana ha sido mala con él y, ahora, sin tomarlo en cuenta, simplemente le abre su casa para brindarle ayuda.

KURT - Vengo del futuro



F I N

Casa Paloma es un nombre imaginario, sin embargo, existen asociaciones similares que proporcionan ayuda a mujeres y a sus familias en peligro de violencia familiar o de género, les brindan atención psicológica y jurídica, así como un refugio temporal. Musas De la Laguna AC. Mujeres solidarias es una asociación que cuenta con veintiún años trabajando en contra de la violencia.

Si sufres de violencia o quieres apoyar este maravilloso proyecto, te dejo sus datos:

- **Facebook:** Musas de la Laguna AC Mujeres solidarias
- **Instagram:** musas.trc.
- **Teléfono:** (52) 8712884439

Los talleres impartidos a los niños de las escuelas públicas en Nuevo León es parte de un proyecto grandioso liderado por la doctora María Eugenia Nahle, quien cuenta con veinte años de experiencia en el ramo de la capacitación y promoción de la lectura. Busca por medio de este proyecto aumentar la comprensión lectora en nuestro país. Si quieres apadrinar a alguno de estos niños, te puedes acercar a Littera Talleres AC en San Pedro Garza García, Nuevo León o contactar con ellos a través de:

- **Correo electrónico:** Littera@hotmail.com
- **Teléfono:** (52) 8182549281